

MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50,
Número suelto 9 rs.

NUM. 232.—SÁBADO 6 DE AGOSTO DE 1853.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 50.

CRONICA MATRITENSE

DEL MES DE JULIO.

Cierto, que para reseñar puntualmente la crónica palpitante de la sociedad matritense en el mes que felizmente terminó, preciso sería que el retratista estuviera dotado de los dotes de ubicuidad y de segunda vista para seguir y perseguir, pincel en mano, al inconstante é impalpable modelo que pretende trasladar al papel, y que disuelto en mil átomos imperceptibles, huye y se le desliza de entre las manos como bola de mercurio; aparece y desaparece ante su vista como cuadro disolvente de ilusion fantasmagórica, se disipa como néfala luminosa, ó evapora y deshace como nube fantástica en la desierta inmensidad del cielo.

Por manera, que para trazar un cuadro dramático tan vago, tan vario é incommensurable, habría que dar al traste con todas las unidades Aristotélicas, con todos los preceptos de Horacio, y acudir mas bien al ya anticuado prisma de los románticos, estampando como alguno de ellos al pié del título del drama. «La acción pasa en todas partes, en todos los siglos, y toma parte en ella todo el mundo.»

Con efecto, y ahora que hablamos con formalidad, Vds., señores lectores, convendrán conmigo en que á la hora presente puede decirse que MADRID no está como solía á las orillas del humilde Manzanares, sino en las del Urumea y del Nervion; del Vidasoa ó del Adour; del Garona, del Escalda, del Támesis y del Sena; de todos los rios, en fin, mas ó menos barbudos y venerables que el nuestro; en las risueñas playas del mar Cantabro: bajo los pajizos techos del *cabañal* valenciano; en las confortables hospederías de *Biarritz*, de *Bagneres* y de *Hombourg*, ó en los modestos conventuculos de *Trillo* y del *Molar*, de *Arechabaleta* y de *Cestona*.—Esto es por lo que toca al Madrid brillante, al Madrid cortesano, al Madrid doliente, al Madrid hidrófilo, al Madrid *fashionable* y *comme il faut*.—En cuanto al Madrid oficial, al Madrid cortesano, al Madrid pretendiente, este pasea sus uniformes, alimenta su chismografía ó enristra sus memoriales en los frescos jardines de San Ildefonso, en presencia y bajo la inspiración de las simbólicas deidades de los Vientos y de la Fama.—Con que se greguen Vds. de nuestro Madrid conjunto todos aquellos *Madrids* parciales, y ¿á qué queda entonces reducida nuestra noble capital?

Algo sin embargo queda, no indigno de llamar nuestra atención; queda el Madrid indígena, la villa heroica del 2 de Mayo y el 7 de Julio; el Madrid fósil é inamovible que no acierta á respirar otra atmósfera que la espesa y ardiente de la Puerta del Sol; que no sabe reposar á otra sombra sino á la de las pálidas luces del gas; que no quiere templar su ardor en otras aguas que en las del húmedo y esterado arenal que le sirve de río; que espera pacientemente largas horas y bajo un sol trópical á que le llegue su vez para llenar el candente botijo en el esquilado caño de la fuente de vecindad, al paso que paga su décimo dividendo y aguarda con noble confianza la llegada del Lozoya á nuestras puertas y la apertura simultánea de la gran Casa lavadero.—Queda el Madrid secular que acostumbra á congratularse cada día con ver estampado en el Diario que en el anterior resistió noblemente á un calor de 34 grados; que celebra en este mes como en los anteriores sus obligadas verbenas nocturnas; que escucha impasible el planidero son de la campana que le anuncia cada día el mortífero incendio, no casual, ni menos intencionado, sino mas bien la combustión espontánea de un edificio, de una fábrica, de una iglesia, de un almacén; que entre los negros nubarrones agrupados en el cielo espera ver renovada cada tarde la piedra de Santa Ana del siglo anterior, y duerme tranquilo, no á las orillas de un volcan, sino en el interior del volcan mismo.

Este Madrid modelo, este Madrid verdaderamente heroico, es pues lo que nos ha quedado por acá, y que á despecho de los pomposos anuncios de las empresas de diligencias y de las fiestas reales de la Granja, de los prospectos de los baños minerales y de los *trains de plaisir-omnibus* de la empresa de Saavedra, ha acudido como de costumbre al sistema de su vida ordinaria y circular; ha llenado todas las mañanas las tiendas de la calle de la Montera, los portales de la Plaza, las losas y el asfalto de la Puerta del Sol; todas las tardes los paseos de la Fuente Castellana, Botánico y Buen Retiro; todas

las noches las sillas desvencijadas de la Plaza de Oriente y del Salon del Prado; ha establecido en ellos el teatro movable de sus proezas, de sus negocios, de sus amores, de sus chismes y devaneos; ha hecho sus correspondientes novenas, octavas, setenarios, triduos, visperas y completas, en los diversos templos de la capital á la Visitación y á la Virgen del Cármen, á Santiago y Santa Ana, á Santa Filomena y San Ignacio de Loyola; ha presenciado la liquefacción de la sangre de San Pantaleon bendito el miércoles 27, y acudido todos los domingos á las solemnes procesiones, minervas y visitas de altares, sin perjuicio de haber llenado todos los lunes el redondel de la puerta de Alcalá con igual entusiasmo y fervor.

El traslado de esta vida prosaica, por su misma uniformidad y consonancia, no ofrecería á nuestros lectores sino un ejemplar más del mismo cuadro que trazamos el año anterior; por eso es por lo que quisiéramos poseer aquel don de que hablamos al principio, aquella intensidad de vista que alcanzara á penetrar al través del espacio y nos permitiese poder recorrer y trazar simultáneamente todos los puntos, medios y términos de este inmenso cuadro.—Mas pues no puede ser así, y nos importa por otro lado poca cosa todo lo



德天

Tien-té, pretendiente al imperio de la China.

que pasa fuera de la jurisdicción ordinaria de nuestra pluma, fuera del alcance de nuestro campanario de Santa Cruz, prescindiremos de aquellos grupos de amables tráfugas, que desgarrando las páginas de la *Crónica Matritense* de julio, van á continuarla por su propia cuenta en variados é inconexos episodios, acomodados á la escena provincial ó extranjera, y nos limitaremos únicamente á dar fé de aquellos cuadros domésticos ó de vida interior hasta donde alcanza nuestro daguerreotipo moral.

Pero es el caso que estos ya están señalados aunque á grandes rasgos en las líneas anteriores en que procuramos reseñar el vivir de la villa en el transcurso ordinario del mes canicular. Por esta vez todo ha pasado en el mayor orden con arreglo á aquel programa, arropándonos lo mejor posible en nuestros treinta y cuatro consabidos grados del Reaumur, en plena luz de calles y paseos, ó modestamente achicharrándonos á domicilio; robándonos cordialmente el sorbo de agua cenagosa elevada á la categoría de rica *Abroñigal* ó preciada *Alcubilla*, á impulsos de la noria patriarcal, mientras que los aficionados á baños de nuestro metafórico río han tenido el placer de sumirse en un banco de arena muy propio é indicado para la curación de gotas y reumatismos; y los que fre-

cuentan las casas de baños públicos, el de administrarse uno ó mas sudoríficos, ó de quedarse *en seco* oportunamente á una hora dada cada día, cabalmente aquella que el termómetro andaba á las alturas del Senegal.

Tales han sido los solaces materiales de la *ville bourgeoise* en el iracundo mes que termina; en cuanto á los *trabajos*, pican en historia, especialmente los domingos y fiestas de guardar. Cinco han sido los transcurridos desde el 3 hasta el 31 inclusive, y todos ellos han estado dedicados por la población madrileña al santo angel de la *Guarda*.—En tales días de los meses anteriores el honrado artesano, la triste ó alegre viuda, el cesante, el doméstico, el empleado subalterno acostumbaban á llevar modestamente á la paternal Caja de ahorros el fruto de su sudor y de su economía; pero vino cierto airecillo fresco, cierta *aureta assai gentille* en son de *parte oficial* de la Gaceta, de que el Gobierno abrigaba la idea de tomar bajo su protección á un establecimiento que tenía la insensatez de prosperar rápidamente sin que nadie le protegiera, y no fué menester mas para que todas aquellas buenas gentes (*miserabile vulgus*) para quienes son desconocidos hasta los primeros rudimentos de la teoría del crédito, que no leen los luminosos artículos de los periódicos graves, y que traducen la sublime economía en prosaica y material *economía*, acudiesen presurosos en su doliente á pedir á voz en cuello que se les devolviese su dinero; y hasta que el mismo Gobierno, á quien guiaba sin duda la mejor intención, tuvo que decirles «Vds. perdonen, que no lo dije por tanto.» no les salió el susto del cuerpo ni dejaron de ir á cobrar.—Este pánico, seguramente inmotivado, produjo en los cinco domingos del mes la retirada de 942 imponentes por 1.670.000 y pico de rs. vn; y gracias que con la aclaración del Gobierno y la manifestación de la Junta directiva de la Caja, pudo calmarse á tiempo el temor y empezó á renacer de nuevo la confianza; pero las escenas de la plazuela de las Descalzas en estos días prueban y probar debieran á los señores gobernantes, que deben andarse con pies de plomo en estas materias, y que la palabra *crédito* por desgracia hace medio siglo que anda reñida entre nosotros con la de *público*.

También ha dado margen á la comidilla de las oposiciones de oficio que aparentando el mayor celo se frotaban las manos de alegría al ver á los gobernantes metidos de buena fé en aquel atolladero, el otro asuntillo de los ferrocarriles de que quedan en estado interesante, aunque ya fuera de cuenta, para los primeros días del mes de agosto; y no ha faltado quien jugando del vocablo haya pronosticado que si por consecuencia de aquel laborioso parto no llegamos á ver planteados los caminos de hierro, acaso habremos adelantado en el camino del yerro alguna cosa mas.

El arreglo novísimo de la por lo visto antes desarreglada Gobernación ha venido también en estos días á influir poderosamente en muchas cocinas de las que arriman la puchera al calorcito del presupuesto nacional; ha llevado también á la casa del Monte de Piedad algunos menesteres de los que no son necesarios para un cesante; ha producido en el Diario diversos anuncios de almonedas, y en los talleres de la moda algunos pedidos *pressés* de uniformes y bordados para lucirse perentoriamente en el palacio de San Ildefonso con motivo del besamanos del 24; espectáculo sorprendente, magnífica función teatral en la que debían hacer su *debut* los nuevos actores, y que sería completa si tuviera otro público que los mismos de casa ó los jubilados de la temporada anterior.

A propósito de San Ildefonso en que tan magníficas funciones se preparan con motivo del feliz suceso anunciado en la *Gaceta* del 30, nos lamentamos únicamente de que tantos planes de ferrocarril del Norte no hayan producido siquiera el modesto trozo de doce leguas que separa á la corte del sitio Real; que nos haya dejado á pedir de boca de diligencias y caleseros con su precio *non omnibus*, y su tiranía proverbial. A no haber sido así, y á poder contar con un via férrea á través del Navacerrada, todo Madrid hubiera acudido en tales días á felicitar á su Reina por una esperanza que colma de alegría á todo el país, y á contemplar entusiasmado la magnífica iluminación de los jardines, el famoso aparato de la corte Real. Esperemos, Dios mediante, que el año próximo será lo mismo, y que los que quieran ver correr las fuentes de la Granja tendrán que aprontar su contingente á razón de duro y hora por legua, ó preferir las de Versalles por economía de tiempo y dinero.

EL CRONISTA.

ESPECION ALREDEDOR DEL MUNDO

DE LA CORVETA DINAMARQUESA DE GUERRA

LA GALATEA.

En el año de 1845 recibió el actual Ministro de Marina de Dinamarca, el almirante Steen Bille, el encargo de emprender con el indicado buque una expedición alrededor del mundo con el objeto especial, á mas de presentar la bandera dinamarquesa en los diferentes puntos trasatlánticos, de verificar unas exactas averiguaciones sobre la aptitud de colonizarse las islas nicobáricas situadas en el golfo de Benzala y pertenecientes á Dinamarca. Después de una navegación de mas de dos años volvió la Galatea en agosto de 1847 felizmente á Copenhague, trayendo consigo las mas interesantes y variadas colecciones de todas clases recogidas en las diferentes partes del mundo, y una abundante cosecha de material científico en los mapas de los diferentes sabios y artistas que acompañaron á la expedición. Del informe que redactaron el comandante de la corveta, el señor Steen Bille, y el doctor de Rosen, médico y zoólogo durante el viaje, entresacamos los fragmentos siguientes, que por su interés particular serán leídos con gusto por nuestros suscritores.

Después de referir una multitud de extraños sucesos en la para nosotros tan maravillosa China, y de muchos detalles que ya en otras partes hemos visto narrados, se reasume el resultado de todas las observaciones del modo siguiente: «Fácil aun para el extranjero es reconocer la nacionalidad china, y lo que sobre todo á cualquier europeo debe admirar, es el extraño contraste, no solo en los usos de la vida vulgar, sino tambien en las formas convencionales del trato social que existe entre los habitantes de Europa y los del Imperio Celeste. Ambas poblaciones tienen, y seguramente con razon, la pretension de hallarse en un alto grado de civilización; pero cuán diferentes son entre ambas los resultados de esta civilización! Parece como si estos dos pueblos hubieran andado juntos á lo largo de un alto muro, el primero por este lado y el segundo por el otro, persiguiendo ambos al mismo objeto, pero sin llegar nunca á notarse, ni entrar en contacto mútuo, ni influir el uno sobre el otro: por fin llegan al último del muro, se encuentran, se observan, y ambos se hallan sumamente sorprendidos de ver que aunque han ido por el mismo camino, sin embargo se han apartado tanto el uno del otro, y ambos se echarian á reír, si no estuviesen demasiado bien educados; pero lo que no pueden menos es encogerse de hombros con una compasiva y lastimosa sonrisa en los labios. A cada paso que andan juntos descubren algo de extraño y de raro. Si el europeo desea el buen día al chino, se quita el sombrero, saluda con la cabeza y le alarga la mano, el chino, que sabe se le quiere manifestar con esto un acto de política, se pone rápidamente el sombrero, se arrodilla, doblega fuertemente el cuerpo y aprieta los dos puños contra el pecho. Ahora quieren pasarse ó sentarse juntos, entonces el europeo anda á la izquierda del chino, y este para no ceder en galantería al otro le deja conservar el sitio preferente á su lado izquierdo. Quieren salir juntos á caballo, y el europeo nota admirado que el chino monta á caballo por la derecha y agarra las riendas con la mano derecha: ¿por qué? porque tiene el abanico en la izquierda. El chino mira avergonzado á una señora europea, á la cual cree desnuda á causa de sus vestidos ajustados en los hombros, cuello y pecho. El europeo dirige una compasiva mirada á los pies estropeados de la china, y quisiera gustoso acudir á ayudarle, si no le detuvieran los celos del chino que como buen asiático encierra á su muger y la impide severamente cualquier contacto con los extranjeros. Si el europeo quiere leer un libro chino, debe principiar por la última página, y cuando un chino quiere escribir lo hace de la derecha á la izquierda.»—Después de algunas observaciones generales se continúa así: «No nos sentimos autorizados á pronunciar un juicio satisfactorio en favor de quien, mirado bajo un punto de vista enteramente imparcial, recaería la comparación de la civilización, religiosidad y moralidad europeas: á pesar de esto no dejaremos de suministrar algunos datos rápidos para este examen.»

Carus compara á los chinos con las formaciones de impedimento conocido en la psicología, y difícil seria encontrar una comparación mas exacta. En lugar de haber madurado formando un conjunto armonioso, han quedado estancados en su desarrollo. La elevación y el poder creador del pensamiento animan penetrándolos á ambos la divinidad en la naturaleza humana. Aunque no por eso queremos convenir en que los chinos sean el pueblo elegido por el Señor, no podemos por otra parte negar que el mismo materialismo que limita sus ideas y las sujeta á la tierra, los aparta al mismo tiempo de errores en que otros pueblos mas elevados caen, y que aquel materialismo los hace felices y por excelencia prácticos. Felices porque se han puesto por cuestion de vida un objeto alcanzable, hácia el cual trabajan por consiguiente satisfechos, y prácticos, porque su círculo de atribuciones es tan estrecho, que aun el menos inteligente pueda dentro de sus límites adquirir cierta habilidad.

«Un pueblo como este no puede ser religioso: el oficio divino consiste únicamente en sacrificios y ceremonias insustanciales. La doctrina de Kong-fu-tse (Confucio), que constituye hace 2400 años la religion de estado de los chinos, forma directamente un sistema moral-filosófico, ó mejor dicho político, el que ni siquiera hace mención de una otra vida, y solo reduce al hombre á nuestro globo terrestre; un sistema, que antepone la utilidad á todo lo demás, y por consiguiente considera la obediencia como la primera ley de la vida.

«El estado pues no es mas ni menos una gran familia; ningún elemento extraño ha podido desde entonces introducirse en el organismo, una vez concluido, y si bien se llama con razon á Kong-fu-tse el sostenedor del trono, y se le debe á él haber salvado al imperio en tiempos aciagos, no es menos verdad que él es quien ha excluido todo progreso, sumergido á la China en un sueño mortal, y levantado una barrera inaccesible entre aquella y sus vecinos. El es quien ha impreso al pueblo este carácter estereotípico (nos atrevemos á decir) petrificado, que lleva en sí la maldición de la infructuosidad; él tiene la culpa de que los chinos de la actualidad anden como las sombras de sus hermanos muertos hace miles de años!» En seguida se hace una breve relacion de la religion del pueblo dominante en la China, la doctrina de Buddha, y

luego se hace mención, con referencia especial á lo que Güh-laff espone sobre el particular en sus diferentes obras, de los esfuerzos que sobre todos los jesuitas y después los protestantes ingleses han hecho para la introducción en China del cristianismo, concluyendo este párrafo con las palabras siguientes: «Aunque no puede negarse que la propagación del cristianismo en China ofrecia hace doscientos años mas esperanzas lisonjeras que en la actualidad, en cambio parece acabado el tiempo de las persecuciones, y la doctrina cristiana vuelve á predicarse con tal vigor y entusiasmo, que nos da un testimonio de que nunca debe dudarse de una causa justa y buena, y de que se sabrá vencer los obstáculos que la enemistad del gobierno y sobre todo de la nobleza tártara opone al cristianismo.»

Con respecto á la forma de gobierno se dice: «La forma del gobierno chino es patriarcal-despótica. Se considera al pueblo como una gran familia, al emperador como su dueño ó jefe y como representante de Dios en este mundo.

La sucesión al trono se decide por la elección del emperador, que sin embargo casi siempre elige á su hijo mayor; la emperatriz debe ser siempre de origen tártaro. El gobierno central reside en Peking y se compone del consejo privado, del gran consejo, de siete ministros, del tribunal de los censores que vigila el desempeño de las funciones de los mandarines, y de la academia imperial que conserva los documentos históricos del imperio y tiene á su cargo las ciencias y artes. Cada provincia tiene su gobierno especial, que consta de un virey ó gobernador general, un vicegobernador, un presidente de instrucción pública, un general en jefe y un jefe de los diferentes ramos de la administración. La idea fundamental de que se hallan penetrados tanto el gobierno provincial como el central, es una ciega obediencia y reciproca responsabilidad. Los castigos, aun los mas crueles, no son mas que manifestaciones del amor paternal del emperador, por mas que no solo hieren á los criminales, sino tambien á sus descendientes hasta la tercera y cuarta generación. Palos y el célebre potro de pescuezo, confiscación de los bienes, prision y espulsion del país, trabajos en las colonias militares, los tormentos mas crueles y la pena de muerte son los castigos mas usuales, y á pesar de todo quizás no hay un país donde el gobierno separado del pueblo por una etiqueta rigidísima, se halle sostenido en una obcecación tal, donde se desatiendan sus órdenes en tal grado, y esten tan á la órden del día las venalidades y ventas de los empleos como en el imperio celeste.

«Esta es justamente la causa de la debilidad política del imperio, la que son incapaces de remediar, ni su inmensa extensión geográfica y su población de 367 millones de almas, ni unas rentas anuales de 40 millones de onzas de plata, ni un suelo feraz y un comercio muy animado con todas las riquezas que le acompañan. No obstante los grandes medios de defensa que ofrecen la situación aislada del país contra los ataques del exterior y el poder omnipotente y paternal contra los disturbios interiores, se ha visto en las revoluciones políticas mas de una vez temblar el trono del imperio y perder su corona la dinastía reinante, y cada vez que un enemigo exterior ha atacado á la China, ha penetrado victorioso al interior del país á pesar de la gran muralla de dos mil años de edad hácia el Norte, y á pesar de las costas peligrosas y tan distantes de todas las potencias extranjeras hácia el Este y Sur. Aun en este momento vemos en el trono á una dinastía procedente de conquistadores, los Manschu-tártaros, y no hace muchos años vimos á una potencia europea (Inglaterra) llevar la guerra al corazón de las mejores provincias de este poderoso imperio con una escuadra y ejército comparativamente insignificante, y obligarlo á una paz humillante, aunque cuenta con una escuadra de 300 juncos y con ejército, incluso los soldados de policía, de unos dos millones de hombres, entre los cuales hay 80,000 tártaros que forman la guardia de corps del emperador.

«Debe atribuirse igualmente en su mayor parte á la falta de costumbre en hacer la guerra la causa de la poca fuerza que la China puede oponer á un enemigo exterior; pues han pasado siglos enteros sin sospechar ni menos ensayar los progresos gigantescos que el arte de la guerra ha hecho en otras partes. La consecuencia inmediata de esta indolencia es el poco respeto que goza el estado militar, pues en este país se consideran la erudición y los conocimientos como el único camino posible para la nobleza y los empleos mas elevados, y no les entra á los chinos en la mente creer que el estado militar pueda ser mas que una profesion, que por consiguiente está subordinado á los empleados civiles, los juriscónsultos, los filósofos, teólogos, etc. Los mandarines militares no hacen ninguna otra prueba de su aptitud que la fuerza física y la destreza en el manejo de las armas y los ejercicios guerreros. Figúrese cualquiera un ejército tal mandado por jefes semejantes.

«Otra prueba aun mas convincente de la debilidad del gobierno chino puede sacarse de su impotencia para hacerse dueño de los súbditos sublevados de tierra y mar. Al Noroeste de la provincia de Kwang-tung hay unas montañas donde dentro de los límites del imperio celeste vive un pueblo aun nunca vencido en el verdadero sentido de la palabra, que emprende frecuentes invasiones en las provincias vecinas y comete muchas violencias. El único medio que con buen éxito se ha empleado contra esta gente es el de haber comprado la tranquilidad á fuerza de considerables cantidades de dinero; aquella ración entonces poco mas ó menos hace años el dey de Argel cuando decía á la potencia, á la que quería hacer la guerra: «Dáme el dinero que te costarian tus armamentos, entonces estaré quieto y se ahorrará sangre.» De esta manera se sofocó entre otras en el año 1832 la sublevación tanto en las montañas como en la isla Formosa.

(Continuará.)

TIEN-TÉ,

PRETENDIENTE AL IMPERIO DE LA CHINA.

El vasto imperio de la China camina á una completa disolución. Los insurgentes, conducidos por el joven pretendiente Tien-té, se han apoderado de Nankin: es decir que han dado un paso importante. La provincia de Nankin es á la vez el jardín y el granero del imperio. Domina á Peking como la es-

clusa sujeta al canal. Se considera ya como indudable que los insurgentes llegarán hasta la capital, y se apoderarán de ella. Una vez allí, la falta de telégrafos y de rápidas comunicaciones centralización, porque todos los extremos se tocan, y cuando Tien-té esté en Peking, quedará destruida la dinastía tártara. ¿Qué significa ese movimiento que empezó ayer y que se propaga en el inmenso Imperio celeste con tal rapidez y tan buen éxito? Es el espíritu nuevo que deshonra al antiguo. La dinastía manchú que ha conquistado la China con perjuicio de los soberanos indígenas, se hunde, se estingue en la infatuación, en el inmovilismo, en la ceguedad del orgullo.

El actual emperador Hien-Foung, cuyo nombre, económico pero engañoso, significa completa abundancia, subió al trono en 1850. No tiene mas que veintidos años, y este joven, educado con las estúpidas delicias que rodean á los herederos del imperio, se muestra el adversario mas obstinado de toda reforma y de todo progreso. Hace mucho tiempo que la China está llena de clubs y de sociedades secretas. Si Hien-Toung fuera previsor y supiera esto, no contestaría al grito de Reforma con el de resistencia.

¿De qué se trata? A tal distancia y con tal carencia de documentos exactos, es muy difícil que podamos determinar sencillamente el carácter de la revolución, que tal vez á estas horas ha derrocado al último descendiente de los tsing. Sin embargo, por las noticias que hemos recibido, y mas especialmente leyendo el curioso é interesante trabajo de Callery y existe á la vez una revolución política y religiosa.

Tien-té, el jefe de la insurrección es tambien joven, no tiene mas que veintitres años. Su intencion manifiesta es desposeer la dinastía extranjera y sustituirla en su persona, la raza nacional de los Mings. Todas las apariencias hacen creer que lo conseguirá.

Pero no es únicamente un Gustavo Wasa ó un Carlos Eduardo; es tambien un reformador teológico, y tiene á la par de pretendiente monárquico mucho de Juan de Leyde. Su nombre, que significa virtud celeste, opuesto al de perfecta abundancia, indica bastante el carácter espiritualista, al mismo tiempo que temporal, de su empresa; es el espíritu opuesto á la enervación de toda la naturaleza en que muere la dinastía de los Manchú. Ha engrandecido en las sociedades místicas, en las sociedades secretas que hace muchos años minan el imperio tsing. Aunque no pueda explicarse el dogma nuevo en toda su extensión, lo que está á la vista es que los insurgentes reformadores de la China quieren abolir las supersticiones y groseras insignias de Buda, y han comenzado su obra iconoclasta, destruyendo los monumentos religiosos, las pagodas, los dragones, ídolos y demás que ha caído en sus manos. Tal vez habrá caído ya al suelo la famosa torre de porcelana de Nankin. En Europa como en Asia las variaciones radicales van acompañadas de destrucciones vandálicas, de atentados á las maravillas del arte, á la historia, á la vida muda, inofensiva de los siglos que han precedido.

Se trata pues de derrocar á la vez la dinastía y la religion dominante sustituyendo á la primera los Mings, y reemplazando la segunda con un culto mas puro, mas interno. Sin embargo, no es esto todo; Tien-té anuncia que dividirá el imperio y le federalizará.

No hay duda que un imperio tan vasto, donde se desconoce el medio de las rápidas comunicaciones, tiene una necesidad política de ese federalismo, que relajando los lazos de la tiranía, permita á las provincias regirse y vivir á su manera; al norte que continúe su vida asiática; al mediodía que se funda con los elementos nuevos de la institución de las cinco puertas y la incansante inmigración de los europeos; en una palabra, que se abra á la civilización superior que no es posible rechazar y contra la que han combatido imbecilmente los últimos emperadores tártaros.

Los insurgentes han fundado por señal distintiva la supresión del largo mechón que los conquistadores Manchú habían impuesto á su modo á toda la población sometida. Esta vuelta á las antiguas costumbres se completa por la adopción de la túnica abierta por delante que es el traje chino puro.

Cortarse el mechón en la actualidad, dicen Callery y Grau, «es como sacar la espada y tirar la vaina.» En efecto, debemos notar que el retrato de Tien-té tal como nos le transmiten las muchas monedas y retratos esparcidos con profusión en el imperio, se distingue por el crecimiento inusitado y enteramente revolucionario de toda la cabellera.

Los dos autores citados hacen del pretendiente el retrato siguiente: «El estudio y las veladas le han envejecido prematuramente. Es grave y triste; vive muy retirado, no comunicando con los que le rodean mas que para dar sus órdenes. Su fisonomía espesa dulzura, pero la dulzura propia de los asiáticos, que no escluye la firmeza, ni una especie de obstinación particular á las naturalezas creyentes. Su cutis es el de los chinos de las provincias meridionales; es decir, algo azapanado. Es un poco mas alto que Hien-Foung, pero no es tan robusto. Uno y otro han experimentado la influencia de su educación; lo moral se refleja en lo físico. El joven emperador esbelto, atrevido, con la mirada fija, manda con altanería y exige ciega obediencia. Tien-té por el contrario tiene una mirada impasible, que parece que levanta uno á uno los pliegues del alma y hace penetrar en su seno. Manda mas por sugestión que por propia voluntad. En una palabra, tiene la reserva silenciosa del hombre que ha reflexionado mucho antes de poner en ejecución sus proyectos. Su táctica, sus manifiestos, prueban que posee una rara sagacidad política, una indisputable superioridad de ánimo, y mas que todo esa energía activa y paciente peculiar de los hombres educados á la sombra de las sociedades secretas.»

Si este retrato es exacto, como debemos creerlo, no debe quedar la menor duda sobre el resultado de la lucha, aun cuando los boletines repetidos que recibimos de Canton y de Peking no manifestarán que las tropas imperiales estan en plena derrota y no cuentan los combates mas que por sus desastres.

Esta lucha por otra parte ha tomado el carácter de la mas encarnizada esterminación. No se da cuartel. Los insurgentes que son cogidos con las armas en la mano, ó los que no llevan el indispensable adorno del mechón, son decapitados sin piedad por la larga navaja que sirve de hacha á los verdugos chinos. Tien-té hace lo mismo con los miserables defen-

sores... mada... «Cua... insur... tribu... tuvo... Al di... rebel... nuev... que t... Pe... mino... impel... Se... clatu... hem... perso... sus d... Ya... esta p... cion q... jeto. I... milan... llama... las p... tivos... pronos... los ay... N... los g... cione... melic... las co... pos ó... puede... modo... tan. I... puede... memo... que s... L... es su... mos q... bra: s... much... no ta... causa... de ar... que n... gram... de los... p... atend... lógic... un a... breve... al a... ante... cion... som... E... pue... naci... con... social... luto... se ha... pues... O... noce... pue... aque... nos e... pa... relati... darse... empl... Si... cant... diren... nos n... Si la... esta... propi... no, n... nos f... parte... con... buyo... tener... sobre... no ha... ni ha... D... filos... num... F... daga... nom...

sos de Hieng-Foung. Las provincias son saqueadas y arruinadas á la vez por los dos partidos. Hé aquí un ejemplo: Cuando la pequeña ciudad de Lo-Ngan fué tomada por los insurgentes en 1851, los vencedores la impusieron una contribucion; además se apoderaron de un prestamista que tuvo que pagar por su rescate mil taels (unos 8,000 francos). Al día siguiente las tropas imperiales, que perseguian á los rebeldes, entraron en la ciudad, y despues de imponer otra nueva contribucion, se apoderaron del desdichado negociante que tuvo que pagar tres mil taels.

Peró la guerra, que dura ya hace dos años, toca á su término, y antes de poco sabremos indudablemente si el inmenso imperio es Ming ó Ting.

DE LOS PRONOMBRES.

ARTÍCULO III Y ÚLTIMO.

Definición de los adjetivos: division en cualitativos y fijativos. Los últimos se subdividen en indicativos, de lugar ó determinantes, de relacion, de cantidad y de pertenencia. Análisis de sus cualidades y causa porque tienen los fijativos carácter pronominal, que no es inherente y exclusivo de ellos. Exámen rápido de la cuestion de los casos oblicuos de él, ella, ello, y del uso del qué y quien.—Conclusion.

Sentado ya que debe borrarse de la gramática la nomenclatura de Artículos y Pronombres, puesto que los primeros hemos visto que son adjetivos y los segundos ó adjetivos ó personas, solo me falta explicar lo que entiendo por adjetivos, sus divisiones y naturaleza; con lo que daré fin á esta materia.

Ya en el artículo anterior quedé esencialmente definida esta palabra, pues no es otra cosa que aquella parte de la oracion que expresa una cualidad ó accidente del nombre ó objeto. Las cualidades ó son propias y constitutivas de este, ó señalan y determinan su manera de existir: *cualitativas* hemos llamado; las primeras y *fijativas* las segundas: aquellas son las palabras conocidas por todos los gramáticos por adjetivos, como *bueno, verde, hermoso*; estas los denominados pronombres (con escepcion de los personales), los artículos y los adjetivos de cantidad.

No admiten los cualitativos otras subdivisiones que las de los grados de comparacion; pero estas son mas bien clasificaciones de una misma cualidad en su estado natural, máximo, medio, mínimo y relativo; fuera de aquí, los accidentales de las cosas pueden ser tantos y tan varios que no caben en grupos ó secciones. No sucede lo mismo con los fijativos: no pueden extenderse á mas de los que son, y afectan del mismo modo á todas las cosas, como que las determinan y concretan. Los grados de comparacion no caben en ellos: una *capa* puede ser *mas ó menos ó muy vieja*, pero no *mas esta*, ni *menos primera*, ni *muy una*; pero si admiten divisiones, porque su número es limitado. Veamos cuáles pueden ser.

Lo primero que en la idea de un objeto se nos presenta es su generalidad, su abstraccion, v. g. *papel*; pero empezamos á concretar la idea, y para anunciarlo tenemos una palabra: el *papel*. Adjetivo indicativo es una voz preventiva de mucha importancia en las lenguas para fijar las cosas, pero no tan necesario elemento de ellas que todas lo tengau; y escusado será decir que por la naturaleza de su significado ha de anteponerse al nombre, como idea predominante, regla que no tiene escepciones. Por esta particularidad sin duda los gramáticos han visto en ella una parte de la oracion distinta de los adjetivos, que han denominado *Artículo*.

Para precisar mas la idea general y abstracta, y antes de atender á sus cualidades intrínsecas, no hay duda que lo mas lógico será manifestar el lugar ó distancia de nosotros; habrá un adjetivo determinativo: *este papel ese libro, aquel sombrero*. Como consecuencia de ello dichas palabras sustituirán al artículo ó *adjetivo indicador*, y lo rechazarán cuando se antepongan al nombre, pues que no cabe mayor determinacion que decir el lugar en que la cosa se halla, como *este sombrero, aquel libro*, y no *él este sombrero, el aquel libro*.

Entre el lugar y la relacion, circunstancia que viene despues de aquella, se halla en castellano el adjetivo *él, ella, ello*, nacido del *ille, illa, illud* latino, que se traduce tambien y con mas exactitud por *aquel*. Es de lugar, porque aunque no señala el sitio fijo del objeto, lo determina de un modo absoluto; es de relacion, porque hace referencia al sugeto de quien se habla. Yo no tendria inconveniente en llamarlo *relativo*, pues ese es principalmente su oficio.

Otro nombre habrémos de dar entonces á los que se conocen con este en la gramática, y quizá no sea inexacto. Despues que hemos dicho el lugar determinado con *este, ese* y *aquel*, ó el absoluto y la relacion con *él*, tenemos que hacer cargo naturalmente de las demás relaciones, que agrupando, digámoslo así, nuevas ideas á la primitiva. Tales son los relativos *que, quien, cual, cuyo*, á los que he repito que puede dárseles otra denominacion: la de *conjuntivos*, puesto que su empleo es agregar y añadir.

Si conocemos el lugar y la conexion, nos falta apreciar la cantidad. Para esto sirven los *numerales*. Si es determinada, diremos su número por medio de los *cardinales*, los *ordinales* nos mostrarán su colocacion, y los *partitivos* sus fracciones. Si la cantidad no nos es conocida exactamente, manifestaremos esta duda con los *indeterminados*, que unos harán referencia propiamente á la cantidad como *mucho, poco, cuanto, alguno, ninguno*, otros solo la indeterminacion, como *cualquiera*.

Si sabemos ya el lugar, relacion, union y número, solo nos falta conocer la pertenencia: de quien es la cosa. ¿Con qué parte de la oracion formaremos estos adjetivos? Es muy claro: con las *personas*, puesto que á ellas se refieren; *mío, de mi, tuyo, de ti, suyo, de sí*; y si la personalidad y por tanto la pertenencia son colectivas, *nuestro, de nosotros, vuestro, de vosotros*, y *suyo* que lo mismo sirve para la pluralidad, porque no habiendo verdadera personalidad, sino simple referencia, ni hay tercera persona colectiva, ni pertenencia de esta clase.

De lo dicho resulta que los adjetivos fijativos son, *indicativos, demostrativos* ó *determinantes, relativos, conjuntivos, numerales, indeterminados* y *posesivos*.

Hechas estas divisiones, no nos queda ya otra cosa sino indicar la causa por qué los gramáticos los han llamado *pronombres*. Así como las ideas se enlazan en nuestra mente, del

mismo modo se unen las palabras, que todas van fijando el trayecto que recorre la principal; pero en este enlace hay algunas que se unen de tal modo á la idea que la representan y sustituyen muchas veces. Estas son los adjetivos *fijativos*. ¿Y por qué? Por la esencia de su significado. ¿Palabras que nos muestran la situacion, pertenencia, relacion y número, necesitan repetir la cosa, una vez expresada? De ningun modo. El único que no puede sustituir al nombre es el *indicativo*, y esto mismo nos da á conocer la causa de sustitucion de las demás. El *indicativo* solo nos pone en atencion; pero no clava, por decirlo así, el objeto, al paso que los otros lo ligan, lo dejan sin movimiento. Así, en las frases siguientes: *ese libro está bien escrito, mi sombrero es nuevo, el primer palacio del monarca, cuatro soldados, ¿cuánto dinero tienes?* el fijativo tiene la naturaleza de los demás adjetivos, como en estas otras: *el libro es este, el sombrero es mio, el palacio es el primero, los soldados son cuatro*. Pero si digo: *todas sus obras son buenas, pero esa me gusta mucho; los sombreros son de moda pero no los cambio por el mio; ningun palacio me gusta tanto como el primero, marchaban los soldados aceleradamente, pero cuatro no pudieron seguir; necesito dinero; ¿cuánto?* aquí ha nacido el *pronombre*, porque la idea no se repite, pues como fijativas que son estas palabras no la han menester, una vez dicha, para que se comprenda la siguiente; la eliden porque verdaderamente aquí no hay sustitucion sino elision, y bien podriamos decir: *todas sus obras son buenas, pero esa obra me gusta mucho; los sombreros son de moda, pero no los cambio por mi sombrero, etc.* Vieron los gramáticos esta particularidad é hicieron este raciocinio: son sustitutos de los nombres, luego son pronombres. Su error provino de considerar tan solo uno de sus oficios; mas no tuvieron en cuenta que no es el único, y que tampoco es exclusivo de los fijativos, como podremos ver en los ejemplos siguientes: *¿Cuál de estas encuadernaciones te gusta mas, la verde ó la encarnada? La verde.*—*Juan estuvo en la Isabela, allí encontró á sus amigos: la verde viene á ser un pronombre de encuadernacion que está elidido, y el adverbio allí lo es de la Isabela.* No hay duda en que aquellos adjetivos sirven de este modo mas que ninguna otra parte de la oracion; pero es como llevo dicho hijo de su significado, particularidad que se verifica tambien en los adverbios de lugar por indicar fijeza. Así es que en latin de *hic, hæc, hoc, (este)*, sale el adverbio *hic (aquí)*, y de *ille, illa, illud, (el ó aquel)*; *illuc, alli*. *Este y aquel* se forman en francés con adverbios de lugar, *celui-ci, celui-là*. Más exacto hubiera sido llamarlos *pronombres*, porque aun cuando no se explicarán bastante, se daría á conocer al menos el modo de su colocacion ordinaria, cuando el nombre no lleva el indicativo delante de sí; propiedad que deben igualmente á su significado.

Queda pues resuelta la cuestion de los *pronombres* en todas sus fases; pues hemos visto su naturaleza, su uso, y su significacion. Hemos rechazado la antigua denominacion reemplazándola con otra que nos parece mas exacta; nos falta solo hacernos cargo de ciertas cuestiones incidentales del régimen, que trataremos de pasada, porque de hacerlo con estension necesitaríamos mas espacio del que hemos empleado en toda esta materia.

Una que ha hecho mucho ruido y aun continúa ocupando á los gramáticos, pues no está resuelta, es la de los casos oblicuos de *él, ella, ello*, que forma nuestra lengua con las palabras *le, la, lo, les, las, los*. Dirémos brevemente lo que se ha espuesto por personas autorizadas, y aventuraremos luego nuestra opinion. Dicen unos: el adjetivo *él, ella, ello*, tiene tres terminaciones en el caso recto, que varia por otras tres en los oblicuos; *le, la, lo*: pues lo natural es que estas tres terminaciones correspondan á los tres géneros, *le* para el masculino, *la* para el femenino y *lo* para el neutro, sin determinacion de casos, porque no habiendo declinacion en castellano no puede distinguirse entre el *dativo* y *acusativo*. En el plural tiene tres terminaciones *les, las, los*; pero como en castellano la terminacion neutra no tiene plural, podemos usar *les* y *los* para masculino y *las* para femenino. No es exacto que *le* provenga de *illi*, ni esto importaria, porque además de que no podemos seguir paso á paso tal derivacion para sentarlo como un hecho: los romances modernos nacidos del latin fueron muy caprichosos en la forma con que tomaron las voces de su madre. El francés en los nombres propios prefiere el *nominativo* y en los adjetivos en muchas ocasiones solo la radical, como *Augustus, Brutus, y toul, bon de totus y bonus*. El castellano se inclina en todos los casos con mas frecuencia al *ablativo* latino, *Augusto, Bruto, todo, bueno*. Para ellos *le, la, lo*, provienen directamente del recto *ille, illa, illud* y no de *illi*.

Otros sustentan la opinion de que *le* es *dativo*: suponen la existencia de los casos y la derivacion de *illi*. Para los que así discurren *la* y *lo* son las terminaciones del régimen directo del singular, *le* del indirecto. En el plural, *les* y *las* son el régimen directo; *les* el indirecto. *Illi é illis* se traducen por *le* y *les*; *illum, illam, illud* por *lo, la, lo, é illos, illas* por *los, las*. Combaten estos la opinion primera diciendo, que aun cuando no haya casos, no puede dudarse que en castellano como en todos los idiomas puede ser el régimen ó directo ó indirecto, que para cada uno tenemos su especial terminacion: que se evitan de este modo las anfibologías de otra manera muy frecuentes, y por último, que si bien pudiera aparecer verdadero el juicio de los contrarios en el *singular*, en el *plural* se ven en la necesidad de dar dos terminaciones al masculino arbitrariamente, sin que manifiesten los casos en que ha de usarse la una con preferencia á la otra.

Por último, algunos creen que *le* es *dativo* en todos los géneros y *acusativo* masculino, *la* *acusativo* femenino, y *lo* neutro; y en el plural, *les* *dativo* único, *les* y *los* *acusativos* masculinos, y *las* femenino. Alegan para ello el uso mas frecuente, porque otra razon no pueden, lo mismo que aquellos que quieren dos *acusativos* masculinos de singular y plural, *le* para personas y *lo* para cosas.

Por lo dicho se infiere que la cuestion es intrincada y difícil. ¿Son puras dificultades presentadas por los gramáticos, ó están apoyadas en el uso? Todas lo estan, pues de cualquiera de los casos y opiniones referidas pueden alegarse ejemplos de nuestros buenos escritores. ¿Pues cómo saldremos de este laberinto? Explicándolo, pero no resolviéndolo. Indudable es que *él, ella, ello*, tiene seis terminaciones indirectas, tres de singular, y tres de plural, que todas sin dis-

puta las tomó del latin, y lo natural parece que sean hijas de los casos oblicuos y no del *nominativo*, porque de este sacó ya el adjetivo en su *nominativo*, y no hay duda que aquellas son de régimen y por tanto nacidas de las desinencias. En este supuesto, *le* y *les* no provienen de otros que de *illi é illis*; por consiguiente en todas las ocasiones en que veamos en latin la construccion en *dativo* debe traducirse con el *le* castellano, sin miramiento al género. Pero queda la cuestion de *lo* y *le* *acusativos*; ¿lo será este último? Fuera de controversia está que no puede fundarse en la etimología, y sin embargo, aparece en castellano y hay que usarlo. ¿De dónde esta anomalía? No la busquemos en nuestra lengua, si no en la latina; *illi* es irregular y solo tiene una terminacion de *dativo*: la construccion latina es muy arbitraria y pide *dativo* en caso de verdadero régimen directo. Hé aquí la causa de nuestras confusiones y anarquía; una lengua que no tiene declinacion ni casos toma terminaciones de otra lengua declinable; una lengua que puede apreciar mas que su madre el régimen directo y el indirecto, tiene que sujetarse en las variaciones de *él, ella, ello*, á los caprichos sintácticos de esta. Por ello se ha hecho nuestra lengua extraordinariamente anfibológica, y no ha podido acertar con una regla, que por otra parte ha de encontrar siempre enfrente de sí, la eufonia que jamás olvida nuestro oido delicado, el cual antes sacrifica el fondo del pensamiento y aun su claridad, que perder su armónica forma y su cadenciosa y contrastada posicion de vocales: así que unas veces usará *la* por *le* y este por *lo*. Pero el gramático tiene que ser muy exigente y ha de fijar sus bases: si tratáramos de una obra filosófica, bastaba con decir: hay en castellano seis terminaciones indirecta, de *él, ella, ello: le, les, la, las: lo, los: las* primeras *le, les*, se usarán siempre que el latin pida *dativo* sin consideracion al género, y *la, las, lo, los*, para cuando pida *acusativo*, ó haya régimen directo con distincion del género. Mas esta regla para el que quiere conocer bien la gramática no seria suficiente, porque dejaba el trabajo por hacer: no podría estamparla una academia, porque sus producciones han de ser, no solo de consulta para sabios, sino de enseñanza para principiantes que no conociendo el latin, tendrian aquello por una verdadera algarabía. Así pues el trabajo importante, aun por nadie emprendido, es el formar á manera de lo que en todas las gramáticas se hace con las preposiciones, una lista de verbos que rijan *le* y *lo*, estableciendo unos principios, fundados en el latin y en el buen uso, claros y ordenados, que nos saquen de esta confusion y desórden. No dudo que la Academia Española lo haga, pues á ella le cumple, y solo de sus manos puede salir bueno y autorizado. En tanto, no nos queda más que un medio por el cual obtendremos buenos frutos: la lectura atenta y asidua de los buenos pro-sistas españoles.

Algunos han suscitado en nuestro tiempo y con éxito al parecer, puesto que su opinion se sigue á despecho de los clásicos, la cuestion del uso del *qué* y *quien*, queriendo trasladar á nuestra lengua la regla de la inglesa que usa el uno *what* para cosas, y el otro *which* para personas. Yo comprendo en aquella lengua semejante distincion; en la nuestra no la creo necesaria: allí las cosas son neutras, y terminacion neutra puede considerarse su *qué*. Nosotros solo conocemos este género en el singular de los adjetivos; los nombres son ó masculinos ó femeninos por la terminacion ó por el uso; no hay verdadero género filosóficamente hablando.

Varias particularidades podian apuntarse sobre las anfibologías que producen las palabras *se* y *su*, con otras cosas curiosas de nuestra vária sintaxis: pero saldria de mi propósito, que no ha sido otro que el fijar la nomenclatura verdadera de los llamados *pronombres*. Doy pues fin á mi trabajo: tal vez en otra ocasion y bajo mayores proporciones, hable de este y otros puntos importantes de nuestra gramática que aun estan por analizar: hoy solo pido disculpa á mis benévolos lectores.

Madrid 29 de Junio de 1853.

F. DE PAULA SELJAS.

VISTA DE RAAB.

La ciudad libre imperial de Raab, capital de un condado del mismo nombre, se halla situada en la baja Hungría en la confluencia de los rios de Raab y Rabnitz que desembocan en el Danubio á 20 leguas noroeste de Buda y á 22 sudoeste de Presburgo. Tiene grandes edificios, buenos establecimientos y paseos, un teatro, y un puente sobre el rio con una puerta á su entrada llamada puerta del rio. A la izquierda de la parte mas saliente de la ciudad se halla el palacio y su torre, y á la derecha se ve una gran fabrica recién construida con su chimenea: la iglesia pequeña que hay á la izquierda con unas casillas pertenece á la aldea de Kesfaul.

La ciudad libre de Raab ha sido entre las ciudades comerciales de Hungría una de las que han ocupado el primer lugar en la guerra con Austria. Situada en la confluencia del Raab con el pequeño Danubio, hacia una gran navegacion sosteniendo un vivo comercio particularmente en granos, con lo que mantenía á 150,000 habitantes. No hay que decir que sus simpatías y afecciones eran en favor de su patria; pero encontró Georgey la ciudad tan débilmente fortificada para poderla considerar como punto de apoyo de sus operaciones, que después de una corta lucha la desocupó, volviendo á caer en 28 de junio de 1849 en poder de los austriacos.

IGLESIA DE SAN JUAN DE ERFURT.

Sabido es de todos las disensiones que reinaron en estos últimos años en la confederacion alemana con motivo del protectorado ó influencia que pretendian ejercer sobre ella, ya Austria, ya Prusia; de lo que resultan divisiones de partido y gran desavenencia hasta sobre el punto en que se habia de reunir la Dieta de los diferentes estados alemanes. Después de grandes discusiones acordaron reunirse en Erfurt, en donde se celebró provisionalmente la primera reunion en 15 de marzo de 1850 en la iglesia de San Juan, interin se habilitaba definitivamente para este objeto el monasterio de agustinos de dicha ciudad, siendo esta la razon por qué damos el grabado de esta iglesia, que no deja de ser notable tambien por su regular arquitectura.

EL LADRON DE LA CORTE.

CAPÍTULO IX.

La paloma.

Por espacio de una hora batieron el bosque sin resultado: solamente vieron en los aires algunas bandadas de halcones que andaban á caza de su alimento. Algunos descendían á veces sobre los altos abetos, y volvían á elevarse con nidos de ardillas; pero las gallinetas silvestres y las perdices, que era lo que deseaban nuestros dos cazadores, no se dejaban ver en ninguna parte.

Volvíanse á la casa desaminados; pero en el momento en que iban á abrir la puerta del jardín, divisó Magog á la orilla del bosque una paloma perseguida por un águila, y cuyo fatigado vuelo anunciaba que pronto sería presa del ave de rapina. Apoyó entonces su ballesta en el hombro, y con su destreza acostumbrada atravesó de un tiro al pobre pájaro, que no podía escapar de sus dos crueles perseguidores. El águila, poco satisfecha de que la arrebataran su presa, cerró sus alas y se desplomó sobre la espirante paloma; pero Boleslao, que había adivinado sus intenciones, siguiendo todos sus movimientos, le asestó su tiro con tal acierto, que hiriéndola en el cuello cuando ya abría su largo pico para apresar la paloma, la hizo rodar hácia atrás, y desaparecer lanzando gritos salvajes.

Cogió Boleslao el pájaro muerto, presintiendo que el destino de la Suecia dependía de este dichoso flechazo, y al examinarlo, descubrió que pendiente de su cuello por una seda había un papelito, de que se apoderó con presteza, diciendo á Magog:

—¡Ah! ¡ah! parece, Magog, que sin saberlo acabas de matar á un mensajero de amor. Toma el galante correo de las pastorcillas de estos contornos.

—Veamos qué dice; será divertido, replicó el teniente.

—Veamos.

Boleslao, desplegando con precaucion el papel enroscado en forma de espiral, leyó lo que sigue:

«Hermano, dentro de cuatro dias hay gran reunion: la mina de esmeraldas producirá sus frutos. No falteis al castillo de Medelshom á las seis de la tarde. Todos los nobles y ricos de la capital asistirán tambien... quemad este aviso, y pedid á Dios que nos ayude á triunfar.»

—¿Qué quiere decir eso, capitan?

—¡El diablo me lleve si lo comprendo mas que tú!

Boleslao volvió á leer en voz baja este enigmático y singular billete, aplicando á cada palabra toda su inteligencia.

Después de haber reflexionado algunos minutos:

—Magog, exclamó, el cielo nos envía una inmensa fortuna.

—¿Cómo?

—Repara bien estas palabras: *la mina de esmeraldas producirá sus frutos*. Yo creo que esto hace referencia á una reunion de individuos que han descubierto una mina de piedras preciosas, de la cual no quieren que tenga conocimiento el rey, porque le corresponde la mitad.



El ladron de la corte.—Rimberg.

—Es muy posible.

—Yo sé dónde está ese castillo de Madelshom. Se halla situado á diez leguas de Stokolmo, y dicen que pertenece al duque de Sarten, señor muy rico.

—¿Y bien?...

—Si diésemos una vuelta por allá, pasarian cosas muy curiosas entre esos contrabandistas y mis leñadores. Muy divertido sería, por ejemplo, dejarlos tranquilamente desenterrar las esmeraldas, y coger nosotros el botin cuando fuese mas abundante.

—Pero habrán tomado grandes precauciones. ¿Cómo haremos para introducirnos?...

—Eso corre por mi cuenta. Nosotros hallaremos además

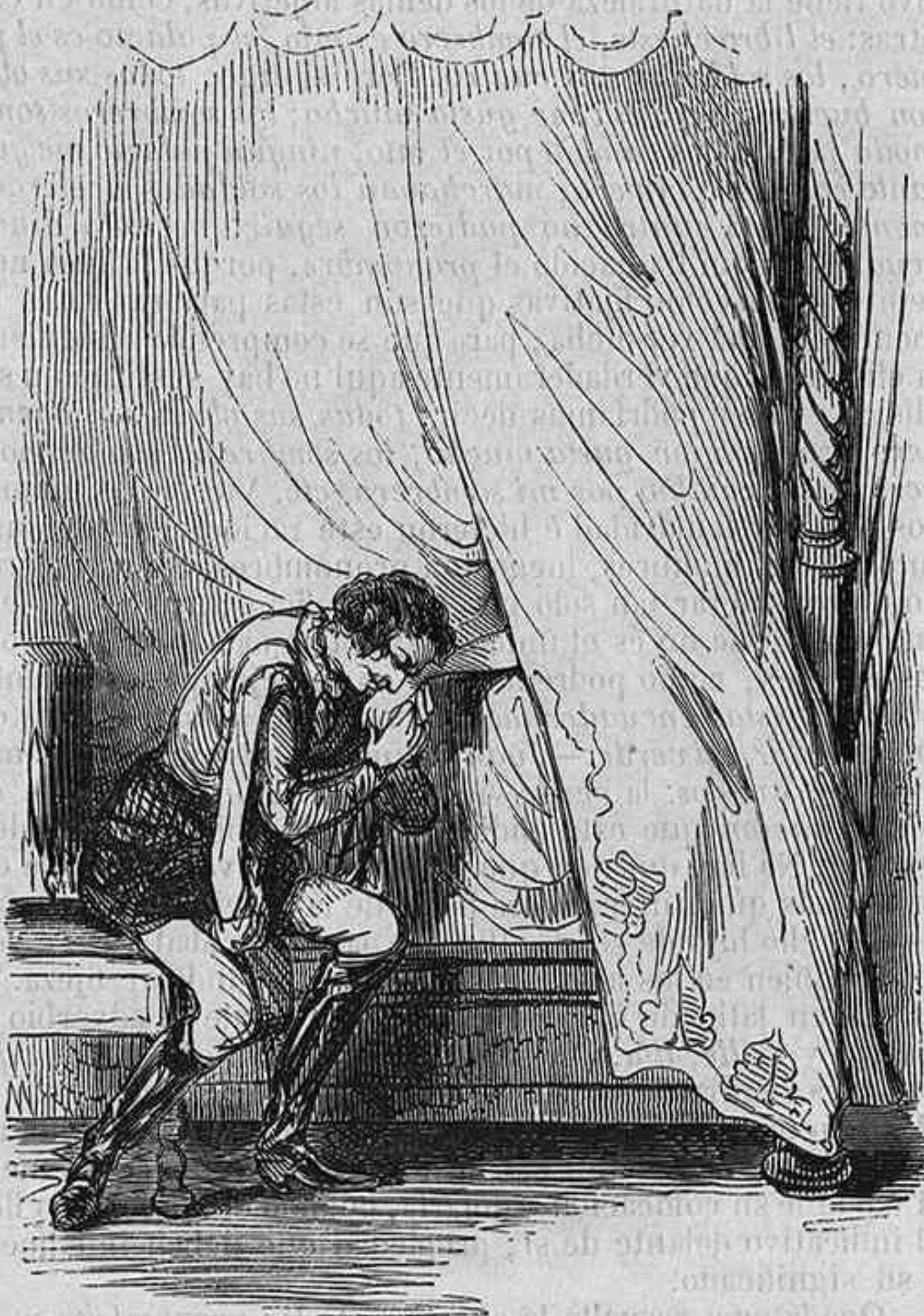
mucho oro en esa mina; lo tomaremos al mismo tiempo para ocupar toda nuestra gente.

—¡Magnífico pensamiento por vida mia!

—Y cuyo resultado es tanto mas seguro, cuanto que si los defraudadores osan resistirnos, nos nombraremos agentes de policia para que teman ser descubiertos y presos.

—Perfectamente concebido.

—El proyecto que antes dije tenia que comunicar á nuestros compañeros es por casualidad casi igual á este. Habia meditado un merodeo por los castillos de estas cercanías; la ocasion de hacerlo se me presenta, y no la desaprovecharé. Yo sabia que en Suecia hay algunas minas de plata; pero



El ladron de la corte.

nunca creí que tambien las hubiese de esmeraldas. ¿Qué importa? Lo haremos, suceda lo que suceda. Entremos.

Boleslao, después de almorzar, notificó oficialmente á sus subordinados que estuviesen dispuestos, porque iba á abrir la campaña. Los que habian conducido á los esbirros hasta Stokolmo acababan de llegar, y se quedaron para cuidar de la casa. Los demás, con su jefe á la cabeza, emprendieron la marcha al principio de la noche hácia el misterioso castillo de Medelshom, que iba á ser testigo de acontecimientos de la mayor importancia.

CAPITULO X.

Las hermanas del rey.

En uno de los vastos pabellones contiguos al palacio real de Stokolmo habia un salon adornado con ricas esculturas. Las colgaduras de terciopelo encarnado que cubrian las paredes de cedro, fatigaban la vista por lo subido de su color; grandes sillones de respaldo redondo ocupaban los cuatro ángulos de la habitacion, y algunas pieles de zorro azul, tendidas sobre el pavimento, formaban una especie de césped espeso, donde los piés apenas podian moverse. Un temperamento templado, dulce é igual, reinaba por todas partes.

En este pabellon habitaban juntas las dos hermanas del rey, que vivian en una comunidad tal de afecciones y confiancias, que en vez de dos voluntades no reinaba allí mas que una sola. Es preciso advertir que siempre disponia á su antojo de esta voluntad comun la princesa Isabel.

Isabel era de elevada estatura, y todo su porte respiraba energia. Por una escepcion muy rara en las hijas del Norte, sus cabellos eran pocos y negros. El vivo encarnado de sus mejillas parecia acusarla de su vulgar origen, y su entrecejo anunciaba una entereza indomable; por cuya razon eran sus azules ojos de una dulzura estremada. Ciertas costumbres masculinas se echaban de ver en sus bruscos movimientos, y en su persona se advertia cierto aire de impertinencia, á pesar de ser por lo comun vergonzosa y tímida su mirada, en que se traslucia la falsedad que formaba el fondo de su disimulado carácter.

Moralmente considerada, era esta princesa menos perfecta aun, porque habiendo leído con fanática pasion una multitud de obras fabulosas, se habia formado de los hombres y del mundo una idea enteramente opuesta á la realidad. Hacia gala de no amar, de no sentir, y regañaba á sus mejores amigos cuando se incomodaban por cosas que no merecian la pena. Su corazon estaba además seco y rebosando odio, razon por la cual, á pesar de su belleza, ningun hombre hubiera apetecido ser su esposo, porque las gracias, la dulce persuasion de la bondad, y las tiernas expansiones faltaban á esta naturaleza mal cultivada, dominada de continuo por una vanidad insolente, y cuyo talento no tenia nada de elevado.

Rubia, débil y en extremo delgada, la princesa Sofia participaba de casi todos los defectos de su hermana, mas bien por el contacto de su dominacion continua, que por inclinacion. Sus arrebatados instintos, combatidos por la ligereza de sus ideas, no tenian ninguna importancia peligrosa; era coqueta, y amaba el placer; pero á su alma faltaba la suficiente energia para sacudir el yugo de Isabel. La amaba, escuchaba sus consejos, los seguia por costumbre, y sus cualidades naturales se hallaban así reprimidas por la falsedad de un carácter que no era el suyo.

El rey, hasta la época á que nos referimos, habia dejado á sus hermanas en completa libertad, de que no habian abusado mas que para mezclarse en intrigas políticas; porque habian soñado hombres y amores tan perfectos, que todas las realidades humanas les parecian insoportables impertinencias. Sofia suspiraba algunas veces en voz baja, viendo pasar por delante de ella á los oficiales de la guardia real; pero no se atrevia á decirlo, y estos deseos que en sueños la perseguian, no tenian otros testigos que sus almohadas.

Las princesas se hallaban en este momento reunidas en el salon. Isabel escribía, y Sofia, reclinada en un divan, se entretenia jugando con un pequeño armino, que elevaba á la altura de su cabeza, haciéndole balancear sobre la punta de un largo baston dorado. Algunas veces abandonaba al animal de su destreza; pero otras, deslizando ó subiéndolo obstinadamente, divertía á su dueña con sus saltos y volteretas.

—¡Ten cuidado, Bola de Nieve! dijo Sofia lanzando un grito de dolor; acabas de morderme el dedo y voy á castigarte metiéndote en tu jaula.

Pero Bola de Nieve, que parecia reconocer su falta, se apresuró á lamer las manos de la princesa; pasaba y volvia á pasar repetidas veces sobre un manguito que á su lado habia, y corriendo á robarla azúcar y avellanas, segun su libertad le permitia, desarmaba con su amabilidad su enojo, que acababa siempre por risas immoderadas ó nuevas caricias.

—¿Cuál es el nombre del castillo que habita el conde de Guldenstern, hermana mia? dijo Isabel preocupada.

—Stora-Sundby, á una legua de aquí, respondió la princesa.

—Muy bien; ya estan todas mis cartas escritas. Si nuestros agentes de las provincias han tomado las hábiles precauciones que les he prescrito, nuestro plan es infalible.

—Muy atrevido, y sobre todo muy peligroso, hermana mia.

—¿Teneis el proyecto de combatirlo después de haberlo aprobado, Sofia?

—Yo lo he aprobado, porque vos habeis querido.

—Yo no quiero mas que cosas justas, grandes y dignas de nuestro rango, hermana.

—Sí, ya lo sé... por eso me someto, y apruebo cuanto hacéis.

Llamado por Isabel un criado de confianza, recibió de su mano un considerable número de pliegos, recomendándole los hiciese llevar á su destino por hombres de quienes no se pudiese recelar.

El criado saludó, y al disponerse á salir:

—¡Ah! Ulrich, añadió Isabel, decid de mi parte á Mr. Gustavo Rimberg, el teniente de guardias, que le ruego se ponga á mis órdenes. Id.

A este nombre de Gustavo la princesa Sofia se levantó, y un vivo encarnado coloreó su frente, de ordinario pálida.

—¿Qué teneis que decir al teniente Rimberg? preguntó á su hermana con emocion contenida.

—Ya lo sabreis cuando él venga, porque es muy importante que me ayudeis en una conversion que puede salvar el honor de nuestra familia.



El ladron de la corte.

—¿Una conversion?... no os comprendo.

—Dentro de un instante me comprenderéis; pero recordad que debeis apoyar con toda vuestra influencia el designio que medito, porque vuestra aprobacion me ayudará á triunfar.

—Corriente; mas entre tanto insinúadme...

—Ya está aquí Mr. Gustavo...

En efecto, un oficial de rostro tan franco como distinguido, acababa de entrar, y se detuvo respetuosamente á la puerta.

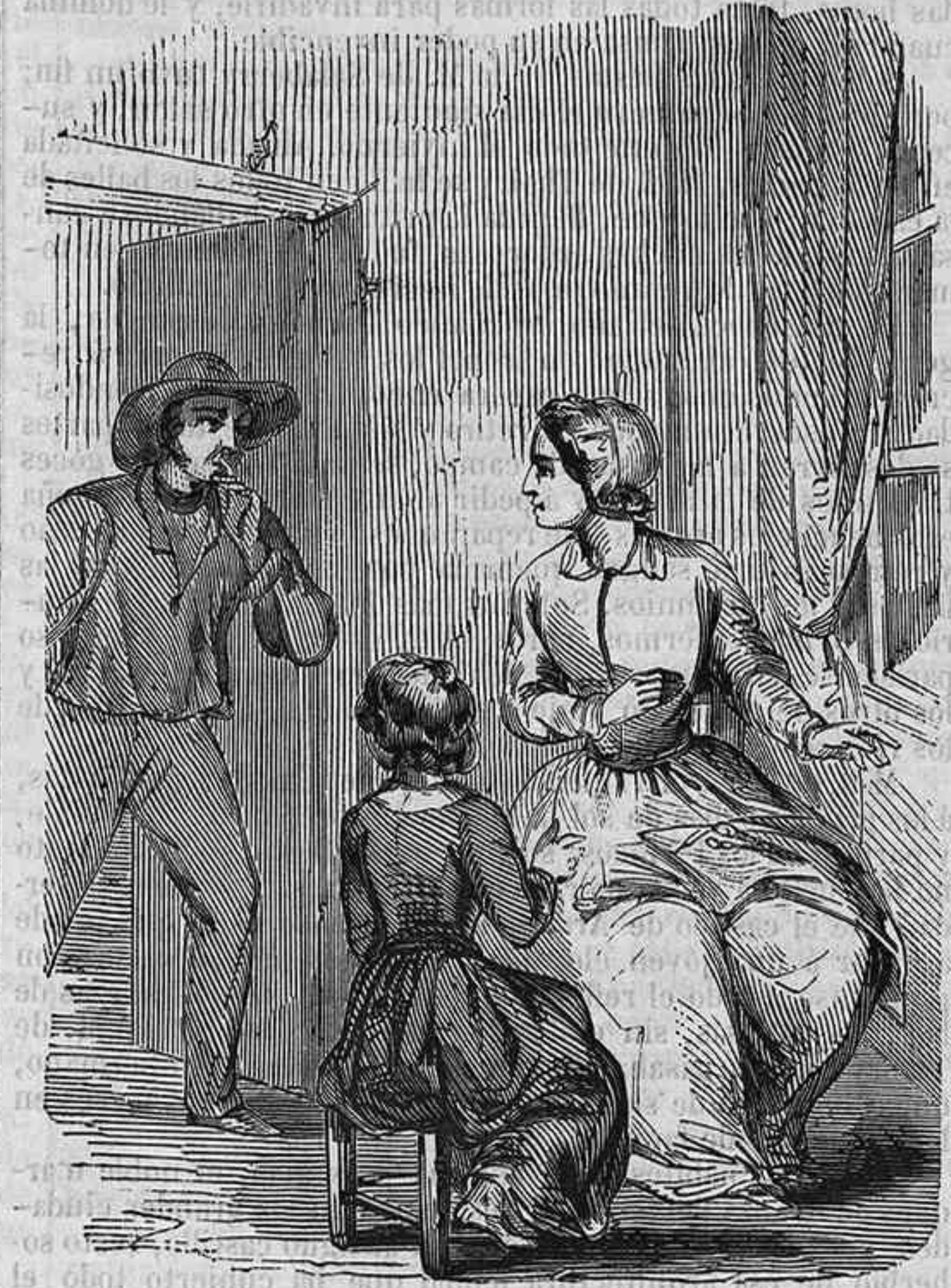
—Acercaos, caballero, le dijo Isabel con amable sonrisa. Tenemos gran necesidad de vos.

—Dichoso yo, señora, respondió Gustavo saludando, si me juzgais útil para vuestro menor deseo ó para vuestro servicio.

Vertical text on the right edge of the page, likely bleed-through from the reverse side.

—Venid á sentaros aquí, junto á mí, continuó la princesa con una familiaridad que no la era muy habitual.
 —Sentarme!... ¡en vuestra presencia!...
 —Puesto que queremos hablaros en confianza, caballero Gustavo, añadió Sofia con abandono, es preciso que os tratemos como á un... amigo.
 —Mr. Gustavo, continuó Isabel fijando sobre el jóven una mirada escrutadora, ¿cuál es la posición de vuestra familia, su fortuna actual y sus esperanzas para el porvenir? No me ocultéis nada: os ruego que no os intimideis delante de nosotros. Sois un valiente, un leal militar; pero nunca ascenderéis á los grados superiores de la milicia si no encontráis protectores que os presten su apoyo, y esto es precisamente lo que podemos procuraros, y lo que vamos á ofreceros.
 Absorto al escuchar tan inesperada proposición, el jóven teniente sonrojóse de reconocimiento y embarazo: pero al ver que Sofia le animaba por un gesto bondadoso, venciendo sus emociones:
 —Señoras, respondió con voz segura, sin querer penetrar los motivos del generoso interés que vuestras altezas se dignan manifestarme, permítanme agradecerles humildemente tan señalada bondad. Mi familia no es acomodada. La posición de mi padre en el fondo de una provincia es solo modesta. Tengo un hermano, mayor que yo, sirviendo en la marina real, y enviamos á nuestro padre los pocos ahorros que nuestro corto sueldo nos permite, para procurarle en cuanto nos es posible una vejez descansada.
 —Nobles jóvenes! dijo Sofia con interés.
 —Honrosa conducta es la vuestra, caballero Rimberg! añadió Isabel. Vuestros sentimientos son los de un excelente hijo.
 —Oh, señora! ¡él sí que es bueno! Los rígidos deberes que mi estado me impone no me permiten verle, abrazarle; solo mi pensamiento vuela á su lado continuamente, no le abandono jamás. Sueño con mi país, con mi infancia, con mi humilde hogar, y solo así soy algun tanto dichoso.
 —¿No tenéis ambición?
 —No, señora, temería lanzarme en tan peligroso camino.
 —¿Qué lástima! dijo Sofia ahogando un suspiro.
 —Decidme, caballero Gustavo, continuó Isabel con voz ligera, ¿no habeis nunca pensado en casaros?
 —Casarme, señora! ¿A quién osaría amar yo, pobre soldado sin fortuna? Confundido en los mas ínfimos grados del ejército, ninguna muger tendrá nunca la bondad de mirarme.
 —Eso es un exceso de modestia, caballero Gustavo, dijo aturdidamente Sofia. Las mugeres son como Dios, todo lo ven; particularmente las que de cuna mas elevada que las otras...
 —Hermana mía! la interrumpió severamente la mayor; parece que no comprendéis muy bien el objeto de esta conversación. Dejadme acabar.
 Sofia, casi avergonzada de haber merecido esta reprimenda, bajó los ojos, y guardó silencio.
 —Caballero Gustavo, prosiguió Isabel, si vuestro corazón está libre, como pienso, será muy fácil haceros feliz, procurándoos unos amores inesperados, una muger y un dote.
 —¿Qué decis, hermana? exclamó Sofia; ¿habeis llamado á Mr. Gustavo Rimberg para hacerle víctima de una burla?

teniente, dijo Isabel con sequedad; yo os la he hecho con condiciones muy sencillas: no es una burla; es una realidad lo que os ofrezco.
 —En esa segunda hipótesis, señora, todo tendria diferente significación, y hé aquí lo que vuestra alteza me autoriza á decir. Yo tengo veinticinco años: mi posición es mediana; pero será siempre honrosa. Si hasta aquí no he sucumbido al amor, no ha sido porque mi alma no comprenda todos sus dulces ardores, sus peligrosos arrebatos, y sus locuras: conozco mejor que otro cualquiera hasta qué extremo



Carolina.

podría yo amar; pero, señora, así como yo desearia rodear de adoraciones al objeto de mi pasión, así tendria tambien derecho á que fuese puro y sin mancha. Una jóven que yo hubiese encontrado por casualidad, á quien hubiera tenido la felicidad de agradar, y que me hubiese inspirado estimación por sus virtudes, hé aquí la modesta flor á quien yo querria dar mi nombre, sin acordarme de su fortuna ni de la pompa que la rodearía. Yo no querria ser dichoso por mí solamente, pues me parece que seria mi amor bastante grande para que mi compañera no tuviese otra cosa que desear.
 —¡Bien! ¡muy bien, Gustavo! ¡Oh! sois un noble jóven, dijo Sofia.
 —¡Ideas pobres y que trascienden á provincia! añadió Isabel.
 —Yo ignoro, señora, continuó Gustavo, si pensamientos diferentes, inclinaciones mas enérgicas podrían variar enteramente mi vida, hacérmela mas agradable; pero solo de esta manera comprendo la felicidad, y la esplico tal como la siento.
 —No estaríamos entonces tan lejos de entendernos como creéis, caballero.
 —Ah señora! aunque entonces fuese atrevido é indiscreto, vuestro ofrecimiento me asustaria. Me daría margen á pensar atrevidamente sin duda, que una cortesana que emplease para encontrar marido una intervencion tan elevada como la vuestra, habria cometido algun desliz...
 —No, señor de Rimberg, no, le interrumpió Isabel, no me habeis comprendido... La jóven que os propongo ignora lo mismo que su familia este paso que doy. Por otra parte es tan discreta y tan pura como vos la deseais; solamente que su nacimiento no tiene nada de distinguido: he aquí su único defecto.
 —De poquísima entidad es, si sus otras cualidades...
 —Son muy buenas, segun dicen; pero eso vos lo conoceréis. No os admire, Rimberg, una acción muy comun en mí; he realizado ya una multitud de casamientos por este estilo, sin que nadie tuviese luego motivos para quejarse; y como me intereso tanto por vos como por la jóven de que os hablo, desearia concluir una union que me parece muy buena.
 —Entonces no me atrevo á contradecir los proyectos de vuestra alteza, pues que tienen un fin aceptable, un resultado posible; y con el temor que mi modestia debe causarme, estoy pronto á comparecer ante la novia que tenéis á bien ofrecerme.
 —Es inútil, porque la vais á ver; está aquí.
 Isabel salió con paso lento y grave, haciendo á su hermana señas misteriosas, que esta parecia no comprender.
 Sola con Gustavo, Sofia hallábase preocupada por tristes pensamientos. Un silencio glacial reinó algunos instantes entre el jóven oficial y ella; pero despues, mirándole dulcemente, le dijo con voz conmovida:

Comprendo vuestra admiración, caballero Rimberg. El raro capricho de mi hermana debe ponerlos en un penoso compromiso.
 —Aun no, señora, porque no conociendo á la que se me destina, puede que no nos conengamos mutuamente, y en ese caso siempre tengo la esperanza de desagradaarla.
 —No lo creo; respondió vivamente la princesa, como si hubiera querido retener las palabras que se la escapaban mal su grado.
 —Vuestra alteza es tan indulgente, que me hará tener orgullo; pero no espero que suceda.
 —Nada os hará tan amable como esa modestia, Gustavo,

porque esa es una virtud muy rara en la corte, y nosotras las mugeres, que adoramos todo lo que se humilla para dejarnos dominar, queremos á los hombres que se juzgan poco, porque entonces nos creemos superiores á ellos.
 —Y tenéis razon, señora: ese es el solo medio que tenéis de apreciarlos, tal como todo el mundo os ve.
 Un vivo carmin coloreó las mejillas de la princesa, que no sabia cómo dominar su turbación.
 —En fin, dijo con tono resuelto, si vuestro corazón nada siente hácia esa jóven con quien Isabel se ha empeñado en casaros, ¿qué partido tomareis?
 —Ninguno: esperaré aun, esperaré siempre.
 —Y hareis bien, porque como deciais ahora poco, sois el dueño de vuestra felicidad... y además, ¿quién sabe lo que puede suceder?... Puede volverse á encender la guerra con Dinamarca, seréis llamado á ella, y os distinguireis por vuestro valor, harto probado ya. Los grados superiores pertenecen á los que saben ganarlos. Podeis llegar al de oficial general, conseguir títulos de nobleza, un puesto en la corte, y entonces; qué muger, por elevado que sea su nacimiento, no tendrá á honor el llamaros su esposa?
 —Princesa, acabais de improvisar á mi favor una magnífica novela; pero la realidad de mi historia no será nunca tan pomposa. Pertenezco á la clase del ejército que se distingue en el campo de batalla y á quien se olvida despues de la victoria. La victoria solo da buenos resultados para los nobles, y nos deja á nosotros en el mismo estado que antes.
 —Es verdad, replicó Sofia suspirando tristemente; pero podia ensayarse otro modo de elevaros. Por ejemplo, si en el reino hubiese algunas revueltas...
 —¿Revueltas?
 —Sí, un cambio completo, absoluto, otros intereses en vez de los de...
 Y Sofia se detuvo.
 —Soy bastante torpe para comprender á vuestra alteza.
 —Es inútil, caballero; iba á cometer una indiscreción... Dentro de poco... quizá se os confiará...
 Y no sabiendo cómo terminar la frase, tomó Sofia un libro que habia puesto sobre el divan, y recorrió algunas líneas para encubrir su distracción. Un minuto despues, como ocupada por una idea fija que la atormentaba, Sofia, en toda la inconsecuencia de su carácter, prosiguió con tono persuasivo:
 —¿Por qué no tenéis mas ambición? Cuando ya se tiene protectores debe tambien tenerse fe en el porvenir. Yo influyo bastante con el rey y con mi hermana: todos los favores que me conceda los emplearé en vuestro provecho; cuanto de él pueda obtener será para vos...
 —Señora, estoy penetrado del afectuoso interés que vuestra alteza me demuestra, y no sé cómo probarla mi reconocimiento, mi admiración. No, yo no rehusaré protección tan alta, aunque solo podré pagarla con mi absoluta adhesión á vuestra persona, porque me está negado todo otro sentimiento que no sea respeto...
 —Sí, es justo, Rimberg, que á nosotras las princesas se nos prodigue respeto siempre, pero amor, ¡jamás!
 Rimberg bajó los ojos sin responder.
 —Es además peligroso, prosiguió Sofia mostrando el volumen que tenia en la mano. Este libro, que es la historia en



Carolina.

latin del desgraciado Ovidio, encierra un nuevo ejemplo de tan triste verdad. Este noble hijo de la Italia no pudo evitar el enojo del emperador Augusto, porque habia osado amar á su hija, y sin duda hacerse corresponder por ella; y el cantor del corazón, de la ternura y de las emociones, murió en un clima tan frio como el nuestro, sin que le cerrase los ojos una mano amiga. Por mas que todos los autores de su tiempo celebren á la par el poder de Augusto, su grandeza y sus virtudes, yo no participo de su entusiasmo, yo no le perdonaré jamás la muerte de aquel que hizo palpar el corazón de Julia... de aquel que mereció su amor.



El ladrón de la corte.

—No, sin duda alguna, porque no me burlo; y espero su respuesta, que os ruego, Sofia, no retardeis.
 —Señora, dijo entonces Gustavo seriamente, me parece (si me permitis explicarme con toda la franqueza propia de mi buena fe) que su alteza real la princesa Sofia ha dicho ya la mitad de la respuesta que me pedis. Creo, como ella, que debéis tomar vuestra proposición por una de esas chanzas muy comunes en la corte, y á las que nosotros los soldados, que debemos la mas ciega obediencia á todas las personas de sangre real, nos sometemos de muy buena gana.
 —Respondéis á mi proposición en tono muy altivo, señor

Al escuchar esta apasionada defensa del poeta romano, los ojos de Gustavo parecían suspendidos de los labios de la princesa. Cuando ella acabó de hablar, un pensamiento terrible hizo brillar sus ojos como un rayo de galvanismo; hallábase por acaso enfrente de un espejo de Venecia, miróse en él, y vió que se había sonrojado.

—¿Sois vos de mi parecer, caballero Gustavo? añadió Sofia sin percibir su turbacion.

—Sí, sí, repitió el teniente con visible embarazo, sí... participo de vuestra opinion.

—Si por una suposicion, que nada tiene de extravagante, os halláseis alguna vez en la posicion de Ovidio, ¿qué hariais?

—Como el poeta, sufriria sin murmurar mi destierro; pero moriria antes que él, no por mi desgracia, sino por mi amor, señora.

—Así lo creéis y osais afirmarlo, porque vuestro corazon está en calma, sin pasiones. Esas son palabras que no tendrían grandes efectos...

—¿Comprendéis bien, señora, el terrible apuro en que vuestra suposicion me pondria? Yo, pobre, oscuro, desconocido, hubiera podido sin quererlo, sin atreverme á intentarlo, hacer germinar en el corazon de una hermana... no... me engaño, de la hija de un rey una pasion secreta, loca, y que yo no deberia comprender...

—¿No creéis que esa situacion fuese muy penosa para los dos, caballero?

—Tan peligrosa y tan temible que no encontraria mas que un medio de salir de ella.

—¿Cuál?

—Me dirigiria francamente á la princesa, y tendria valor para decirle: «Señora, el amor que os ha inspirado el mas humilde, el mas indigno de vuestros servidores, le abraza como el rayo rodeándole de peligros; pero tiene valor, y no por eso se acobarda. Vos, vos que sois la causa de todos sus temores, ¿qué porvenir reservais á esta insensata pasion? Una insuperable barrera nos separa... en nombre del cielo y de vuestra olvidada dignidad, reprimid ese sentimiento que pronto os pesará de haber dejado traslucir en un momento de delirio; yo mismo debo suplicaros de rodillas que renunciéis á volverme á ver, á admitirme en vuestra presencia... estoy dispuesto á obedeceros para conservar sin mancha vuestro honor, y mi respetuoso sacrificio en toda su pureza.

—Esa conducta seria sin duda muy noble y muy sabia; pero probaria al mismo tiempo que el corazon de la princesa no habia sido comprendido por el vuestro, porque vuestra indiferencia se revela en cada una de las palabras que acabais de pronunciar. ¿Opondriais la razon al amor, los intereses de una alta dignidad á las expansiones de una alma amante! elevariais friamente la divinidad al Olimpo cuando soñaba con la dicha de ser solo una mortal! Bien lo veis, caballero; no os pareceis á Ovidio que tuvo la temeridad de hacerse culpable, menospreciando todos los peligros.

—Si discutiésemos otra cosa que una quimera, daria á vuestra alteza una contestacion última, que acaso la admirara un poco.

—Decidla pues, señor Rimberg, dijo Sofia impaciente.

—Pues bien, señora, si á pesar de mis consejos, que vos creéis razonables, esa princesa ideal no pudiese vencer su imprudente amor, no la ocultaria mas tiempo el mio; caeria á sus plantas para darla gracias por lo feliz que me hacia, y desafiáramos juntos todos los peligros que nos amagasen. Si debiera morir á su lado por ella, creeria mi suerte la mejor del mundo, porque me parece que el sacrificio de mi vida no seria bastante para pagar su amor.

Una sonrisa encantadora animó el rostro un poco triste de la princesa Sofia, que levantándose y tomando con nerviosa agitacion la mano del teniente:

—Caballero Gustavo, le dijo, juradme que no aceptareis la muger que mi hermana va á presentaros.

—Pero... ¡V. A. me pone en una situacion muy embarazosa!...

—¿Qué perplejidad! yo lo quiero!...

(Continuará.)

UNA VENGANZA.

I.

Por una de esas noches frías y lluviosas que señalan en París el fin de noviembre, se abria uno de los mas brillantes salones del arrabal de San German. M. de Salaberry, cuyo nombre anduvo ruidosamente mezclado en las luchas políticas de la Restauracion, inauguraba la estacion con una fiesta espléndida, en que se hallaban los representantes contemporáneos de esas grandes familias nobiliarias que han ilustrado nuestra historia nacional, y á cuyo lado M. de Salaberry habia invitado á la nobleza moderna de la literatura y las artes. A cada instante iban llegando, radiantes de gozo y con deslumbrantes adornos, esas hechiceras mugeres que son la gloria y el ornamento de las reuniones parisienses.

Ya se apiñaba la multitud en los salones: habia principiado el baile; la alegría y la embriaguez de la fiesta iluminaban todos los rostros; el amor de la casa, hermoso anciano coronado de blancos cabellos, estaba hablando en un ángulo con un joven compatriota que hacia apenas algunos dias se hallaba de vuelta de un largo y peligroso viaje á nuestras posesiones de Africa, cuando el lacayo de servicio anunció Mad. de Thoiry.

Al oír este nombre, el anciano se sobresaltó, echó á hurtadillas una mirada al joven; pero no habiendo notado emocion alguna en su cara, se adelantó mas tranquilo á recibir á Mad. de Thoiry que dejaba esa noche su luto de viuda y hacia su entrada oficial en el mundo.

Consagrada enteramente á su luto doméstico, habian trascurrido tres estaciones sin presentarse en niuguna parte. Reina por la hermosura, por la gracia y la esquisita distincion de su elegancia y talento, Mad. de Thoiry contaba apenas veintiseis años al principio de 1846, y reunia todas las seducciones de la muger. Su entrada en casa de M. de Salaberry fué un triunfo. Agrupáronse en torno de ella sus antiguos conocidos, mientras que aquellos que la veian por primera vez, no podian menos de admirar las líneas puras y de-

licadas de su cara, la delicadeza de su sonrisa, la penetracion y limpidez de su mirada, la opulencia de su cabellera en que se entrelazaban graciosamente perlas y rosas, la esbeltez de su talle, y el gusto esquisito de su prendido.

El conde Enrique de Bossange, el joven compatriota de M. de Salaberry, no se habia encontrado nunca en sociedad con Mad. de Thoiry, y retirado entonces en un ángulo oscuro del salon, no apartaba la vista de esa aparicion hechicera. Jamás le habia sido revelada beldad mas perfecta, y si, sustrayéndose de la fascinacion cuyo encanto sufría, hubiese podido sondar su corazon, habria sentido ya la honda herida del amor, de esa pasion súbita que se apodera del hombre á todas horas, toma todas las formas para invadirle, y le domina cuando él menos piensa en su poder invencible.

Como todas las fiestas, la de M. de Salaberry tuvo un fin; pero principió de nuevo el dia siguiente en otro salon, y sucedió lo mismo durante todo el invierno. Amada y solicitada en todas partes, Mad. de Thoiry se halló en todos los bailes de la estacion; con lo que, llegada la primera, y hallándose cansada de aquellas noches ardorosas, fué de las primeras en tomar cuarteles de verano lejos de la ciudad y del bullicio.

En esa época del año es cuando París se despuebla, la gente de tono abandona en tropel los salones, y corre á recrearse donde quiera que espera encontrar algo de frondosidad y frescura, un poco de retiro y silencio. De todas partes se destierran á las casas de campo, se va á buscar los gozes tranquilos de la aldea, y á pedir al aire puro de la campiña esos benéficos aromas que reparan los desastres del invierno y refrescan una sangre quemada por las emociones de las fiestas y los insomnios. Solo los mas intrépidos, los mas curiosos ó mas enfermos, aprovechan ese trascurso de reposo parisiense para emprender, los unos en busca de placeres y los otros de salud, un viaje á las montañas, á las orillas de los rios célebres y aun al extranjero.

Mad. de Thoiry habia sufrido el influjo de la moda; como todos, á los primeros dias de sol ha hecho sus preparativos de viaje, y parte para los Pirineos, su país natal. Desde su casamiento no ha vuelto á ver la morada de sus padres. Y si bien es verdad que el castillo de Aranza no tenia nada de lo que puede agradar á una joven elegante, habituada por su educacion parisiense á todo el refinamiento, á todas las delicadezas de las casas lujosas, sin embargo, antes de casarse con M. de Thoiry, jamás pasaba un año sin ir á visitar á su hermano, único heredero de su nombre, y recrearse algunos meses en los recuerdos de familia.

Fiel á los hábitos de la antigua provincia, el noble marqués de Aranza detestaba la residencia en las grandes ciudades, y á toda habitacion preferia su antiguo castillo, resto soberbio de esa arquitectura feudal que ha cubierto todo el suelo de la Europa occidental de sus construcciones macizas y guerreras. Semejante á un soldado de centinela con sus torrecillas y puentes levadizos, el castillo de Aranza está fieramente colocado sobre una de las crestas que dominan los valles del Bastan. El viajero que atraviesa la llanura, lo percibe de lejos y cree ver en el aire una gigantesca ave de rapiña. Descúbranse inmensos horizontes desde lo alto de las torres, y cuando el cielo lo permite, el ojo ardiente de los montesinos distingue la línea azul que marca los límites del Océano en las escarpadas riberas de Biarritz y Fuenterrabía. Poblados bosques rodean el castillo por todos lados, y en los jarales de esas arboledas seculares habitan osos, jabalies y lobos, contra los que guerrea sin cesar el marqués de Aranza, el mas intrépido cazador de la comarca. En el interior de su morada todo recuerda los placeres favoritos del dueño: las paredes del salon principal estan cargadas de panoplias coronadas por las trompetas de caza, y á derecha é izquierda la vista no encuentra mas que colmillos arrancados de las cabezas de los jabalies, despojos de osos, patas de lobo, astas de ciervos, cuernos de corzos y otros animales, la gamuza pirenaica, y todo ello entremezclado con águilas, buitres, aguiluchos disecados y puestos sobre peanas como unas estatuillas en el gabinete de un anticuario.

En 1846, ese Nemrod Pirenáico frisaba en los treinta años, edad en que el hombre de aquellas comarcas principia á pensar seriamente en el matrimonio. No obstante su pasion por la caza, el marqués de Aranza no habia dejado de notar la hermosura virginal de la señorita de Sajette que habia aba con el baron su padre en la falda opuesta de la montaña. El marqués habia pedido la mano de la joven al baron, que le acompañaba á menudo en sus cacerias á través de las montañas, y se habian cambiado las promesas por ambas partes.

La noticia de esa solemnidad de familia que se preparaba, habia venido á sorprender á madama de Thoiry en medio de las fiestas de un invierno parisiense; desde aquel momento tomó su resolucion, y sin advertir siquiera á sus mejores amigos, se preparó para ir á compartir con su hermano los primeros embarazos de un matrimonio.

Al dejar á París, la noble y hermosa viuda no se llevó consigo mas que á su doncella Aglae que, linda y seductora con su sencilla papalina de tul, tenia además en sus modales como un reflejo de la elegancia y distincion de su ama. Por lo demás, estaba dotada de un carácter lleno de atrevimiento y resolucion que se armonizaba admirablemente con su fisonomia picante y vivaracha.

El mucho secreto con que se hizo esa marcha, no impidió que el conde de Bossange la adivinase por algunas palabras escapadas indiscretamente, y que le tomase la delantera.

Ese joven pertenecia, como madama de Thoiry, á la alta sociedad parisiense, y durante todo el invierno habia encontrado en los salones á esa beldad. Atraído desde luego por tantas seducciones, el conde de Bossange habia sentido en su corazon una de esas pasiones implacables que doblan la vida ó causan la muerte. Esas pasiones no hieren como el rayo, y por mas que hagamos, por mas que luchemos para subyugarlas, por mas que las combatamos, invaden todo nuestro ser de tal suerte, que en poco tiempo embargan todos nuestros pensamientos, nos absorben, nos enlazan, nos hacen estraños á todo lo que no es ellas.

El conde de Bossange era uno de esos tipos de hombres que de dia en dia van siendo mas raros en una época en que cada vez se hace menos aprecio de todo lo que es noble, grande y bello. Hijo de una fuerte raza, reunia todas las cualidades que seducen en las épocas en que la materia no ahoga la inteligencia: la hermosura realzada por la riqueza, la ciencia

acompañada de la elegancia y del talento. De consiguiente esperó que madama de Thoiry correspondiera á su amor; pero luego indiferencia, y después tanta aversion instintiva como simpatía tenia él por ella en su propio corazon.

Así sucede con los sentimientos regidos por leyes inesplicables; el vulgo no sospecha siquiera su existencia, y cuando la ciencia las encuentra y procura estudiarlas y profundizarlas, bien pronto se ve obligada á capitular ante esos fenómenos y confesar su impotencia.

La pasion de Bossange no era de las que se amilanan fácilmente y retroceden ante las primeras dificultades; el verdadero amor crece con los obstáculos; es la túnica de Nessus que no se arranca aun cuando se desgarran las carnes. Pese á eso madama de Thoiry para su país natal, el conde llevaba todas sus esperanzas de amor, y para alcanzar el objeto de sus ardientes deseos contaba con uno de esos accidentes que una feliz casualidad nos presenta algunas veces, con uno de esos encuentros inesperados que cambian los sentimientos y dan por tierra con las resoluciones mas firmes.

II.

En el castillo de Aranza todo es fiesta y regocijo. De diez leguas en contorno han acudido para asistir á la última caceria del marqués antes de su casamiento. Jóvenes y viejos, todos los amantes de San Huberto, han querido ser de esa partida de placer, y llegan en tropel al castillo donde reciben la hospitalidad de los antiguos tiempos. El dia pasa en un festin continuo; se reconocen los antiguos amigos, pueblan el aire los dichos alegres, y por todas partes reinan el placer y la alegría.

Conducido por un amigo, Bossange asistirá á esta fiesta que promete ser magnífica. Cazador lleno de valor y destreza, y que habia hecho sus pruebas contra el ciervo y el jabalí en los bosques parisienses, contra el leon y la pantera en los desiertos de Africa, ha querido ver de cerca la caza de las montañas. Y luego ha hallado en todos los labios el elogio del marqués de Aranza; sabe que es hermano de Mad. de Thoiry, y arde por distinguirse bajo semejante jefe, contando con que, si el cielo le favorece, podrá captarse con alguna accion brillante el aprecio y la amistad del hermano, y mas tarde llegar de ese modo y naturalmente á la de la hermana.

A eso de media noche se puso en marcha la banda de los cazadores. Cada cual se habia provisto de su armamento con especial cuidado, porque todos conocian las dificultades y los peligros de aquella expedicion, y sabian que á menudo la mas leve negligencia es fatal al cazador. Por otra parte, ninguno habria querido que el animal se escapase por falta suya, y ardian á porfia por llenar dignamente su deber.

El alba iluminaba ya los últimos límites del horizonte, cuando llegaron á la montaña de donde debian desalojar la fiera, y principiaron á trepar en silencio por un sendero áspero y pedregoso que conducia á las primeras mesetas. Allí hicieron alto los cazadores, y mientras se entregaban á un reposo necesario de algunos minutos, el marqués de Aranza se orientó, examinó el terreno, y con esa precision de golpe de vista que jamás le habia engañado, midiendo la fuerza y la intrepidez de su gente, señaló á cada cual el puesto que debia defender y guardar en la campaña que iban á emprender.

En efecto, la caza del oso es una verdadera campaña que exige de parte de los que la emprendan una confianza ilimitada en el jefe que los manda, y luego una intrepidez, una fuerza y una destreza á toda prueba en la ejecucion de sus órdenes.

De consiguiente los cazadores fueron deseminados aisladamente, ó de dos en dos para guardar todas las salidas de la montaña y aguardar la fiera á pié firme donde quiera que se presentase. Bossange fué colocado de observacion tras de una enorme peña que ocultaba un recodo del sendero. Este, con tantos pliegues y repliegues como los largos anillos de una serpiente, abrazaba con sus caprichosas ondas toda la falda de la montaña hasta su cima, mientras otros senderos de cabras serpenteaban todo alrededor é iban á derecha é izquierda á confluir al sendero principal. El punto de Bossange podia tener suma importancia en el trascurso de la caceria, y el marqués de Aranza, confiándose, probaba al conde que sabia apreciar en su valor la intrepidez de los cazadores parisienses.

Delante de las primeras mesetas la montaña se elevaba perpendicularmente. Los tamarindos y los rosagos, los brezos, los espinos, las aliagas espinosas, las encinas enanas, y los abetos nacientes, formaban acá y allá sobre las rocas de granito matorrales espesos á través de los cuales ni aun á la vista era dado penetrar. En otra parte, la roca se presentaba parda y pelada, y esa desnudez tenia un aspecto espantoso. Las guardias de las fieras se ocultan en los matorrales; y el marqués, acompañado de los mas robustos, mas ágiles y arriesgados montesinos, hará una batida general por aquellas espesuras: hé ahí su tarea; tarea que exige una bravura, una prudencia y una experiencia consumadas.

Una hora trascurrió así; luego otra; horas de espera solemne en que la fiebre consume al cazador. En fin, se oye en lo alto de la montaña un gruñido sordo y formidable, que, repetido por todos los ecos, suspende las ansiedades, aguijonea el valor y la impaciencia general. Ese gruñido es el de la fiera que es desalojada... y con eso principia la verdadera caza.

Violentemente arrojado de su retiro, un gigantesco animal se lanza con bravura sobre las rocas escarpadas; brinca de precipicio en precipicio, de escarpada en escarpada, olfateando á cada paso un enemigo. Las piedras desprendidas de los flancos de la montaña por su enorme peso van rodando con estrépito y dan señal de alarma por todas partes. Bien pronto la mitad de los cazadores perciben el terrible animal, un soberbio oso negro de la mas noble especie y de la mas bella traza. Fuertemente plantado sobre sus membrudas patas, se para de vez en cuando para tomar aliento y juzgar la posicion, y luego se lanza con nueva impetuosidad. En su atrevida carrera aprovecha los menores accidentes del terreno y pone entre él y sus adversarios barrancas insalvables. Protegido por su dura piel, desafia las carabinas y parece escitar las imprudencias á fin de arrojarle de improviso sobre el primer cazador desarmado... Héle ahí abroquelado sobre una pequeña altiplanicie aislada como una fortaleza. En su derredor, á derecha é izquierda, hay abismos profundos.

Parte un tiro; sobre toda la línea del lomo se traza un surco en su negro pelambre; la fiera se ve envuelta un instante en un torbellino de pelos que vuelan de todos lados, pero su piel no es encantada. El viento disipa lentamente esa nube, y entonces se ve al oso levantado cuan largo era sobre sus patas traseras. Sus narices humeantes aspiran el olor de la pólvora; sus pequeños ojos se salen de sus órbitas y lanzan fuego; sus patas delanteras se metamorfean en manos, y, agarrando una enorme piedra, la lanza con destreza sin igual contra el primer cazador que se presenta a su vista.

Ese cazador es el conde de Bossange, fiel y á pie firme en su puesto. Por esa súbita agresión de la fiera el cazador ha medido todo el peligro de la situación. Protegido por la parte saliente de la roca tras la que estaba oculto, pudo evitar el proyectil del oso, que solo dió contra la roca; pero con tal vigor, que se hizo mil pedazos con el choque, dejando al conde sin abrigo. Este apela á toda su sangre fría, y antes de la segunda agresión de la fiera descarga su carabina contra ella. El tiro, apuntado con rara precisión, dió en el blanco. El oso es herido en la frente; la herida habria sido mortal, si el hueso, mas duro que el plomo, no le sirviese de coraza; la bala se ha deslizado sobre el cráneo sin agujerearlo. Sin embargo, el oso tambalea algunos segundos, cae sobre sus cuatro patas, pero aferrándose potentemente á la pelada roca, se muestra á los cazadores lleno de vida y fuerzas y dispuesto á continuar el combate.

Reina la ansiedad en todos los corazones; cada uno aguarda con febril impaciencia la continuación de las agitadoras peripecias de ese drama en que puede á su turno ser el actor principal, y ese momento no tarda en llegar.

La bala de Bossange ha interesado la frente de la fiera, desgarrando la piel y los músculos; la sangre corre con abundancia é inunda sus narices, y hasta sus ojos son oscurecidos como se ve por las vacilaciones del animal. Pero bien pronto, sacudiendo sus tupidas lanas y enfurecido por la herida, toma bríos, y va á atacar y defenderse, no de lejos, sino de cerca.

De dos saltos gigantescos cae el oso de piés delante del cazador. En los aires ese cuerpo se despliega como las arcaicas móviles de un puente fantástico. La primera se reposa un instante sobre la peña intermedia como sobre unos sillares, pero la otra principia al punto para acabar delante de Bossange.

Todos los cazadores han visto el arranque de la fiera; todos la ven en pié y amenazadora; todos han oido el horrible alarido que salió de su garganta: entonces se escapa de todos los pechos jadeantes un solo grito, como una inmensa advertencia: ¡Cuerpo á cuerpo!

En efecto, así es como se empeña la lucha. Bossange tiende sus nervios y músculos, y el oso le estruja contra su velludo pecho, mientras que sus uñas se sepultan en las carnes, y que sus dientes le desgarran el hombro con un acre deleite.

El marqués de Aranza ha visto de lejos el peligro de su compañero. Rápido como la flecha lanzada por una mano robusta, vuela á su socorro gritándole que se mantenga firme. A treinta pasos del grupo se para, adelanta el pié izquierdo, se echa la carabina á la cara, los cortos segundos que trascurran parecen un siglo á los espectadores de esa escena singular y formidable; por último parte el tiro y la bala desgarró la oreja de la fiera.

Esa suelta súbitamente la presa que tenia agarrada... Era tiempo, porque Bossange, apuradas ya sus fuerzas, cae desmayado sobre la orilla de un precipicio, y el oso se arroja con feroz impetuosidad sobre su segundo adversario.

El marqués de Aranza le aguarda con su intrepidez habitual. Para él semejante lucha no es nueva; y esta se presenta con grandes ventajas. Ha tenido tiempo de plantarse y asegurarse bien sobre el terreno, y cuando el oso trata de agarrarle, le detiene descargando sobre su hocico como una maza la culata de su carabina. La culata se hace pedazos con el choque, pero la fiera recula. El marqués aprovecha la ocasión; con sus nerviosos brazos enlaza al animal bajo las patas delanteras, y pesa con una fuerza hercúlea sobre el cañón de su carabina que él tiene agarrado con las dos manos; este esfuerzo supremo no dura mas que un instante, y bien pronto resuena un aullido espantoso: el oso tiene los riñones rotos. El marqués se desprende, y el oso cae como un abeto desarraigado por el huracán. Para asegurarse mejor de su muerte, el cazador le sepulta dos veces en el pecho su cuchillo de monte, y sale la sangre á borbotones.

III.

LA VUELTA.

A la caída del oso, los cazadores dan un prolongado viva de entusiasmo; todos abandonan sus puestos; todos acuden presurosos á estrechar las manos de los héroes de la jornada. Bossange tiene el hombro profundamente desgarrado por el diente cruel del monstruo. De sus heridas sale la sangre en abundancia, y el esforzado jóven está tan debilitado que apenas puede tenerse en pié; pero el marqués de Aranza no ha recibido siquiera un arañazo. Las trompetas celebran una victoria tan bella; la caza ha terminado, y no hay que pensar mas que en la vuelta.

Se improvisa una camilla de ramas para Bossange, y cuatro robustos montañeses le llevan á la aldea próxima, mientras que los otros cazadores descienden la montaña con el marqués de Aranza, para detenerse en su delicioso bosque, á la entrada de los valles, donde los aguardan varios criados con provisiones. El oso muerto es confiado á dos pastores que estaban apacentando sus rebaños sobre las primeras mesetas, y lo llevaron al castillo de Aranza.

Ya estaba el sol en medio de su carrera y principiaba á descender hacia su ocaso, cuando los cazadores llegaron al pié de la montaña. La marcha, tan cómoda y fácil durante la noche, los habia abrumado en la bajada; porque, en unos senderos poco trillados y obstruidos de piedras por todas partes, el pié resbalaba fácilmente y la menor caída presentaba mil peligros en un terreno lleno de todos lados de profundas barrancas, cuya pendiente perpendicular no ofrecia ninguna barranca, cuyo punto de parada. De consiguiente, fué grande el gozo que sintieron los compañeros del marqués de

Aranza al hallar á los criados exactos á la cita, y repararon sus agotadas fuerzas con un alegre festin sobre la yerba, festin de cazadores presidido por el héroe de la jornada.

El tiempo estaba magnifico; un calor canicular abrasaba la campiña, y la cigarra cantaba entre los pinos; pero bajo los árboles hacia un fresco delicioso, y de consiguiente los cazadores se olvidaron de la hora; de manera que cuando el primero habló de marcha, todos los demás quedaron sorprendidos de ver el sol perdido allá en el horizonte.

Después de semejantes jornadas, la separación es siempre triste: todos estaban dominados de este sentimiento, cuando el marqués de Aranza, levantando su vaso lleno de vino generoso, exclamó:

—¡Amigos, antes de separarnos vaciemos otra vez los vasos á la salud del conde de Bossange!

Así habló el marqués: en seguida se bebió; todos se apretaron sus manos con efusión, y al cabo de un cuarto de hora todos habian dejado el bosquecillo de la montaña, regresando por caminos diferentes al seno de sus familias y hogares abandonados hacia algunos dias.

Entre tanto la atmósfera se habia refrescado por algunas brisas venidas de Occidente; el cielo iba tomando un color plumizo; las aves de rapiña de la montaña habian dejado los aires; los buitres y las águilas se arremolinaban en las nubes por encima de los altos bosques, y bien pronto, replegando sus enormes alas, se abatieron sobre las altas ramas y ocultaron la cabeza bajo sus plumas como aterradas. El insecto callaba bajo la yerba donde habia estado cantando todo el dia; ya no se oía mas que el áspero estremecimiento de las largas y endebles hojas de los pinos; bajo la brisa, débil al principio, se inclinaron las mieses, luego se entornaron súbitamente á impulso del viento, que no tardó en desencadenarse con violencia, é hizo crujir las ramas de los árboles en los bosques. El viento era de mar, é impelia unas nubes negras que se iban amontonando en el horizonte, y que luego, avanzando con prodigiosa rapidez, sumieron antes de la hora regular toda la comarca en una densa oscuridad. Por instantes salian de los flancos de aquellas tinieblas resplandores siniestros que iluminaban el país con una luz pálida y allá á lo lejos se oían sordos zumbidos prolongados por los ecos: era el trueno, cuya potente voz se acercaba sin cesar, y bien pronto esos zumbidos repetidos sembraron el espanto y la desolación por el valle. Los animales huían azorados y temblando, sin que de sus gargantas sofocadas saliese un alarido ni una queja... Solos, en un duo formidable, el trueno y el viento hacian oír sus poderosas voces.

Sorprendido en el campo en medio de ese desorden de la naturaleza, el marqués de Aranza se apresuraba á llegar á su castillo, abreviando las distancias por caminos de atajo que conocia perfectamente. Ya distinguia las torres del viejo castillo, cuando las nubes amontonadas sobre su cabeza reventaron: primero cayó la lluvia en gotas pesadas y raras, y luego el agua fué mas fuerte que el viento, y cayeron impetuosas columnas de agua que en un instante inundaron todo el país.

A pesar del huracán y la tempestad el marqués seguia ganando terreno, y por último llegó al umbral de su residencia, y halló en su salon á los pastores de la montaña, que le traían el oso matado por la mañana.

En ese momento rodaba por la llanura una silla de posta, y los caballos, arrebatados como hipógrifos por el miedo del huracán, salvaban al vuelo los obstáculos de un camino difícil y poco frecuentado por semejantes animales. En el interior de la silla, madama de Thoiry y su doncella se hallaban entre dos continuos terrores, el que les inspiraba la tempestad y el de que se desbocasen los caballos y se precipitasen en las barrancas que habia á derecha é izquierda del camino. En fin, al cabo de una hora de profunda ansiedad, pareció calmarse la furia de la tempestad. Hubo intervalos en que no mugió el viento ni retumbó el trueno; el cielo principiá á despejarse, y las negras nubes, alargando sus formas estrañas, como gigantescas aves de rapiña, parecieron querer perderse en el horizonte.

La silla de posta subia la colina en cuya cima está situado el castillo de Aranza. El postillon, viéndose ya en el término de su viaje, chasqueaba alegremente su látigo, y los caballos agitaban sus cascabeles. Entregada enteramente á la alegría de la llegada, madama de Thoiry habia olvidado sus terrores, y creyendo á todos momentos percibir á su hermano, asomaba sin cesar la cabeza por la portezuela, con la sonrisa en los labios y los ojos radiantes de gozo.

El marqués de Aranza estaba aun hablando con los pastores de la montaña, cuando oyó el látigo del postillon y el sonido de los cascabeles, y adivinando que era su hermana adorada que llegaba á la morada de sus padres, á pesar del huracán y la tempestad, se lanza á su encuentro, temiendo que haya sucedido algun accidente: quiere ser el primero á recibir las noticias buenas ó malas; quiere ver á su hermana el primero, y antes que la silla de posta haya entrado en el patio, le aprieta la mano, y la estrecha contra su corazón. Áglae se anticipa á su ama; de un salto se planta en el umbral de la casa, abre la puerta y penetra en las salas bajas donde la sigue el marqués de Aranza en el traje de cazador, con los cabellos flotando y llevando en sus brazos á madama de Thoiry. La jóven señora se deja llevar así reconociendo por sus caricias las atenciones de su hermano, que no quiere que sus delicados piés se pisen sobre un suelo empapado de agua; entra de ese modo en la morada de sus padres, donde se renuevan las escenas mas tiernas; el hermano no puede saciarse de mirar aquella hermana querida á quien aguardaba con impaciencia, y la hermana abraza á su hermano con una ternura apasionada. Bien pronto acuden todos los dependientes de la casa á saludar á la hermana de su amo, mientras que el marqués pone en nombre de sus compañeros de caza á los piés de la elegante parisiense la mas hermosa piel de oso de los Pirineos.

IV.

CONVALESCENCIA.

Las heridas del conde de Bossange no eran peligrosas; las carnes del hombro habian sido desgarradas atrozmente, pero no habia ninguna lesion grave. El tiempo y cuidados asiduos habian bastado á operar una cura completa, si una fiebre ardiente no hubiese venido á complicar la situación. El jóven,

dominado por el delirio, debia escapar en palabras ardientes la pasión que le devoraba. Sentado á su cabecera, un humilde y sabio médico de aldea, uno de esos hombres raros que comprenden que la medicina es un sacerdocio y desempeñan su mision con un celo ilimitado, escuchaba con ternura sus quejas elocuentes, y haciéndose jóven, le prodigaba consuelos y dulces palabras. Nada habia podido calmar el amor de Bossange; su inexorable pasión crecia con el tiempo, y todas esas sacudidas no hacian mas que fortificarla y darle cada dia nueva vida. En fin, la calentura pareció ceder; un abatimiento profundo permitió á la ciencia operar con eficacia. Desaparecieron uno á uno todos los síntomas alarmantes, se cicatrizaron completamente todas las llagas del hombre, y quedó asegurada la cura de Bossange.

Así que el conde pudo levantarse y salir, se dirigió al castillo de Aranza, donde supo al mismo tiempo la llegada de madama de Thoiry y la marcha del marqués y de su hermana. En efecto, hacia algunos dias que la residencia de Aranza habia perdido á sus dueños, quienes estaban terminando en Bayona los preparativos de la ceremonia nupcial que habia atraído á Mad. de Thoiry á los Pirineos.

De consiguiente Enrique se halló solo; porque en su delirio, habiendo su pensamiento vivido siempre con Mad. de Thoiry, la marcha de esa noble señora y de su hermano le abandonaba completamente á sí mismo. Sin embargo, le habia vuelto bastante la razón para que su espíritu pudiera buscar otras ocupaciones. El conde de Bossange se aprovechó de su aislamiento para explorar las montañas Cantábricas que son las mas pintorescas del mundo.

Además, un interés poderoso le impelia á esas exploraciones: hijo de aquel suelo fecundo en pasiones vigorosas, el conde de Bossange habia dejado su país natal casi al salir de la cuna. Un acontecimiento trágico le habia privado bruscamente de su padre, y un viejo criado de la familia habia llevado al hijo lejos de una tierra donde sus dias parecian peligrar. Después, criado en medio de otros niños de su edad llegados de todos los países, y viviendo en una sociedad en que cada dia se van perdiendo mas las tradiciones de familia, Enrique no habia oido pronunciar jamás á su lado el nombre de su padre ni de sus abuelos. Amado en todas partes por sus prendas personales, en ninguna preguntaban al conde de dónde venia, y le aceptaban, y le buscaban tal como era, con su elegancia y su riqueza. Solo que hallándose en su lecho de muerte el viejo criado que habia cuidado de la infancia del conde y no le habia dejado nunca, le entregó los papeles que el padre de Bossange habia confiado á su fidelidad, y esos papeles probaron al conde que llevaba un nombre de solar, segun el uso de las familias nobles, y le hicieron conocer tambien su nombre patrimonial. Pero no le dieron ninguna luz sobre el misterio que parecia pesar sobre su vida. Explorando las montañas Cantábricas que le habian visto nacer, el conde de Bossange esperaba hallar una ocasion de aclarar ese misterio. El conde hablaba esa hermosa lengua de los Pirineos Occidentales, dulce al oído como un canto de nodriza, y que los nacionales pretenden ser aquella de que se servia el mismo Dios cuando conversaba con Adán en los primeros tiempos de la creación.

Bossange pasaba tan pronto á España como á Francia, visitando las ruinas, interrogando á los pastores y los ancianos, y cada uno le contaba su leyenda, le referia su historia. Entre todos esos lugares mas ó menos célebres en la comarca, Enrique preferia el viejo castillo de Viana, que en otro tiempo pertenecia á su familia, y que era un hermoso edificio en que las líneas guerreras de la arquitectura feudal han tomado con el contacto del renacimiento una gracia inusitada. Hoy ya no se hallan allí mas que ruinas; pero á pesar de sus muros abiertos de todos lados por el tiempo, las torres se ostentaban aun al sol sobre la colina con encantadora gracia. El escudo de armas que coronaba la puerta, se cayó en las crecidas yerbas del umbral, pero alrededor de las ventanas corren aun arabescos de maravillosa ligereza.

Enrique pasaba en aquellas ruinas dias enteros, registrando los despojos de antiguas construcciones desmoronadas con el tiempo, y procurando dar su puesto á cada piedra y hallar bajo las bóvedas la sombra de sus abuelos.

Un dia que estaba sentado y meditando sobre una piedra que habia pertenecido al muro de circunvalacion, acercóse á él una gitana. En todos los países de montañas se hallan personas de esa casta, que se entregan á la vida vagamunda y nómada, tal vez en recuerdo de sus antiguos dias, y aunque ninguna disposicion física las distingue del resto de la poblacion, se las considera como un pueblo aparte, quizás porque tienen un caló que hablan solamente entre ellos, y quizás tambien á causa de ciertas costumbres, de ciertas prácticas que les son peculiares, pero que se hallan las mismas en todos los países. Viven tan luego aislados, como en bandadas mas ó menos numerosas conducidas por un jefe y regidos por ciertas leyes, y aunque algunos sabios han querido ver en esas poblaciones algunos restos de las antiguas razas, sus razones no han presentado nunca grandes fundamentos.

La gitana que se acercó á Bossange, le dijo, apostrofándole por su nombre:

—¡Enrique, en tu mano hay sangre de los Aranzas, y los Aranzas tienen en las suyas sangre de los Vianas! ¡Y tú, Enrique de Viana, conde de Bossange, te has sentado á la mesa de los Aranzas, y tu corazón está perdidamente enamorado de la hija de esos señores! Enrique, ¿con que has olvidado al que reposa allá arriba sobre la montaña? En este momento maldice desde su tumba al hijo indigno de él!

Estas palabras fueron dichas en lengua armoniosa y expresiva del país, lengua que tiene á veces acentos irresistibles. El conde de Bossange miró á la muger que le hablaba ese lenguaje, y vió que era vieja y andrajosa. Su ojo parecia querer penetrar á fuerza de tenacidad en el fondo del corazón del conde, quien muy á su pesar y cediendo á un impulso irresistible, le dijo á su vez:

—Muger, ¿quién eres para hablarme así?

—Mirame, Enrique.

—En vano te miro: tus facciones me son desconocidas; te veo hoy por la primera vez.

—No, hijo mio; hace tiempo sabias reconocer mi voz entre todas; pero ya que has olvidado á la vieja que ha mecido tu infancia, escucha: Para todos, yo soy aquí Catish la gi-

tana del castillo de Viana; solo á tí te diré: Soy la guardiana de la tumba de tu padre!

- ¡De mi padre!
- ¡Sí, Enrique, de mi antiguo amo!
- Según eso ¿has vivido con mi padre?



El Cisne de Plata.

- Eramos dos, mi hermano Ganish y yo, que habíamos sido criados con el antiguo conde. Nuestra madre le había dado su leche... y él nos llevó mas tarde á su castillo.

A los acentos de esa muger latió aceleradamente el corazón de Bossange. Una inmensa luz se derramaba sobre los misterios de su vida pasada; devoraba con sus ojos á la que le hablaba, y sus oídos recogían con avidez esos detalles; pero la gitana se paró, hasta que á un signo del conde repuso con melancolía:

- Ahora duerme sobre la montaña desde la noche en que ha sido asesinado villanamente por sorpresa. Una cruz negra señala su tumba, y yo llevo allí flores, y las llevaré hasta que ellos hayan expiado... Y hace ya largo tiempo.

- ¿Con que fué un asesinato? preguntó el conde con voz temblorosa.

- Sí, señor amo. Eran dos, y le estuvieron hiriendo largo rato, hasta que lo dejaron bañado en su sangre y casi inanimado á la orilla del camino. Pero no murió hasta después de haberme recomendado que te llevásemos lejos del país. Ganish marchó contigo y yo me quedé aquí para aguardarte.

- ¿Y quiénes eran los asesinos?

- Los Aranza.

Este nombre penetró en el corazón de Bossange como la hoja acerada de un puñal. Apagóse súbitamente su mirada, una palidez mortal cubrió su cara, y su cabeza se inclinó sobre el pecho. Estuvo sumido un momento en una reflexión profunda, y luego, levantando la cabeza con una tristeza sombría, dijo:

- Muger, ¿por qué me haces esas revelaciones siniestras? ¿Por qué?

- Porque mi padre sirvió al tuyo, su padre sirvió á tu abuela, y en la casa de los Viana el amor y el odio todo es comun entre el amo y los criados.

- ¿Con que has conocido tambien á mi madre?

- Sí, Enrique, ¡tambien ella tan bella y bondadosa!... ¡Ha muerto antes de recibir tu primera sonrisa!...

A este recuerdo asomaron algunas lágrimas á los ojos del conde. Al cabo de un corto silencio repuso:

- ¿Y me has percibido hoy por la primera vez?

- Muchos dias hace que te he visto; desde el primero en que has venido á sentarte en medio de estas ruinas.

- Entonces, ¿por qué no me has hablado hasta hoy?

- Primero, porque he creído que eras un extranjero curioso, como los que suelen venir por aquí, y solo hoy he sabido que eras el hijo de Carlos de Viana...

- ¿Y en qué me has reconocido?

- Mira, Enrique, ese lunar negro que tienes en tu blanca cara cerca del ojo izquierdo; mira ese signo que tienes sobre tu mano: tu padre los tenia como tú. Y luego ¿debo decirlo? Solo hoy te he visto de cerca, y tú eres la imagen viva, resucitada, del que murió sobre esta montaña, del que murió asesinado!

- ¡Calla, muger!

- ¿Por qué callar? ¿No he vivido desde aquella noche funesta únicamente para poder recordarte algun dia la ley de la sangre?...

- ¡Calla, te digo!

- Sí, ya que así lo quieres, debo callar; tienes razon; puede ser que Genish haya sido infiel á la antigua ley de nuestros padres, que te haya criado en la ignorancia; y entonces mas vale callar que recordar sus deberes al hijo degenerado de mis amos.

En efecto, la vieja se calló. El conde de Bossange tenia las miradas perdidas en los vaporosos límites del horizonte. Gatish, con ojos inflamados y la mano estendida, habia tomado mientras hablaba una de esas actitudes sibiliticas que suelen ser mas elocuentes que la palabra. Su silencio, lleno de reticencias, tomaba un carácter solemne de la escena que acababa de pasar. Por último lo rompió y dijo:

Por otra parte, ¿á qué recordarte la ley de la sangre? ¿Crees que ignoro tu ardiente amor por esa bella hija de los Aranzas?

Este golpe brusco fué derecho al corazón de Bossange, y despertó un amargo dolor.

- ¡Muger!... dijo estremeciéndose.

- Pero ¡ten cuidado! prosiguió Catish sin escucharle. Los Aranzas no han sido criados lejos de este país; son fieles y te olvidado la tumba de tu padre y desconocido la voz que desde el fondo del sepulcro te grita sin cesar: ¡Venganza!



El Cisne de Plata.

- ¡Muger, aléjate! ¿no ves que soy débil, y que tus discursos me parten el corazón?... ¡Aléjate, déjame, déjame solo en mis reflexiones!

- No, Enrique, no puedo dejarte aun. Mucho tiempo hace que te aguardo, y la hora es preciosa. Es necesario que oigas la verdad de mi boca. Tú alimentas con una vana esperanza un amor culpable. Los Aranzas son dignos de sus abuelos, y su hija no te amará jamas...

- ¡Tú me desesperas!... Aléjate! vete de aquí!

- Escucha aun, Enrique.... Yo me quedo todo el dia en estas ruinas cuando no estoy sobre la tumba de tu padre. Aquí me hallarás, si alguna vez....

Y como la gitana hablase aun sin escucharla mas Enrique,



Vista de Raab.

se alejó precipitadamente. Su corazón estaba desgarrado, y era presa de una lucha violenta. Sería un estudio curioso el investigar la influencia que puede tener en las naturalezas fuertes y primitivas una civilización llegada a su completo desarrollo. En cuanto á mí, que he visto de cerca los Pirineos Occidentales, la Bretaña y la Córcega, he hallado en esos pueblos, en el fondo del corazón, las pasiones ardientes y los instintos salvajes. La civilización puede dar un barniz cualquiera á las formas exteriores; pero en el fondo las poblaciones permanecen inalterablemente adheridas á las costumbres y la fé antiguas. Con especialidad en los países montañosos que son los últimos lugares de asilo de las razas primitivas, se conservan piadosamente las tradiciones antiguas, y la esplicación de este fenómeno es fácil. Si una sangre se aísla, conservará siempre el ardor y la viveza de las razas fuertes; solo con el cruzamiento y las mezclas pueden penetrar en las venas de los pueblos las ideas de mansedumbre.

El conde de Bossange, educado con las ideas de otra sociedad, había conservado, sin saberlo, un corazón cántabro. Por otra parte, el amor que alimentaba por madama de Thoiry paralizaba sus resoluciones. Esa situación estaba erizada de dificultades. Su ánimo vaciló largo tiempo, hasta que por último tomó un partido que parecía conciliarlo todo: resolvió no entrar en el castillo de Aranza sino para solicitar, primero de ella misma y después de su hermano, la mano de madama de Thoiry.

V.

LA BODA.

Entre tanto, el día señalado para la boda del marqués de Aranza había llegado. La modesta capilla de aldea adornada como en un día de fiesta, estaba pronta á recibir á los jóvenes novios; las campanas repicaban alegremente, y toda la aldea tomaba parte en la alegría del castillo. El número de los convidados era grande y se aumentaba sin cesar, porque á cada instante llegaban por todos los caminos nuevos amigos del marqués, sus antiguos compañeros de caza, ávidos de participar de todos sus gozos como habían participado de todos sus dolores.

En fin, se puso en marcha la comitiva oficial, y se llegó á la iglesia. El sacerdote, anciano venerable cuyo nombre bendecían sin cesar en toda la comarca, donde era el apoyo del débil, la esperanza del pobre, el consuelo del afligido, unió á los esposos en nombre de la religión; pero antes de darles su bendición, habló con tierna unción de los deberes del padre de familia, y supo hacer entrar en sus palabras algunas alusiones llenas de tacto y prudente delicadeza, cuyo sentido no se ocultó á la mayor parte de los que estaban reunidos en la casa de la oración. El marqués de Aranza y el conde de Bossange comprendieron perfectamente el lenguaje del sacerdote. Tocados interiormente en las fibras más sensibles de su corazón, ambos estaban conmovidos hasta derramar lágrimas, porque el hombre de Dios, con esa autoridad que dan la religión y los cabellos blancos, había hablado precisamente de los odios, y en nombre de la caridad pedía compasión y gracia para la inocencia. Unidos en las mismas ideas, si el marqués y el conde hubiesen podido comunicarse sus emociones, ¿quién sabe? Quizás en ese momento habrían depuesto en manos del sacerdote sus enemistades hereditarias, y sellado el pacto sólido de la amistad basada sobre la estimación recíproca. Pero pasado el primer momento de emoción, la ceremonia continuó, y al cabo de una hora el casamiento estaba terminado, y el marqués conducía á la residencia paterna á su novia de la víspera que entonces era ya su esposa.

Al punto principiaron los festines y los bailes. Por todas partes se veían varias mesas cargadas de ricos platos, y cada cual se iba á sentar á ellas según su fantasía. Bajo los árboles, las orquestas hacían oír sin interrupción su alegre música, y los que no comían podían entregarse á los placeres del caprichoso baile de las montañas. La alegría y el entusiasmo brillaban por todas partes. Solo entre los convidados, el conde de Bossange estaba triste, y su cara, en medio de la alegría universal y de la expansión de todos, estaba sombría cual si pasaran sobre su frente incesantes nubes.

Bella y amable cual nunca, madama de Thoiry iba y venía sin cesar en medio de los festines y los bailes. Su presencia era saludada en todas partes con alegres vivas, y escitaba á todos; se multiplicaba para animar á los unos, dar una sonrisa á los otros, y prodigar á todos esas palabras hechiceras que salen de los labios de la muger para sembrar la adoración por doquiera. En ese momento Bossange se hallaba detrás de un grupo de atrevidos montañeses que bebían y cantaban alegremente. Uno de ellos entonaba el refrán de una vieja canción cántabra que jamás se olvida en semejantes fiestas; otro le interrumpía al punto para contar una historia, una de esas leyendas pintorescas é interesantes que se hallan en todos los países de montañas y de costumbres primitivas, y la frente pensativa de Bossange reflejaba un dolor punzante. Lo que estaban contando era la leyenda del cuarto de amor, lamentable historia que jamás escuchan sin emoción los estran-

—Sí, señora, un deber sagrado me decía que huyese de este lugar; otro deber me ordenaba viniere hoy á todo trance, y he venido.

—No os comprendo, señor conde; vuestro lenguaje es un enigma, y hoy no tengo tiempo de descifrarlo.

—Señora, si á pesar del día y de la hora, que son intempestivos, me acordáseis el favor de un cuarto de hora de conversación familiar, puede ser que entonces mi lenguaje os pareciera harto claro.

Al pronunciar estas palabras, el conde tenía la vista baja, su actitud anunciaba una completa postración de fuerzas, y sus palabras tenían un acento dulce y triste que desgarraban el corazón. Mad. de Thoiry se equivocó acerca de su sentido: creyendo que Bossange quería hablarle de su amor, le respondió:

—Yo creía, caballero, que las locuras se decían mejor en el baile al sonido de los instrumentos, y en medio de la embriaguez y de las fiebres de todos: ¿me habría engañado?

—Señora, si solo hubiese querido hablaros de mí, tendríais razón, hubiera debido tomar el tono de la locura en esta fiesta que permite todos los atolondramientos; pero precisamente porque os amo con una pasión loca, insensata, he querido hablaros un instante á solas. Y aunque este amor, más poderoso que mi voluntad, sea mi vida, la carne de mi carne, creed, señora, que jamás habría osado solicitar el favor que solicito, si solo estuviese en juego mi vida, pues hace ya largo tiempo que hice el sacrificio de ella. El primer día que os ví en medio de una fiesta, en esa brillante sociedad de los salones parisienses, os amé, ¡solo Dios sabe con qué fuerza! Desde entonces he tenido en nada mi vida, cuando pude comprender lo muy lejos que estaba de vuestro agrado y simpatías.

(Continuará.)

AL CISNE DE PLATA.

CAPÍTULO IX.

La noticia de que la familia de Kellermain acababa de entrar en el gremio de la nobleza cambió enteramente la disposición del conde y de la condesa, quienes volvieron á la iglesia del pueblo en compañía de sus hijas, con el único y exclusivo objeto de reconciliarse con el rico propietario.

Concluida la misa, se acercó el conde á Gaspar y le dijo:

—Baron, ¿habeis agotado ya todo el vino del Rhin?

—Todavía no, vecino, respondió Kellermain mirándole de reojo: hay dos ó tres botellas que beberíamos juntos, si pudiérais desembarazaros de la condesa.

—La condesa y mis hijas desean admirar las mejoras que habeis introducido en la morada de mis abuelos.

—¡Viva! exclamó Gaspar tirando en alto su sombrero: eso equivale á decir que hoy vamos á divertirnos en grande. Ea! venga el coche, y al avio.

Las dos familias se encajonaron en el pesado vehículo, y al cabo de media hora de marcha llegaron á la residencia feudal, donde el conde y la condesa empezaron á representar el papel de cortesanos, elogiando todas las novedades que veían en el jardín. El galante propietario aderezó al punto enormes ramilletes para las damas. Otília y Federica colocaron inmediatamente los suyos en el pecho, sonriéndose sardónicamente; pero la condesa, juz-

gando con prudencia que debía establecer el precedente de estimular al nuevo baron para que la ofreciese todo lo que admirase, y resuelta á admirar mil y mil cosas, contuvo la hilaridad de sus hijas con un fruncimiento de cejas olímpico, y admitió el ramillete de Gaspar con tanta ceremonia, como si se lo hubiera presentado un monarca.

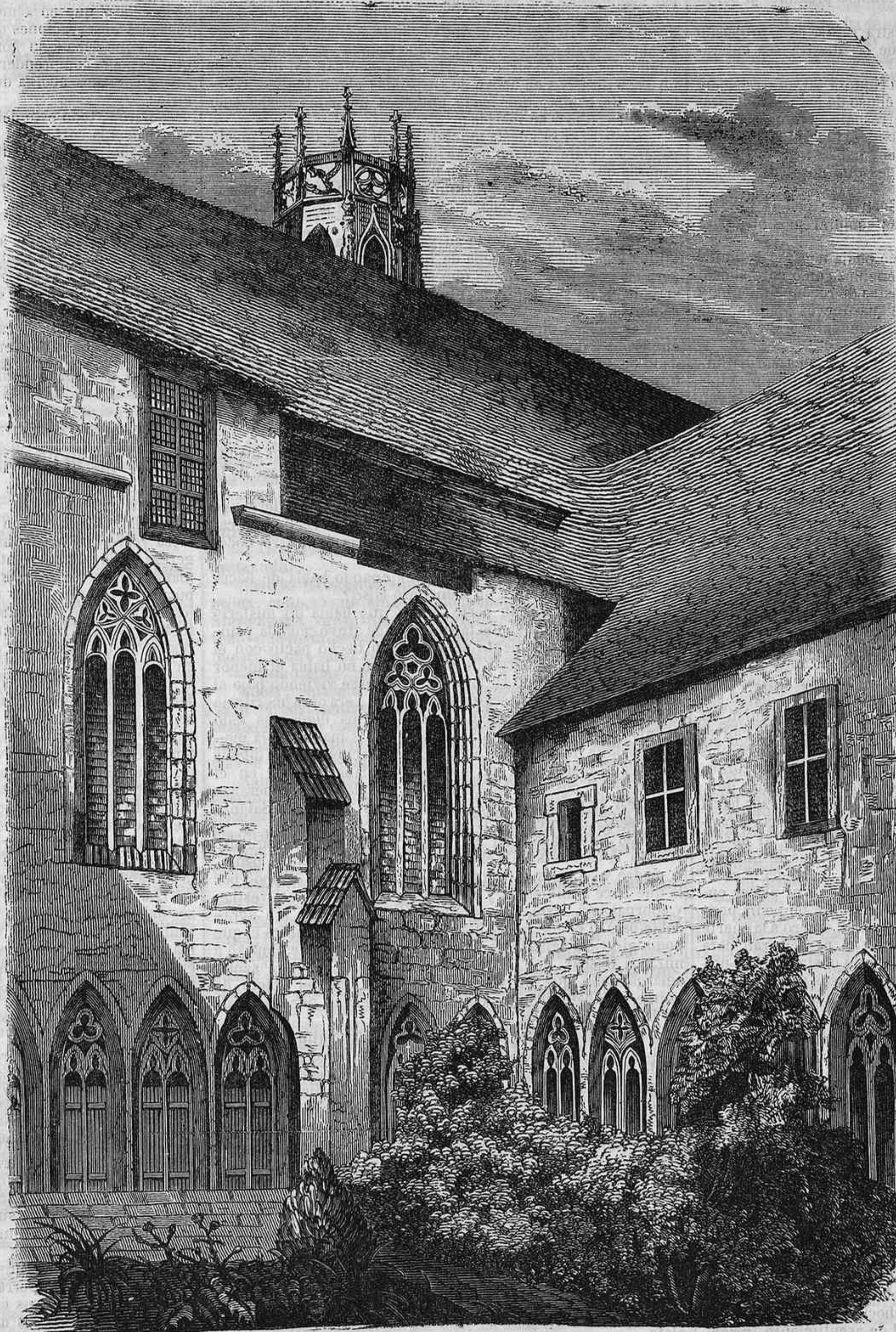
Entraron en las habitaciones, y el baron Kellermain, señalando el sitio de donde se habían quitado las armas del conde para colocar las suyas, que consistían en un Cisne con una espiga de trigo en el pico, dijo al conde:

—Ahí he colgado la muestra de mi antigua hostería, que forma tan buen escudo de armas como otros muchos que se ostentan en la corte.

—¿Y ese gorro que aparece encima? preguntó la condesa.

—Es el que gasto constantemente para dormir.

—Pasaron á los salones, en los cuales resaltaban por toda



Iglesia de San Juan de Erfurt.

jeros que visitan las áridas riberas del Océano en Biarritz. Mad. de Thoiry creyó podía y debía dar en semejante día algún consuelo á aquel, pues todo le era permitido en la boda de su hermano, excepto el tedio y el luto. Acercóse pues risueña á Bossange, y tomando su brazo familiarmente, le llevó hácia las praderas del baile. Sorprendido por ese movimiento de la jóven, el conde se dejó conducir; pero en vano trataron sus labios de abrirse.

—No tomáis ninguna parte en las fiestas de este día, señor conde, le dijo Mad. de Thoiry. Sin embargo, ¿no hallais bien bellos estos bailes característicos?

—Son muy pintorescos, señora; pero en verdad mi corazón está tan triste que, si no me lo hubiera dictado un deber imperioso, estad segura de que no habría venido á traer aquí una cara desconsolada.

—¡Un deber imperioso, decís!

partes los mas ricos tapices bordados de oro y otros mil objetos preciosos, que convertían aquella morada en un almacén de curiosidades elegantísimas. El aspecto de tanta magnificencia iluminaba los pensamientos del conde, que esperaba sacar de ella buena parte, en tanto que la condesa, con una sonrisa que mas bien podía llamarse impertinencia, no cesaba de repetir el encantado ex-posedero:

—¿Tiene tanto gusto este baron de Kellermain!

Sentáronse á la mesa las dos familias, y aunque la comida solo estaba preparada para los Kellermain, fué tan opípara y abundante como las que tenían lugar en las fiestas caballerescas de los tiempos antiguos, cuando se asaba un buey entero. La profusión de servicios de plata y el regimiento de copas de oro que figuraban en el *buffet* prestaban nueva materia á los encomios de los atónitos convidados. Pero lo que sobre todo extrañaba el conde y la condesa era no ver una sola pieza de su vajilla de plata, á pesar de que formaba parte de la adquisición de Gaspar. Al fin de la comida la curiosidad triunfó de las conveniencias sociales, y la condesa preguntó al baron la causa de aquel arreglo.

—¡Oh! contestó Gertrudis, vuestra vajilla es á propósito para la cocina: hemos querido que la nuestra sea enteramente nueva.

Esta cándida declaración de una riqueza tal, que relegaba un servicio completo de plata para el uso de los criados, produjo un instante de silencio y de respeto involuntario por parte de los ilustres huéspedes. La condesa inclinó la vista suspirando y salieron de sus labios estas palabras:

—Vuestros criados son mas felices que nosotros, puesto que comemos en platos de estaño.

—¿No hay mas que eso? dijo Gertrudis: podeis llevaros vuestra vajilla, si sentis no poseerla; compraremos otra para nosotros y esta irá á la cocina.

La familia del conde creyó que no podía negarse á admitir el regalo que se le hacia con tanta sencillez como cordialidad: lo aceptó pues con las mayores protestas de reconocimiento, y puso en las nubes la generosidad de sus nuevos amigos, que sabían hacer un uso tan noble como magnífico de sus riquezas.

Desde aquel día se estableció, al parecer, una cordial inteligencia entre la antigua casa del conde y la nueva prosapia del baron. Por casa entendemos aquí, no la construida con mortero y ladrillos, sino la de una sustancia mas etérea, que es á la casa material lo que el alma al cuerpo. Ambas partes contratantes tuvieron que disimularse mucho: los verdaderos nobles, en vista de un lucro, que para ellos no era dudoso, olvidaron la ignorancia y el lajo origen de los ex-hostereros del *Cisne de Plata*, y estos sufrieron con resignación el peso de la etiqueta y la afectación del orgullo de que eran víctimas, por la ventaja que sacaban de tratarse con gentes cuya amistad redundaba en honor suyo.

La familia del conde aceptó habitaciones en la morada de Gaspar, y en recompensa de esta hospitalidad que ponía á cubierto su desgracia, la condesa y sus hijas emprendieron la tarea de iniciar á Gertrudis en los misterios de llevar un traje de cola sin esponerse á caer de hocicos, en los de saludar á cada cual con arreglo á su clase y por último, en los de conducirse como una gran señora, en tanto que el conde enseñaba á Kellermain los deberes de un hombre que habia salido ya de la esfera comun, deberes que se reasumían en aprender á jugar, cazar y montar á caballo. Preciso es convenir sin embargo en que la torpeza natural de los discípulos defraudaba las esperanzas de los maestros: en vano procuraba Gertrudis adquirir los primeros rudimentos de la ciencia de la elegancia y del buen tono, pues cuantos mas esfuerzos hacia para conseguirlo, mas se alejaba del objeto que queria alcanzar. No era Gaspar mas feliz que su consorte, y al mismo tiempo miraba con aversión las obligaciones que le imponía su rango. No le agradaba montar á caballo; aborrecía la caza, y sobre todo la del jabalí, y ningún atractivo ni placer encontraba en el juego, porque verdaderamente no podía producir en él la menor emoción el arriesgar su dinero á la suerte de los dados, supuesto que el ganar y el perder eran para su fortuna dos cosas indiferentes. Esto no obstante, los nobles instructores prosiguieron enterando á sus groseros educandos en todo cuanto debían saber, y sufriendo con estóica paciencia y filosófico desenfado las necesidades de los últimos, que progresaban como el cangrejo en su rudo aprendizaje nobiliario.

Las señoritas Otilia y Federica hallaban amplia materia de murmuración en los toscos modales de la pobre baronesa, al paso que su padre, que no se habia propuesto convertir á Kellermain en un jugador de primera línea, se daba por satisfecho con tener en aquel digno *partner* una especie de comparsa, cuya primera y mas esencial cualidad era la de perder siempre. Sin embargo, la escasa apatía que manifestaba su adversario, aun cuando perdía constantemente sumas considerables, hizo temer al conde que los cálculos aritméticos del baron Kellermain fuesen equivocados, y que tal vez ignoraba las cantidades que debía, por lo mismo que habian jugado sobre su palabra. Creyó pues oportuno llamarle la atención sobre el particular, y así le dijo cierta noche:

—Baron, imagino que jugais mucho mas fuerte que lo que pensais, pues me debeis ya unos ochocientos ducados.

Gaspar meneó la cabeza en señal de asentimiento, y contestó:

—Los haré mañana mismo para pagaros, amigo mio.

Estas palabras resonaron de un modo extraño en los oídos del conde y desde luego se le puso en la cabeza que el baron era fabricante de moneda falsa.

—Debeis ser muy rico para hacer frente á semejantes pérdidas, observó con malicia y procurando ocultar la impresión que en él habia producido la respuesta de Gaspar.

—Querido baron, añadió la condesa con meloso acento, permitid que unos amigos, vivamente interesados en vuestra felicidad y en la de vuestra familia, os aconsejen seais algo mas prudente y mirado en el juego.

—Lo cierto es, contestó Kellermain, que mi caudal no puede agotarse.

El conde repuso dirigiendo á Gaspar escrutadoras miradas: —Decidme, baron, ¿habeis heredado de vuestro padre tan pingüe fortuna?

El baron no comprendió bien la pregunta, y se contentó con callar, á ejemplo de muchos diplomáticos, que miran á

las estrellas cuando se debaten en su presencia espinosas cuestiones.

—Cosa singular es, pensó el conde, que el padre de un hosterero haya dejado tan colosal herencia. En seguida prosiguió en voz alta:

—¿Proviene acaso vuestras riquezas de alguna mina?

—Ya lo creo, murmuró Gaspar: de una mina inagotable.

—¿Cuánto talento tiene el baron! exclamaron Otilia y Federica.

—Vamos, insistió el conde, declaradnos lisa y llanamente, como á buenos amigos, de donde sacais tanto dinero.

—De aquí, dijo gravemente Kellermain llevando la mano á su gorro de dormir, al paso que sus huéspedes creían que habia señalado su cabeza.

—¡Hola! replicó el conde, ¿con que de vuestra capacidad? Pues señor, añadió mentalmente, es el último manantial, que, en mi concepto, pudiera producirlo.

En medio del fuego graneado de esta conversacion, Gaspar comprendía que casi habia hecho involuntariamente que el diablo tirase de la manta. Se guardó por lo tanto de rectificar la falsa interpretación que el conde acababa de dar á sus palabras y á su gesto; pero al mismo tiempo, por una de esas fatalidades que arrastran á ciertas gentes á dar sin intencion un paso decisivo en apoyo de sospechas algun tanto acreditadas, Gertrudis, que hasta entonces no habia desplegado los labios, dijo á su marido:

—Gaspar, si te cuesta mucho trabajo hacer dinero, puedo pagar al conde con el collar de su esposa, pues al fin no ignoras que deseo poseer otro nuevo.

Y dirigiéndose acto continuo al conde, le preguntó con la mayor sencillez si el collar en cuestion valia la suma que se le debía.

El conde no declaró que su valor escedía en cinco ó seis tantos á la cifra de la deuda de honor contraída por Gaspar; pero aseguró á la baronesa que se daba por satisfecho con su arreglo, á no ser que el baron prefiriese pagarle en escudos sonantes.

Gaspar, á quien ya cansaba aquella conversacion, y que empezaba á dormitar en su poltrona, dejó á su muger el cuidado de terminar aquel negocio; pero ella exclamó con mal humor:

—Se ha vuelto tan perezoso desde que es noble, que es capaz de consentir que me despoje de los objetos mas preciosos, por no levantar el brazo para hacer oro.

Hablando así fué á buscar el collar y lo puso en las manos de la condesa con tanta indiferencia como si se tratase de la mas despreciable bagatela.

Esta escena produjo viva impresion en los ánimos del conde y de su noble familia. Aquella misma noche, al reclinar la cabeza en la almohada, repitió el primero mas de cuatro docenas de veces:

—¿Qué es lo que quiere espresar cuando habla de hacer oro? ¿será este hombre un monedero falso?

La condesa, por su parte, opinó que habia un misterio en la fortuna repentina del hosterero y se atuvo cándida y sinceramente al pensamiento de que habia hecho pacto con el diablo. Fué sin embargo de parecer que no habia el menor inconveniente en que su familia continuase viviendo bajo el mismo techo, porque, segun su doctrina, era obra meritoria arrancar de las garras del príncipe de los demonios todo cuanto ella y los suyos pudiesen haber á las manos en la morada maldita del flamante noble. En consecuencia, los dignos huéspedes resolvieron no efectuar mudanza alguna en el estado de las cosas, y se durmieron con la dulce esperanza de entrar en posesion de todas sus alhajas, antes que Satanás se presentase á reclamar la parte que le correspondía.

Supo pues la familia del conde vivir con tan exquisito talento, á espensas de Kellermain y los suyos, que el padre, la madre y las hijas se vieron no solo dueños del campo, por lo que hace á alimentos y habitaciones, sino que se vestían y adornaban á coste y costas del ex-posedero. Era tan agradable para el conde haber hallado un banquero, contra el que podia girar las cantidades que se le antojaban, que empezó á mirar á Gaspar con la mas alta consideración, y á sentir amargamente que no fuese yerno suyo, con el objeto de unirse á él para siempre en cuerpo y bienes, por medio de los lazos de la familia.

Este pensamiento, hijo de una idea transitoria, echó á poco tiempo tan hondas raíces, se engrandeció y llegó á tal grado de expansión, que al fin rompió las estrechas paredes del pecho y salió á brillar á la luz del sol cierto dia despues de haber bebido. En efecto, por haber desocupado el conde unas cuantas botellas, en compañía de Gaspar, se encontraba en ese estado de beatitud sentimental, que llena fácilmente de lágrimas los ojos del bebedor: así pues exclamó con tristísimo acento:

—¡Ah, querido baron! ¡Qué desgracia! Si no estuviérais casado os daría la mano de mi hija Otilia.

—El cura casa y el papa descasa, respondió Gaspar con gravedad sentenciosa.

—Ya sé que teneis influencias en la corte, amigo mio, y que podríamos arreglar el asunto.

—¡Eh! No digo precisamente que no: tengo una poderosa influencia que me durará lo que le duran á él mis remesas de plata.

—¿Es el diablo?

—¡Já! ¡Já! ¡Já!... ¿El diablo? No por cierto, querido conde; es un hombre de carne y hueso como nosotros, y sin astas ni pezuñas, como mi vecino Miguel, que me ha comprado el *Cisne de Plata*, figurándose encontrar allí la mina que me ha enriquecido.

—Pues bien, á fuerza de oro podeis divorciaros. ¿Y qué es eso para vos?

—Menos que nada.

—Es decir que seréis mi yerno.

—Convenido, papá.

—Y nuestra bolsa será comun, porque ¡es tan linda Otilia!

La fuerza de la verdad nos obliga á decir que Otilia era fea, pero poseía un aire noble y distinguido, con el cual no podían compararse los groseros modales de Gertrudis. Gaspar se convenció de que haría un buen negocio cambiando una muger plebeya por una jóven bien nacida, y cuanto mas bebió, mas acertado le apareció el pensamiento del conde.

—Pero, baron, dijo este con énfasis, cuando una familia

de treinta y dos cuarteles, como la nuestra, condesciende hasta el punto de aliarse con otra de fecha tan reciente como la vuestra... y esto lo digo sin intencion de ofenderos... vamos, venga esa mano... no ignorais que lo hace... ¿Eh?... Ya me entendeis... pues... tan solo por interés.

—¡Perfectamente! Ya veo que quereis arrancarme mi gorro de dormir, respondió Gaspar encasquetándose con fuerza su *aurifero*; pero ni por esas... firme aquí.

Miróle el conde de hito en hito, en cuanto su embriaguez se lo permitía, y le dijo admirado:

—¿Quién diablos ha da desear vuestro gorro de dormir?

—¿Quién? repuso Gaspar: vos y vuestra familia.

—Si pareceis con él un soldado moscovita... Se me figura que si os casais con mi hija Otilia, os quitará tan ridicula prenda y la arrojará al fuego.

—Y yo os digo que antes arrojaré yo al fuego á vuestra hija Otilia y á todas las Otilias del mundo, que sean hijas de condes.

El antiguo noble creyó que la inteligencia de su amigo se oscurecía y que en semejante circunstancia serian inútiles todas las observaciones que le hiciese. Imaginando al mismo tiempo que daba á su gorro de dormir un sentido particular que no podia comprender, no procuró llevar mas adelante las investigaciones acerca de su fortuna, y se contentó con decirle:

—Baron, todo esto debe quedar entre nosotros, hasta que escribais á la corte.

—*Motus*, replicó el futuro yerno.

A pesar de la consigna, charló cuanto habia acontecido delante de los cuatro criados que le desnudaban, encareciendo la necesidad que tenia de obtener el divorcio, para casarse con una señorita noble por cuatro costados. Los cuatro lacayos dieron parte á las cuatro doncellas de servicio de la baronesa, y esta se salió de sus casillas y se indignó terriblemente contra la bribonzuela, cualquiera que fuese, que pretendía escamotearle el corazon y el gorro de su marido, aunque se propuso hacer ver á la intrusa que sabia dónde la apretaba el zapato. El cansancio y la ira se apoderaron por fin de los sentidos de Gertrudis, que se durmió con la firmísima idea de convertir la residencia feudal en un verdadero campo de Agriamante.

(Continuará.)

EL PERRO DE LOS DESPOSADOS.

Lucía se apoyaba en el brazo de su primo Raimundo; su piececillo, calzado con un zapatito negro, ajaba apenas la hermosa yerba que bajaba has a el río; la felicidad la daba la ligereza de la guerrera antigua. El sombrero que llevaba en la mano, estaba cargado de margaritas y de flores de oro y de púrpura; la brisa de la tarde, que movía las ramas de los hermosos álamos, entreabría tambien su peinador de color de rosa sobre una falda blanca, y hacia flotar en torno de su rostro su rubia cabellera que doraban los resplandores del sol en el ocaso.

Un perro de aguas, de la raza que llaman *escocesa*, se daba alternativamente un tono de aristocrática indolencia, ó de orgullosa impertinencia, enderezando sus orejas y su rabo corto, y alzando la pata. Marchaba delante de ellos, y se detenía con frecuencia, volviendo á cada sendero sus ojos amistosos para interrogar á sus jóvenes y hermosos amos.

Porque, no nos olvidemos de decirlo, Raimundo tenia una fisonomía varonil y graciosa á la vez, un cuerpo fino y flexible, que realizaban un ancho pantalón ceniciento y una chaquetilla de caza; su gorrita inclinada sobre sus cabellos largos y rizados, acababa de darle un airecillo de travesura que le sentaba á las mil maravillas.

Las familias de ambos jóvenes estaban unidas por los lazos del parentesco, y sobre todo por la dulce cadena de la intimidad. Solo hacia dos años que el padre de Raimundo se habia establecido en la aldea habitada por su primo, mientras este último se habia fijado allí en los primeros dias de su matrimonio, al tomar posesion de los modestos bienes que su muger le habia traído en dote.

Desde entonces se dedicó enteramente á la agricultura. Al amanecer se iba por los campos á visitar sus viñas y á dar consejos á los labradores, y se volvía por la granja para echar tambien un vistazo; á veces tomaba el sendero que llevaba á casa del alcalde, y como él era regidor, los dos oficiales municipales discutían largamente algun asunto de ayuntamiento.

Cuando daban las cuatro, la salida de los discípulos cantivos en la escuela, asombraba á la segunda autoridad de la aldea por la brevedad con que pasaba el tiempo, y saludando en el camino amistosamente á cuantos encontraba, se dirigía apresuradamente hácia su casa.

Por lo regular su muger le salía al encuentro, y le esperaba con su hija Luisa en la enrucijada del camino. En cuanto la jóven le distinguía á lo lejos, echaba á correr á él, y sofocada por la carrera, presentaba á su padre su mejilla húmeda y rosada, y sus cabellos en desorden para que la besara; luego le tomaba la mano, y brincando á su lado, le hacia las eternas preguntas propias de las criaturas.

La madre los alcanzaba con paso sosegado; estrechaba el brazo á su marido, y la feliz familia caminaba por la alameda de la aldea, contándose los acontecimientos del dia. La jóven decia al padre cuanto habia pasado, y la madre presentaba el boletín de los adelantos de Lucía, cuya educación doméstica y mundana estaba esclusivamente á su cargo.

Después de la comida venia el señor cura á leer el periódico, y la velada se acababa á las nueve, cuando un largo cálculo de quebrados habia establecido escrupulosamente la ganancia ó la pérdida de los jugadores.

Esta vida sosegada, y con suficientes ocupaciones para no ser monótona, duró diez y seis años, durante los cuales creció y se volvió la hermosa jóven que no tardaremos en encontrar de nuevo bajo los verdes álamos donde la hemos dejado.

Al cabo de este tiempo el padre de Raimundo, médico principal de una poblacion considerable, dejó su puesto y resolvió pasar los últimos dias de su carrera laboriosa cerca de sus buenos parientes, para lo cual compró la propiedad del

viejo doctor de aquel lugar, muerto hacia poco, y que estaba de venta.

El buen médico tomó modestamente la parroquia de su antecesor, curó á muchos pobres sin contar las visitas, y no economizó ciertos medicamentos cuyo precio ignoraron siempre los enfermos. Bien luego fué considerado como la Providencia del lugar, que le otorgó todos los honores de que disponía. Fué nombrado alternativamente miembro del consejo, de la comision de beneficencia, y mayordomo de fábrica. El entendido doctor, acostumbrado á los triunfos pomposos de la ciencia sobre un gran teatro, hallaba un gozo infinito en la admiracion sencilla y sincera, en el respeto y cordial amistad de aquellos pobres aldeanos.

Por fin, escribió un día á su hijo Raimundo, estudiante de medicina en París: «Rodeado de la consideracion de estas buenas gentes, y en medio del pequeño círculo que forma la sociedad de mi primo, disfruto de un bienestar que no tiene precio. Soy como el viajero que se sienta á una buena lumbre transido de frio; no siento el cansancio de mi vida pasada sino para saborear las delicias de mi felicidad actual.»

Cuando su padre fué á establecerse á aquel lugar, Raimundo estaba en el penúltimo año de sus estudios. Además las vacaciones estaban próximas: ya á la caída de la tarde, la familia que la víspera habia contado los días, repetía con un suspiro de resignacion:

—Otro día mas; dentro de algunas semanas nuestro aprendiz de doctor estará entre nosotros.

Lucía, mientras regaba las flores y podaba los pequeños arbustos cuya esclusiva propiedad le pertenecía, aventuraba algunas preguntas relativas á su primo. Su tío tenia buen cuidado de eludir estas preguntas, ó no respondía sino vagamente; parecía que esta conducta era un cálculo sagaz para escitar la curiosidad de la jóven.

En efecto no era otra cosa.

Las familias, siguiendo el uso inmemorial que se ve en las novelas y á veces en la vida real, habian formado proyectos de union que debian estrechar mas y mas su antigua amistad, sin que los jóvenes lo supieran, porque mas prudentes ó experimentados que otros muchos, no quisieron poner en la confidencia á las partes interesadas. El doctor sabia que la contradiccion es una de las rarezas de la raza humana; parecía tan pronunciada, que basta en muchos casos, sobre todo en el caso presente; el emitir una idea para que la respuesta sea contraria. Así pues, en sus cartas al estudiante no habia trazado el nombre de Lucía, sino lo justo para que su hijo no ignorase que tenia en el mundo una primita de diez y ocho años, rubia, bonita y graciosa.

De esta política astuta habia resultado que Raimundo tenia vivísimos deseos de ver y amar á su prima, y que esta, sin saber por qué, contaba las horas que faltaban para que llegara el primo.

Por fin llegó el día que con tanta impaciencia se esperaba, causando á todos la mayor alegría.

Bien luego los dos jóvenes estuvieron de acuerdo. Encontrábase á cada instante por un acaso que ellos llamaban inexplicable, pero cuyo secreto se hallaba en el corazón de ambos. Muchas veces se les veía hablar en voz muy baja, ó alejarse de la casa con un paso que manifestaba una grande preocupacion, y entonces los miembros del círculo se echaban miradas de inteligencia.

—Y bien, preguntaba el doctor, ¿Lucía será mi hija?

—Yo lo creo! respondía la madre; así como Raimundo será mi hijo querido.

—Vamos, padre mio, Vd. celebrará el matrimonio de los enamorados, y la bendiccion de Vd. los hará dichosos, decía el marido dirigiéndose al señor cura.

—¡Amen! respondía este.

Pronto se pasaron aquellas vacaciones.

Un año entero las siguió; un año que pareció un siglo á dos personas. Sin embargo, llegó el otoño, y el jóven estudiante volvió á ingresar en el seno de la familia.

Y creemos que con esto queda explicado el paso de nuestros héroes por las orillas del río.

Raimundo y Lucía marchaban pues juntos sobre la yerba á pasos desiguales; unas veces lentos cuando sus corazones latían con gran fuerza, y otras con mas rapidez, cuando un grande suspiro los aliviaba de la carga.

El perro que, como es de suponer, no se pasea en nuestra historia sin motivo, corría á cada instante hácia ellos dando muestras de alegría, y parecía preguntarles alguna cosa con ojos donde brillaba una chispa de inteligencia.

—Este pobre Yelow (el perro tenia este nombre inglés á causa de su color amarillo), este pobre perro parece que tambien está contento porque has venido, decía Lucía; y te da las gracias por lo que has hecho en su favor.

—Justamente aquí trabajamos conocimiento, contestó el estudiante echando una mirada á la corriente del río.

—Fué un poco mas lejos, Raimundo, repuso Lucía; ¿ves aquellas cañas?

—Sí, veo esas cañas desde donde mandaste á tu esclavo, como la hija del Faraon de Egipto, que salvara de las aguas al recién nacido que se estaba ahogando cruelmente con sus hermanos.

Yelow dió un brinco para alcanzar la mano de Raimundo que designaba el sitio donde le libertaron, y se lanzó locamente en persecucion de una hermosa mariposa nocturna que abría sus alas de terciopelo á la primera estrella.

Lucía prosiguió en estos términos:

—¿Cómo temblaba cuando le echaste todo mojado en mi pañuelo!

—¿Te acuerdas, Lucía, de lo que te dije al dártelo?

La jóven no respondió sino por un ligero estremecimiento de hombros, y por un movimiento de cabeza.

—Así pues, ¿no te hallas dispuesta á devolvérmelo?

—No, jamás, respondió la jóven.

—¿Sabes que nuestro favorito llegó muy á tiempo?

—¿Y por qué?

—¿No estábamos aquel día un poco enojados?

—¿Te acuerdas de eso, Raimundo?

—Sí, porque no sé con qué motivo dijiste que nuestros caracteres eran incompatibles y...

—Tú no sé lo que tenias entonces, Raimundo. Ya que tienes buena memoria, debes acordarte del incidente.

—Lo cierto es que mientras olvidábamos nuestras quejas

recíprocas por socorrer al pobre abogado, te pregunté cuáles eran tus intenciones.

—Y yo te hice la misma pregunta, querido primo.

—Tú me tendiste la mano, Lucía.

—Y Vd. la llevó á sus labios, señorito, añadió la jóven con un tono que daba un gran valor á su condescendencia.

—Así se hizo la paz, repuso el estudiante.

—Sí; pero como con razon desconfías de tu cabeza, pensaste que la guerra podría estallar de nuevo, y por eso imaginaste una declaración muy ingeniosa.

—Las circunstancias me la sugirieron.—Resolvimos que el perro que nos reconcilió aquel día sea siempre entre nosotros como la prenda de nuestro cariño.

—Y me encargué yo de cuidarle hasta tanto que te diese el capricho de cansarte de mí; en cuyo caso decidimos que reclamarías el perro.

—Lucía, tú le guardarás siempre, exclamó con énfasis el jóven. A menos, sin embargo, añadió con un tono afectado de resignacion dolorosa, á menos que yo no desmerezca á tus ojos; porque entonces tambien está convenido que me enviarías á Yelow al punto... pero ya has dicho que jamás te desprenderás de él...

Lucía repitió en voz baja, ébria de gozo:

—No, nunca, nunca.

Y en seguida ambos jóvenes, entregándose á los dulces sentimientos de que rebotaban sus almas, continuaron silenciosamente su paseo. La voz de los marineros, el grito monótono de los chorlitos al borde del agua, el ruido de las hojas, todas las armonías de la tarde, se mezclaban con sus sueños de dicha. Por eso se olvidaron de acariciar á Yelow cuando pasaron á su lado, mientras el animal estaba prestando una atencion de naturalista á un grueso escarabajo que se metía en su agujero.

Lucía se inclinaba sobre Raimundo con los ojos radiantes de gozo. El jóven sostenía el torneado brazo de su prima, y tambien dejaba caer sobre ella su mirada altanera y gozosa.

Mucho tiempo les bastó este lenguaje mudo, hasta que Lucía murmuró con voz débil:

—Raimundo, ¿nos amaremos siempre como ahora?

La naturaleza del hombre se resiste á seguir siempre el mismo compás; y cuando se trata de sentimientos tiernos, la muger sostiene la nota todavía, cuando al hombre le falta ya el aliento. Por este motivo nuestro estudiante, cuya respiracion se agotaba ya, volvió á hallar la suficiencia que constituía el fondo de su carácter, y de la cual nadie está exento cuando se ve el objeto de un acendrado cariño. Así moduló con soltura esta frase vulgar:

—¿Qué duda tiene?

Lucía se conmovió naturalmente con esta respuesta que interrumpía el curso de sus blancas ideas.

—¡Ah! suspiró sorprendida y cortada, alejándose de su prometido.

Cuando Raimundo sintió que le faltaba el brazo de su prima, conoció que habia herido la inquieta ternura de Lucía. Sin embargo, creyó que podría triunfar fácilmente del descontento que manifestaba, y la preguntó con una sonrisa que demostraba que sabia lo que habia dicho:

—¿Qué tienes, primita?

Lucía, enfadada del todo, le respondió que queria burlarse de sus sentimientos, y le dijo que aquella respuesta estaba llena de cosas tristes para lo sucesivo. Si el estudiante habia descubierto el fondo de su pensamiento, las consecuencias se podian deducir fácilmente; el jóven era un pérfido.

Raimundo quiso atenuar á fuerza de burlas su frase y el acento con que la pronunciara; pero su palabrería fué tan poco graciosa como torpe. Por mas que quiso persuadir á Lucía de que debía estar segura de su cariño, la jóven le hizo notar que en las anteriores vacaciones no se habia portado con ella de aquel modo.

—Diez meses de estudios, respondió Raimundo, cambian mucho la educacion de un jóven.

—Es cierto, caballero, que ya no es Vd. el mismo que era antes; ha cambiado Vd. mucho desde hace un año.

—Pero ¿ha sido ventajoso este cambio? preguntó el estudiante riendo y haciéndose el gracioso para cortar una conversacion que iba tomando un giro poco agradable.

—¡Oh! si estamos de chanza, responderé que el cambio ha sido completo; hasta en el traje y el modo de llevarlo.

—La temperatura del barrio de los estudiantes ha sido tropical este año, prima mia; por eso mis vestidos se hallan á la altura del termómetro. Quizá me vas á decir que es lástima que el mercurio no haya subido un poquito mas, ¿no es cierto?

—¿Qué gracioso! respondió la jóven con acritud.

—Vamos, prima mia, exclamó Raimundo que conocia sus faltas y queria disimularlas lo mas posible, ¿por qué no me has dicho antes tu opinion sobre este asunto?

—Para que hiciera Vd. el mismo caso de este deseo que de mis observaciones sobre el tabaco. En todos los cuartos donde está Vd. hay que abrir al punto todas las ventanas.

Esta reconvenccion exagerada hirió al estudiante en uno de los hábitos á que estaba mas apegado. Por otra par e ya principiaba á hallar las amonestaciones de Lucía poco en relacion con la falta cometida y con el arrepentimiento que se habia dignado manifestar por ella; así tomó un cierto aire despreciativo, y dijo:

—Ya se está viendo que estamos en una provincia. En París se fuma en todas partes, y no se podrá fumar en las aldeas!

—Y los saltos y contorsiones ridículas del otro día en el baile, tambien son de buen tono, ¿no es cierto? No quiero hablar de...

—Prima mia, puede Vd. suspender mi panegírico, interrumpió severamente el estudiante. He podido cometer algunas locuras para distraerme de un trabajo árido, y quizá me queda alguna mala costumbre; pero esto no quita nada para que mi corazón sea lo que era antes. La persona que ve en otra tan leves defectos, está muy próxima á dejar de amarla.

—Hasta sus máximas de Vd. son muy modestas, repuso Lucía aludiendo á las palabras *leves defectos* que habia empleado el primo.

La jóven conoció que su acritud habia andado mucho camino; pero estaba picada de ver que la culpa que al principio

habia venido de Raimundo, iba pasando de su lado, y por amor propio no queria reconciliarse la primera.

—¡Oh! señorita Lucía, dijo Raimundo picado tambien á su vez; podía Vd. haber hecho esa observacion para sus adentros. Menos modesto es criticar así á los otros; para obrar de ese modo es menester no haber pecado nunca en lo mas mínimo.

—En efecto, yo soy muy pecadora.

—La preguntaré á Vd., verbi gracia, si está bien el hacerse rogar dos horas antes de sentarse al piano?

—Cuando se tiene mala voz, hay que añadir.

—No me pongo á juzgar su talento de Vd. ¿Y qué quieren decir esos trajes que se pone Vd. por las mañanas, que la hacen parecer á Vd. una criada de un gusto deplorable?

Raimundo hacia mal en hablar así, aunque tuviera razon, pues es cierto que en las provincias, sobre todo por las mañanas, se ven unos vestidos que asustan. Pero repetimos que Raimundo hacia mal, y él mismo lo conoció, porque iba á continuar, y se detuvo.

—Pero quiero imitar su discrecion de Vd., añadió, y callaré las mil ridiculeces que se ven en provincia.

—Y que al punto ha sabido descubrir Vd.

—No hay que ser muy perspicaz para echarlo de ver.

—Lo que yo digo es que su sentencia de Vd. no puede ser mejor; la persona que ve en otra tan leves defectos, está muy próxima á dejar de amarla.

—Lucía, puede Vd. suponer... exclamó el jóven.

—Déjeme Vd. en paz; yo sé á qué atenerme con respecto á sus protestas y juramentos.

—Vaya! estamos de mal humor hoy, añadió Raimundo con despecho.

—Puede ser, respondió Lucía.

Ambos trataban de formular frases desagradables, que todas eran indecisas, pues el temor de enajenarse la amistad sincera que recíprocamente se tenían en el fondo de sus corazones, sentimiento que era ya indispensable para ellos, los detenía en ese sendero erizado con las espinas de la ironía. Este temor la hizo guardar tambien un silencio quizás mas insultante. Lucía iba arrancando ramitas de los árboles, que deshojaba luego tarareando mil canciones distintas. Su primo silbaba entre dientes, y recogía guijarros, que arrojaba con fuerza al agua, y cuando el perro se acercaba á ellos, Raimundo le escitaba con la voz y con los ojos á una caza imaginaria. Por último, descubriose por ambas partes un empeño tenaz en disimular la violencia que los dos se hacian.

De este modo iban andando, y sin embargo ya habia anochecido.

—Ya está esto muy oscuro, observó Raimundo interrumpiendo aquel silencio; podíamos volver á casa.

Esperaba que Lucía le ayudaría á entablar de nuevo la conversacion; pero su prima se contentó con llamar al perro.

—Vamos, Yelow, vamos á casa.

El perro se puso á caminar delante de ellos, y los jóvenes conservaron su aire indiferente; el uno silbaba y la otra murmuraba algunas notas.

Al cabo de un cierto tiempo, Raimundo, cansado de aquella incomodidad que se prolongaba demasiado, y nacida de un pretexto tan pueril, resolvió poner un término á ella hablando él el primero.

—Primita mia, prosiguió en tono suplicante y casi contrito, olvida esta necia disputa. Estas niñadas no son dignas de un cariño como el que nos tenemos nosotros. ¿Quieres que sigamos hablando?

—Sí, contestó Lucía secamente.

Al ver que su primo queria capitular, la jóven creyó que debía venderle este favor un poquillo caro.

Raimundo se acercó á ella y quiso tomarle el brazo; pero Lucía no lo permitió, y alzando un dedo al cielo, le dijo:

—Me ha dicho Vd. que la estrella polar se encuentra en la prolongacion de la línea entre esas dos estrellas.

Y su mano designaba la constelacion Casiopea.

—Eso es, respondió el estudiante, que, á decir verdad, estaba muy poco satisfecho con la observacion astronómica de su prima; pero hace Vd. mal en fingir una completa ignorancia de las cosas que sabe, todo ello para incomodarme.

Cada cual se puso á reflexionar aparte.

Pasáronse algunos minutos, y Lucía, notando que su sistema no producía brillantes resultados, repuso con intencion de volver á restablecer entre ellos la buena armonía, y después de haber buscado largo tiempo en su imaginacion sin haber hallado otra cosa mejor:

—La linterna del barquero que pasa el río, cuyo reflejo luminoso se pierde en el agua, es de un efecto muy bonito.

Raimundo se habia puesto de muy mal humor al ver que los primeros esfuerzos que él hiciera habian sido infructuosos; de modo que respondió con sequedad:

—No es la linterna del barquero, sino el fanal de un buque.

—No me parece así, dijo la jóven con el mismo tono. Y dentro de un instante lo veremos.

—Lo veremos.

Ambos marcharon en silencio, hasta llegar al punto donde podia ponerse en claro este nuevo motivo de discordia.

—¿Quién tenia razon? dijo Lucía triunfante.

Ningun buque estaba amarrado á las orillas del río: el estudiante no respondió; se contentó con dejar escapar una sonrisa, que acompañó con un movimiento de hombros muy significativo.

Las cosas habian llegado á tal extremo, que la reconciliacion era imposible por entonces. La incomodidad tomó un carácter serio, porque ya no se trataba de ocultar el despecho por medio de una indiferencia afectada. Raimundo y Lucía, graves y pensativos, llegaron así hasta la puerta del jardín: Raimundo iba á pasar adelante; la jóven le interrogó con los ojos:

—¿No vas á entrar? le dijo.

—No, respondió friamente el estudiante silbando al perro.

Lucía se estremeció.

—¿Llamas á Yelow? exclamó la jóven.

Raimundo la miró con sorpresa: después, viendo que el perro pasaba su cabeza por la puerta entreabierta, comprendió la emocion de su prima: se lo agradeció en el fondo de su alma, y le dijo escusando esta accion involuntaria de su parte:

—Perdóname, Lucía; la oscuridad no me ha permitido ver dónde estaba; creí que se habia quedado detrás de nosotros.

(La continuacion en la página 318.)

CANCION DEL BANDIDO.

Tiempo de Bolero.

poco allegro.

PIANO.

First system of musical notation. It consists of a vocal line on a single staff and a piano accompaniment on two staves. The key signature has one flat (B-flat) and the time signature is 3/4. The tempo is marked 'poco allegro' and the dynamic is 'F' (forte). The piano part features a rhythmic accompaniment with chords and moving lines.

Second system of musical notation. It continues the vocal line and piano accompaniment from the first system. The piano part includes a section marked 'P' (piano) with a more delicate accompaniment.

Bandido.

Cuan-do en el bos-que á la ven-tu-ra me lan-zo in-tré-pi-do y au-daz,

Third system of musical notation. It continues the vocal line and piano accompaniment. The piano part includes a section marked 'F' (forte) with a more powerful accompaniment.

voy re-cor-dan-do la her-mo-su-ra que al co-ra-zon ro-bó la paz.

Fourth system of musical notation. It continues the vocal line and piano accompaniment. The piano part includes a section marked 'P' (piano) with a more delicate accompaniment.

Es-te fie-ro va-lor so-lo cau-sa ter-ror al que se cru-za en mi ve-re-

Fifth system of musical notation. It continues the vocal line and piano accompaniment. The piano part includes a section marked 'F' (forte) and ends with a 'colla parte' instruction. The tempo is marked 'rallentando'.

colla parte.



da y si me to - se al pun-to que - da

F. á tempo. *P.*

sa - cri - fi - ca - do á mi fu - ro - - - r; ah ah ah ah

ff. *F.* *F.*

rallentando.

la la la la la la la la la - - - - - á mi fu -

colla parte. *á tempo. F.*

- - - - - ror á mi fu - ror sa - cri - fi - ca - - - do á mi fu - ror ah ah

ff. *rallentando.*

ah ah ah ah á mi fu - - - ror.

FIN.

—¿Y á qué viene todo eso? Los dos somos libres de apelar á lo estipulado en nuestro convenio.

Y Lucía, en quien el humilde pretexto de su primo acababa de despertar toda la dignidad que ella creía ofendida, se metió en el jardín sin mas tardanza.

—Puesto que es así, teneis razon, señorita, gritó Raimundo exasperado hasta lo sumo.

Y atando una punta de su pañuelo al collar de Yelow, se fué con el animal á casa de su padre.

Este se apeaba del caballo en aquel mismo instante; y una visita que habia hecho por aquellos lugares le habia retardado en el camino.

—¡Pronto vuelves de casa de los parientes! le dijo.

—Lucía se ha cansado con el paseo, y tenia ganas de descansar, respondió el hijo del doctor subiéndose á su cuarto.

Por otra parte, la madre de Lucía, al ver á su hija sola, le preguntó:

—¿Y tu primo?

—Se ha marchado á su casa porque le dolia mucho la cabeza.

Y para evitar un interrogatorio algo mas largo, se fué á encerrar en su aposento.

Tres dias trascurrieron sin que las partes en desacuerdo pensasen en arreglar la desavenencia. Es verdad que por ambos lados se decia que no habia arreglo posible en el asunto. Los jóvenes prometidos se debian á sí mismos el permanecer indiferentes uno á otro, y para lograr este fin era prudente no verse durante algunas semanas. Raimundo pasaba pues las noches en casa de su padre, solo con Yelow, que, en su nueva morada, comunicaba enérgicos bostezos á su amo. Pero el fastidio no habia llegado todavía hasta el punto de destruir la famosa resolución de darse por ofendido.

En cuanto á Lucía, se hallaba dotada de la misma tenacidad en el asunto; sin embargo, como se hallaba siempre en contacto con su familia, y como evitaba con cuidado el mentar á su primo, conocia todo lo ridículo que era aquel rencor, cuyos motivos no podia explicar, aunque á sus ojos eran de una gravedad incontestable.

El círculo adivinó muy bien que solo una grave tontería habia podido producir una determinacion tan desesperada. El doctor pretendia que, en ciertos casos, la naturaleza entregada á sí misma obra mas eficazmente que la facultad, añadiendo que por consiguiente no se debian ofrecer los socorros de la ciencia á dos cabezas de tan poco seso como aquellas.

Por lo demás, todo el mundo se reía de la terquedad del estudiante y de los apuros de la joven, cuya confusion aumentaban de intento con estas frases indirectas y llenas de malicia:

—Doctor, decia el padre de Lucía, las afecciones cerebrales manifiestan hoy una tenacidad extraordinaria.

—Es lo mismo que las agujetas, que para curarse necesitan un reposo absoluto.

Al cuarto dia por la mañana, Raimundo se levantó, tomó entre sus piernas la cabeza del perro que iba á acariciarle, y se puso á meditar profundamente. Algunos suspiros se escapaban de su pecho, y en su mente cruzaban las ideas mas contradictorias: sobre todo habia dos pensamientos que luchaban con fuerzas iguales, uno procedente del corazon y otro de la cabeza. Sin embargo, uno de ellos triunfó, pues el estudiante, rechazando á su perro, tomó una pluma y escribió lo siguiente:

«Señorita:

»No quiero recordar á Vd. lo pasado; y sin embargo podria consignar aquí dulces recuerdos; pero no lo haré, pues esto seria manifestar pesares cuya sinceridad debe importar á Vd. muy poca cosa, y cuya expresion podria aumentar su desagrado. Lea Vd. esta carta, pues no hablaré en ella de mí, sino de ese pobre Yelow, que aunque neutro en este negocio, sufre sin culpa las tristes consecuencias. Estaba acostumbrado á vivir con Vd., y estoy seguro de que en mi compañía mi inesperienza le hace padecer grandes privaciones. Le gusta correr al aire libre, y yo me veo obligado á tenerle siempre en mi cuarto, porque sé el uso que haria de su libertad. Cuando salgo con él para que dé un paseo, le llevo atado, y sin embargo, continuamente se vuelven sus pasos hacia la casa que Vd. habita. La otra noche se puso á ladrar con fuerza á la verja verde, y temí que acudiese Vd. á sus ladridos, y que me acusase de que habia violado nuestro convenio.

»Me atrevo á decirselo á Vd.: por penosas que sean aquellas condiciones, sabré cumplirlas, contando de antemano con que una conducta leal debe valerme, si no el perdón, á lo menos la estimacion de un amigo generoso.

»Intercedo en favor de Yelow. Si le hubiese Vd. visto aquella noche en que me vi obligado á arrastrarle violentamente conmigo, estoy seguro de que anularia Vd. la cláusula que le concierne. Su fisonomía daba lástima; apenas queria andar, y llevaba las orejas colgando y los ojos afligidos. El pobre animal la quiere á Vd. tanto, agradece hasta tal punto las bondades que le debe á V., que no comprende mi conducta, así como tampoco la tristeza en que me hallo sumergido, y de la cual nada me distrae, ni aun las caricias de este pobre perro; los quejidos lastimeros que lanza á cada instante, no hacen mas que escitar mi compasion y aumentar mi dolor; no tengo ningun consuelo que darle, porque solo Vd. tiene estos consuelos en su mano. Una palabra, un ademán, y al punto le llevo... esto es, quiero decir, que se lo envío á Vd.

»Esta es la única súplica que tenia que hacer á Vd. No la desatienda Vd., no por consideracion al que tantas veces le dijo que la amaba á Vd., sino en favor de nuestro comun amigo.

»Queda como siempre á las órdenes de Vd. su primo

»RAIMUNDO.»

Apenas habia enviado este billete por medio de un mensajero con zuecos de madera, cuando una vaquera con basquiña de rayas negras y cenicientas le presentó con sus manos rojas la respuesta siguiente:

«Caballero:

»Perdone Vd. el paso que doy, y no lo atribuya sino al exceso de un antiguo afecto. Sé que si yo tuve alguna culpa,

no la tiene Vd. menos en todo lo que pasó; de modo que en este triste equilibrio, ni el uno ni el otro podemos descender hasta las excusas. Pero se trata, caballero, de apelar á su generosidad de Vd., y he creído, Raimundo, que mi empeño no se quedaria sin respuesta.

»Sin embargo, estoy avergonzada de mostrar así mi flaqueza; no saque Vd. de ella consecuencia ninguna; en todo lo demás estoy muy resignada...»

En este sitio el papel tenia una señal redonda, húmeda todavía; Raimundo interrumpió su lectura al llegar aquí, y llevó la señal de aquella lágrima á sus labios; después continuó su lectura en estos términos:

»Al recordar á Vd. el cielo encapotado que hemos tenido hace tres dias, el viento que ha roto los tallos de las flores, y que resuena de un modo fúnebre todavía... comprenderá Vd. que estas influencias, unidas á una inclinacion natural á la tristeza, me han hecho muy sensible á un hábito roto de repente.

»Ya adivina Vd. que hablo de Yelow; sea Vd. indulgente, y no se burle de mi sensibilidad; ese pobre perro ha vivido mas de un año conmigo; todas sus caricias fuéron para mí; él me acompañó siempre por todas partes. Y después, ya sabe Vd., Raimundo, las gracias que su inteligencia desplegaba por el mas ligero obsequio que yo le hacia. Era casi uno de nosotros: no se ria Vd. de lo que digo. En el invierno se sentaba á la lumbre en nuestra compañía; en el verano nos seguia en todas nuestras escursiones. Por fin, hoy ya no está aquí; todos le echan de menos; la casa que animaba con su presencia, parece viuda y desolada. A veces le llamo por los rincones donde solia estar, y su nombre se detiene en mis labios, y el corazon se me oprime de angustia. ¡Oh! no habia yo pensado en esto, cuando acepté tan terrible condicion: si hubiera previsto este dolor, le habria repetido á Vd. mil veces que le dejara morir en el rio.

»Raimundo, piense Vd. lo que quiera de mí; pero le suplico que transija con este artículo de nuestro tratado. ¡Quiero volver á ver á mi pobre Yelow!... No le digo á Vd. que le traiga Vd. mismo á casa; sin embargo, su presencia de Vd. que no alteraría en nada nuestra decision, pondria fin al apuro en que nos tienen las conjeturas de todos sobre la causa de nuestros debates; si su repugnancia de Vd. á venir aquí es insuperable, le ahorraré á Vd. el enojo enviando á buscar á Yelow de cuando en cuando. No abusaré de su bondad de Vd., con tal que le vea un rato, su prima de Vd. se considerará dichosa:

»Lucía.»

Quando Raimundo leia esta carta por tercera vez para descubrir bien el sentido que ya adivinaba su corazon, la emisaria de basquiña corta volvió muy sofocada á entregarle estas líneas de una letra trémula y precipitada:

«Le agradezco á Vd. profundamente el que haya prevenido mi mas caro deseo. Ayer supé su generosidad de Vd. bajo los pretestos con que Vd. supo encubrirla; queria Vd. sacrificar su amor propio por salvar el mio: su corazon de Vd. vale mas que el de Lucía.

»Raimundo, amigo mio, Vd. me habla de acompañar á nuestro hermoso perro. ¡Oh! venga Vd. pronto; necesito pedirle el olvido de mis culpas.

»Lucía.»

El estudiante cogió un pedazo de papel y trazó estas palabras con lápiz:

«Mi querida Lucía:

»Puesto que quieres olvidarlo todo, yo no quiero acordarme de nada. Yelow corre delante de mí para decirte que toda explicacion es imposible en este instante. Los últimos tres dias se han borrado de mi memoria, ó por mejor decir, no han existido.

»Te ofrezco el brazo para dar un paseo; y seguiremos la conversacion de ayer en el punto en que debimos dejarla.»

En seguida dobló el papel, y se lo metió al perro en la boca, dándole libertad al mismo tiempo.

Yelow solo precedió á Raimundo algunos segundos. Quando entró en el patio, Lucía tomó el brazo de su primo, y con Yelow delante se dirigieron los tres á las orillas del rio.

El círculo sentado á la ventana del salon los vió salir de casa.

—Ya estan curados, ¿no es verdad, prima mia? dijo el doctor.

—Eres un práctico profundo, respondió sonriendo la madre de Lucía. ¿Cuándo será tiempo de aplicar el gran remedio?

—Ya ha llegado la época.

—¿Oye Vd., señor cura? dijo el marido.

—Entonces el domingo se publican las amonestaciones, exclamó alegremente el buen sacerdote.

Durante este tiempo los desposados mojaban sus piés paseando sobre la húmeda yerba. Las lluvias de la tempestad habian purificado el aire, y mil perfumes emanaban de la tierra, de las plantas y de los árboles, bajo un cielo azul y trasparente, donde corrian aun algunas nubecillas blancas y ligeras; los pájaros gorgeaban entre las hojas, y todo el campo estaba impregnado de una melancolia dulce y agradable.

Lucía y Raimundo se entregaban voluptuosamente á las delicias de este espectáculo campestre. De tiempo en tiempo se sonreian ambos en silencio; sin embargo, Raimundo se inclinó al oido de su prima y le preguntó:

—Lucía, ¿nos amaremos siempre como ahora?

—¿Qué duda tiene? respondió ella arrojándose en sus brazos para ocultar la graciosa zalamería con que habia pronunciado estas palabras de triste memoria.

Lucía y Raimundo, ya doctor en medicina, han recibido la bendicion nupcial; se aman mucho en el dia, y nosotros que creemos en lo inalterable de los afectos conyugales, pensamos que siempre se amarán lo mismo.

CABLE ELECTRICO-TELEGRAFICO-SUBMARINO

ENTRE INGLATERRA Y BÉLGICA.

(Conclusion.)

La noche era apacible; pero una espesa niebla que oscurcía el horizonte, impidió continuar los trabajos hasta el amanecer del miércoles que se dispó, y el silbato del *Vivid* remolcando las barcas de pescar. El *Tug*, el *Lizard* y el *William Hutt* se dirigieron á Santa Margarita, y cuando se hallaron 500 yardas de la orilla, echaron el ancla y colocaron 200 yardas de cable en un bote grande que fué caminando hacia tierra, mientras otros seis botes sostenian sucesivamente el cable á medida que iban largándolo. Cuando el primer bote llegó á la orilla desembocaron las 200 yardas y bajaron unos 40 hombres á tierra para deshacerla y asegurar el extremo del cable en el peñon de Santa Margarita. Aquí las extremidades de los alambres conductores á instrumentos telegráficos, y dejó un encargado para que comunicase con el buque mientras este iba andando. A las seis horas diez minutos de la mañana se hallaba otra vez en marcha el *William Hutt* remolcado por el *lord Warden*, porque como iba largando por la popa un cable pesado en un mar de bastante profundidad, no era fácil gobernarle, yendo á paso lento y con una fuerte marea. Además, como el *Hutt* era un buque de hierro, que tenia constantemente una masa diferente de este metal á bordo, su brújula no servia para nada; pero el capitán Washington arregló la del remolcador, y de este modo consiguieron seguir el verdadero rumbo.

La velocidad fué aumentando durante la primera hora, entre dos, tres, cuatro, cinco y hasta seis millas por hora. La gente se familiarizó con el trabajo, y Mr. Newall y los directores inspiraron entera confianza en todo cuanto disponian. Apenas habia pasado media hora desde la salida, cuando el viento sopló de Este, arrastrando consigo una niebla que ocultó toda la escuadra, y se hizo tan densa, que apenas desde bordo del *Hutt* podia distinguirse el remolcador que se hallaba tan cerca de él.

El colocar boyas en la línea no hubiera servido de nada en tales circunstancias: así es, que se dispuso que el *Lizard* quedase guardando las barcas pescadoras.

La ligereza del *Vivid*, y los conocimientos y esperiencia del capitán Washington y Mr. Smithett, demostraron entonces cuán útil habia sido á la expedicion el auxilio prestado por el almirantazgo. En efecto, por medio de sondas y otras varias maniobras que practicaron estos entendidos marineros, pudieron asegurarse de que el *W. Hutt* seguia su verdadero camino. El vapor-correo belga pasó á la vista de la escuadrilla mientras esta permanecia anclada, y llevó noticias suyas de Ostende, de donde salió inmediatamente para reunirse á los buques ingleses el vapor del gobierno belga, *Le Rubis*, llevando á bordo á Mr. Massui, director general de ferro-carriles, Mr. Vincencet, ingeniero telegráfico, y otras personas.

Mr. Reid reanimó los ánimos de los que se hallaban á bordo, asegurándoles la perfecta construccion del cable que él ensayaba, á medida que iba avanzando, y la marcha continuó de nuevo á razon de cinco á seis millas por hora, á través de la niebla y con un viento fresco. A la una y media de la tarde repitió la marea, y habiendo celebrado un consejo, se resolvió que anclase el *W. Hutt* en diez brazas de agua. A la sazón habia ya largadas 32 millas de cable.

A las ocho de la tarde cesó la marea, y el viento refrescó y sopló suavemente, desapareciendo la niebla, lo cual permitió distinguir las luces de Dunquerque, é inmediatamente se levó el ancla y se puso en marcha el *Hutt* ayudado por el pequeño remolcador. A la una de la madrugada del jueves se creyó prudente anclar hasta el amanecer, porque el *Hutt* se hallaba ya en el primero de los bancos de arena de las costas de Bélgica y la noche era tempestuosa. Nuestro artista ha dibujado el *W. Hutt* al tiempo de salir el jueves á las ocho de la mañana, teniendo á la vista toda la costa de Bélgica. El indicador marcaba 52 millas de cable largado, y el capitán Washington calculó que todavía faltaban 14 millas hasta llegar á Middlekerke. Todo marchaba bien como desde el principio; ninguna avería, ni un alambre roto. Unicamente hubo algunos choques en las bombas que causaron un retardo de una hora. A las tres de la tarde del jueves ancló el *William Hutt* en Middlekerke, punto marcado por el gobierno belga para el desembarque en direccion del Sur. El tiempo borrascoso que reinaba hizo desaparecer toda posibilidad de desembarcar el cable aquella tarde; por lo cual después de haber trasmitido varios partes por medio del hilo metálico á los redactores de periódicos, á los amigos y á las familias de las personas que se hallaban á bordo del *William Hutt*, el *Rubis*, el *Vivid*, el *Lizard* y el *lord Warden* se dirigieron á Ostende á pasar la noche, y todo el mundo, excepto los individuos necesarios para cuidar el *Hutt*, se hospedaron y entregaron al regocijo en el hotel des Bains, retirándose temprano para estar dispuestos al trabajo al dia siguiente.

Por medio del agente cónsul inglés se alquiló un pequeño barco flamenco para cargar á su bordo de 500 á 700 yardas del cable metálico y desembarcar la estremidad belga de este. A las nueve toda la escuadra y tripulaciones se hallaban á bordo, ó en la costa de Middlekerke, haciendo sin descanso preparativos para el desembarque. Se condujo una cuerda delgada desde el *Hutt* á la orilla, y el bote iba cargado con el extremo del cable. Los tres flamencos que componian su tripulacion presentaban el mas jocoso aspecto de asombro, cuando los marineros y encargados de manejar el hilo metálico, saltando dentro del bote, principiaron á desarboliar y quitar velas, preparándose á recoger el cable: estos no sabian hablar flamenco; pero Jack logró hacerles comprender que su presencia era inútil, gritando: ¡caboose, caboose! y empujándoles hasta meterlos en el caboose ó cámara, donde permanecieron todo el tiempo que se empleó en recoger el hilo, asomando de vez en cuando la cabeza para ver la maniobra. En poco rato se reunió en el bote la longitud suficiente de hilo; los botes de la escuadrilla lo llevaron á remolque, y en medio de los aplausos de esta, los gritos y alborozo de los campesinos de Middlekerke y los repetidos disparos del *Vivid*

se desembarcó felizmente el cabo, y fué conducido á una pequeña casa de guarda-costas. Pusieron los alambres en contacto con un instrumento eléctrico, y se transmitió el primer contacto directo á Londres, anunciando la feliz terminación de la empresa. Union de Bélgica é Inglaterra. A la una menos veinte minutos de la tarde del día 6 de mayo de 1853.

CAROLINA.

A principios del invierno de 1813, y durante cierta noche tempestuosa, una muger como de treinta años trabajaba silenciosamente al amor de la lumbre en una habitación pequeña, amueblada sin lujo, aunque con gusto y mucho aseo. La señora Dervilley (daremos este nombre á aquella muger) no estaba sola, pues á sus pies se veía, sentada en su taburete, una niña de siete á ocho años, cuya atención se hallaba enteramente absorbida por el cuidado de llenar con lana de diversos colores las letras trazadas en un cañamazo. Nada podía darse mas gracioso ni seductor que aquel serio rostro, cuya animación hacia resaltar mas y mas una magnífica cabellera negra, que le caía sobre los hombros formando sedosos rizos. Las líneas de su fisonomía, mas pronunciadas que lo que suelen estarlo generalmente en tan tierna edad, revelaban un carácter vivo, ardiente y resuelto; y era fácil conocer en el desparpajo con que desempeñaba su tarea, que su fisonomía era efectivamente el espejo de su carácter é inclinaciones.

El viento que gemía entre las rendijas de la puerta, la lluvia que azotaba las vidrieras, el débil y vacilante resplandor de una sola bugía, el silencio de la madre y de la hija, todo contribuía á esparcir sobre aquel cuadro de la vida interior un tinte sombrío y melancólico.

En medio del ruido de los transeuntes y de los carruajes se oyó una voz en la calle: era la de uno de esos que pregonan con el mismo tono y al mismo precio una victoria ó un descalabro, una buena acción ó un crimen, un nacimiento ó una muerte. Se trataba nada menos que del descubrimiento de una gran conspiración, cuyos pormenores, enumerados por medio de notas de bajo profundo, se reproducían á pocos instantes por el falsete de otro voceador.

Un nombre, entre otros veinte, hizo estremecer al mismo tiempo á la señora Dervilley y á su hija.

—Ese hombre me ha hecho casi temblar, dijo esta, dirigiéndose á su madre inquietas miradas. ¿Por qué ha pronunciado el nombre de papá?

—¡Ah, hija mía!... ¡Pobre Carolina de mi alma! exclamó la señora Dervilley.

Los sollozos la impidieron proseguir; echó los brazos á su hija, la estrechó convulsivamente contra su pecho, é inclinó la cabeza sobre aquellos hombros infantiles, que inundó con sus lágrimas.

—Mamá... Mamá... ¿por qué lloras así? ¡Oh Dios mío! ¿Habrá muerto papá?

—¡Muerto!... No, no, hija mía, respondió con viveza la señora Dervilley, asustada de la espresion que de pronto habian tomado la voz y la fisonomía de Carolina. Tranquilízate, pues conozco que he hecho mal en dejarme llevar del primer movimiento: ya sabes que me alarmo fácilmente.

Aquella pobre madre, imponiendo silencio á su dolor, á fin de evitar una angustia al corazón de su hija, serenó su semblante y procuró devorar las lágrimas que le abrasaban los párpados. Pero Carolina tenia una inteligencia precoz y miradas demasiado penetrantes para que pudiesen engañarla fácilmente.

—Mamá, dijo de allí á poco, ese hombre ha hablado de una conspiración, al mismo tiempo que nombraba á mi papá. ¿Qué es conspiración?

—No puedo explicártelo, hija mía, pues no me comprendes, porque eres aun muy niña.

—Es decir que te propones decididamente ocultarme alguna cosa. Pues mira: no soy tan niña como te figuras: te he observado durante estos tres dias, en que papá se halla ausente, y te he visto triste y suspirando sin cesar, hasta el punto de que apenas has hablado conmigo algunas palabras. Y sin embargo no es esta la primera vez que papá emprende un viaje, aunque nunca has estado como ahora.

La señora Dervilley conoció que si se obstinaba en callar, la imaginación de Carolina iría mas lejos que la realidad; prefirió pues afligirla un poco, escitando su sensibilidad, á dejar que naciese y se concentrase en su alma infantil una desesperación, que se creeria en el deber de disimular.

—Escúchame, pobre Carolina, la dijo: queria ahorrarte una inquietud; pero ya que mi dolor me ha hecho traicion, no quiero que supongas una desgracia mayor que las que no agobia. Tu papá vive; estoy segura de ello.

El rostro de Carolina se despejó al contestar: —Gracias, mamá! con esa seguridad que acabas de darme ya puedo oír todo lo demás.

—Hay acciones, hija mía, que pueden cometer los hombres mas honrados, pero que, segun la política, son crímenes, á los cuales reservan las leyes un castigo severo: tu papá ha cometido una de esas acciones.

—Has dicho que el castigo es severo...

—El encarcelamiento... el destierro... á veces la muerte.

—¡Dios mío!

—El nombre de tu papá se ha pronunciado entre los de los conspiradores que todavía no han sido presos, y abrigo la esperanza de que habrá encontrado un refugio al abrigo de las pesquisas.

—¡Ah, mamá mía! El cielo te escuche: pero... ahorame acuerdo de que me has dicho muchas veces que las oraciones de los niños son agradables á los ojos de Dios. Pues bien, voy á pedirle con tanto fervor, que no podrá menos de conservarnos la vida de papá.

Carolina fué á arrodillarse delante de un crucifijo de marfil, colocado á la cabecera de la cama de su madre, y fijando sus angelicales miradas en el signo de la redención, se puso á orar con tanta fé, que enternecida la señora Dervilley sintió bajar al fondo de su alma un rayo de consoladora esperanza.

En aquel momento se oyeron tres golpes, aplicados con suavidad á la puerta; la madre y la hija temblaron al mismo tiempo y se precipitaron á abrir.

Presentóse un hombre ataviado con chaqueton y som-

brero de anchas alas, como el que llevan los naturales de la Auvernia. La señora Dervilley, engañada en sus esperanzas, dió un paso atrás y arrojó un grito.

(Continuará.)

EL VOLCAN SANGAI.

Desde el principio del siglo han sido visitados los volcanes de la América Ecuatorial por alguno de los viajeros que han recorrido la Nueva Granada y la antigua provincia de Quito. Hanse explorado el Tolmá, el Purazé, el Pasto, etc., y por los análisis hechos en sus cráteres se han formado nociones precisas sobre la naturaleza de los fluidos eléctricos emitidos por los focos volcánicos. En efecto, en todas las salidas de esos focos se ha comprobado una incesante producción de gas ácido carbónico, de vapor acuoso, de vapor de azufre, de ácido hidrosulfúrico, y accidentalmente de gas ácido sulfuroso, cuando el azufre evaporizado se inflamaba al contacto de la atmósfera.

En 1846 se reconoció por primera vez el interior del cráter del Pechincha por Mr. Wisse, el cual envió al Instituto un trabajo muy notable sobre la topografía de ese volcan situado á algunos kilómetros de la ciudad de Quito; pero en el momento de volver á Europa, el atrevido viajero realizó el proyecto que habia formado de visitar el Sangai, que es el volcan mas activo del Ecuador.

El Sangai, al sur de Riobamba, está ligado con la vertiente de los Andes, que envia sus aguas al rio de las Amazonas. Segun la tradicion, su aparición no dataría de mas allá de 1728; pero, cuando menos, es probable que en aquella época el volcan salió súbitamente de un largo reposo, manifestando una intensidad que se ha manifestado hasta nuestros dias. Durante todo el tiempo que Bouguer, Godin y La Condamine pasaron en el Ecuador, donde habian ido encargados por la Academia de las Ciencias para medir tres grados del meridiano, el Sangai aparecía ya durante la noche como una señal de fuego ó como un fanal. «Yo gozaba, dice La Condamine en su diario de viaje, en la oscuridad de la noche del espectáculo que presentaba el volcan de Sangai, mas inflamado que nunca. Todo un lado de la montaña parecia ardiendo como la misma boca del volcan, del cual fluía un torrente de azufre y betun inflamados que se abrió un cauce por en medio de la nieve de que está siempre coronado el foco ardiente. Este torrente lleva sus olas al rio de Upano, donde hace morir á los peces á gran distancia. El ruido del volcan se suele oír en Guayaquil, que dista de él mas de cuarenta leguas en línea recta.

Por esa relacion se ve que hace un siglo, diez años después de su aparición, se hallaba el Sangai en un período de actividad verdaderamente extraordinaria. El ruido que hace aun hoy se oye con mucha frecuencia. Cuando el terremoto que conmovió durante cinco minutos casi toda la Nueva Granada, es decir, mas de 30,000 leguas cuadradas, la trepidación del suelo fué seguida de explosiones que se sucedieron por espacio de cuatro minutos y á intervalos de tiempo muy regulares. Tambien se atribuyeron al Sangai las fuertes detonaciones que se oyeron casi continuamente en 1842 y 1843 sobre las costas del Océano Pacífico comprendidas entre San Buena-ventura y Payta.

Oigamos al sabio académico M. Boussingault contar á la Academia la visita que M. Wisse hizo al volcan:

«El viajero salió de Riobamba el 21 de diciembre, acompañado de uno de sus alumnos, y bien pronto caminaron sobre tierras consolidadas por una vegetación herbácea de las mas vigorosas. Después de un vivaque indispensable, el 24 por la mañana se pusieron en marcha en medio de una densa niebla, siendo tal la oscuridad, que no tenian para dirigirse otro guía que el ruido de las detonaciones. Mas tarde vieron elevarse de la cima del volcan una larga columna de humo, y algunos instantes después una explosión formidable pareció saludar la bienvenida de los audaces turistas.

«Desde entonces la ascension presentó grandes dificultades á causa de la pequeña superficie de las aristas, y solo arrastrándose pudieron llegar á 900 metros de la cima. Desde aquel punto el camino fué mas fácil, la montaña era cónica, y aunque su pendiente era mas rápida, se elevaron hasta una distancia vertical de trescientos metros de la boca del volcan. Imposible fué ir mas léjos, porque la capa de ceniza por donde trataban de subir, se desprendía de la capa subyacente y se deslizaba á lo lejos con el viajero.

«Los proyectiles lanzados por el volcan siguen la vertical, y en su mayor parte vuelven á caer en el cráter. Su número no es considerable, pues M. Wisse lo calculaba en cincuenta en una erupcion fuerte. El humo que acompaña una explosión sube en espesas columnas, cuyo color varia del gris al amarillo anaranjado. Las detonaciones son enteramente comparables á las del trueno y precede á las erupciones un ruido sordo ó una especie de bramido. En una de las erupciones extraordinarias el ruido, de estremada intensidad, era seco, y sin eco, de manera que parecia un fuego de batallon. La actividad del Sangai es tal, que en una hora se contaron 267 explosiones.

«Las cenizas son el producto principal del Sangai; cubre la cima cónica del volcan; con su color casi negro le dan el aspecto mas siniestro; forman el suelo circunvecino, sobre un espesor de ciento á doscientos metros y en un radio de seis leguas; y con frecuencia son trasportadas á una distancia de mas de quince leguas. Además, estas cenizas parecen muy favorables para la vegetación, por lo que el terreno, tan sumamente árido sobre la antiplanicie de Riobamba que se cultivaba allí el cactus de cochinita, se va mejorando á medida que dista menos del volcan. Hay, sin embargo, un límite á esa mejora, y es que, en la vecindad inmediata del cráter y en tiempo de sequía, las plantas se hallan continuamente cubiertas de un polvo muy ténue. En todo el radio de actividad del volcan se amontonan las cenizas sobre las ramas y las hojas, exactamente como la nieve en las regiones del Norte.

«Virgilio nos ha dejado un admirable cuadro de las erupciones del Etna. «¡Cuántas veces hemos visto su cráter vomitar globos de fuego y rocas líquidas!» La descripción que M. Wisse nos da del Sangai, aunque no tan poética, no presenta un interés menos vivo á los geólogos, y la comision académica cuyo muy competente relator era M. Boussingault,

la ha juzgado digna de figurar en su *Recopilacion de los sabios extranjeros*. El volcan americano merece tambien por si mismo ese honor académico; pues por su belleza, por la grandeza y la multiplicidad de sus erupciones, sostiene perfectamente la comparación con el volcan de Sicilia, con ese terrible Etna bajo el cual fueron sepultados vivos Enceladio y Tifon, y que servia de fragua á Vulcano y los ciclopes para forjar los rayos de Júpiter.»

SMARRA

6

LOS DUENDES DE LA NOCHE.

PRÓLOGO.

*Somnia fallaci ludant temeraria nocte,
Et pavidas mentes falsa timore jubent.*
CATULLUS.

La isla aparece envuelta en ruidos sonoros y al mismo tiempo suaves, que causan un placer indecible. Millares de instrumentos resuenan en mis oídos, y oigo voces que, si estuviese despierto, me harían dormir: las nubes se abren y derraman sobre mi cabeza tesoros de felicidades sin cuento; de modo que al despertar lloraba como un niño, por no haber soñado mas.

SHAKSPERE.

¡Ah Lisida mía! Cuando el último tañido de la campana, al espirar en las revueltas de Arona, anuncia la media noche, ¡cuán dulce es dividir contigo ese albergue solitario en que hace un año descansas! Ya no nos separaremos, y los malos génius, que apartaban de tu gracioso sueño el sueño de Lorenzo, no me asustarán ya con sus presagios. Decíase con razon que esos nocturnos terrores que asaltaban y destruían mi pecho, durante las horas destinadas al reposo, solo eran el resultado natural de mis obstinados estudios sobre la poesia maravillosa de los antiguos, y el de la impresion que me habian dejado algunas fábulas fantásticas de Apuleyo, porque su primer libro destroza la imaginación tan dolorosamente, que al precio de toda mi sangre evitaria con gusto que cayese en las manos.

Nadie me hable ya de Apuleyo ni de sus visiones: nadie me hable de los latinos ni de los griegos, ni de los brillantes caprichos de sus génius. ¿No eres tú para mí, oh Lisida, la mas bella poesia de todas, la mas rica y divina en encantos, en ritmo y en imágenes? Pero... ya te duermes y no me escuchas... Mucho has bailado esta tarde en la isla de la Bella; si mucho has bailado, y particularmente cuando lo has hecho con otros. Por eso estás fatigada, como la rosa sacudida por las brisas durante un dia entero, que solo espera, para levantarse mas lozana sobre su tallo, los primeros besos del alba. Duerme, duerme tranquila, con la frente apoyada en mi hombro: tambien me acomete el sueño; pero se me figura que, al cerrar mis párpados, es tan hermoso como una de tus sonrisas. Duerme, Lisida, duerme.

Hay un momento en que, suspendido el espíritu entre la vaguedad de sus pensamientos... Silencio... La noche esparce sus sombras sobre la tierra. ¿No oyes los pasos del magnate que sale de su palacio para dar principio á su dia? ¿No ves esos rebanoes que vuelven del monte y se cobijan en sus rediles? El ruido del viento que llora ó brama por las junturas de las ventanas... he aquí todo lo que nos queda de las impresiones ordinarias de los sentidos: de aquí á unos instantes nos imaginaremos que ese mismo murmullo existe entre nosotros, porque se convierte en voz de nuestras almas, en eco de una idea indefinible, aunque fija, que se confunde con las primeras percepciones del sueño. Así vosotros, mortales, dais principio á esa vida nocturna que se arrastra en mundos siempre nuevos, entre innumerables criaturas que vuelan, fantasmas misteriosos, en el universo ilimitado de los sueños. Los Silfos, aturdidos con el ruido de la velada, descienden hasta vosotros murmurando, hieren vuestros ojos con sus alas de mariposa, y entonces veis brillar por largo tiempo en la oscuridad profunda el polvo trasparente y abigarrado que de ellas se desprende, semejante á una nube-cilla luminosa en medio de un cielo opaco y sin matices. Los Silfos se estrechan, se abrazan y se revuelven, impacientes por renovar la mágica conversacion de las noches anteriores y por referirse los inauditos acontecimientos que se presentan al mismo tiempo á vuestra imaginación, bajo el aspecto de una reminiscencia maravillosa. Poco á poco se debilita su voz, y solo os llega por conducto de un órgano desconocido, que transforma sus relaciones en cuadros sorprendentes y os convierte en actores involuntarios de las escenas que ellos han preparado; porque la imaginación del hombre dormido participa hasta cierto punto de los goces de los espíritus invisibles. Lánzase en efecto con ellos, y arrastrada como por milagro al centro aéreo de los sueños, vuela de sorpresa en sorpresa, hasta el momento en que el canto del ave matutina anuncia á su escolta aventurera la nueva aparición de la luz. Asustados por el grito precursor, reúnen los Silfos como un enjambre de abejas, caen, se levantan, se remontan, se cruzan, cual si fuesen átomos arrastrados por fuerzas contrarias, y por fin desaparecen desordenadamente en un rayo de sol.

LA NARRACION.

*..... O rebus meis
Non infidela arbitra,
Nos, et Diana, quae silentium regis.
Aranea cum fiant Saera;
Nunc, nunc adeste.....*

¿Por qué esos espíritus irritados vienen á asustarme con sus clamores y con sus rostros de demonios? ¿Quién coloca ante mis ojos esos tristes blandones? ¿Qué me estravia por el bosque? Son unos monos asquerosos, que me hacen muelas y muerden; sus ojos despiden llamas, y ellos... ellos se rien satánicamente de mi ridículo miedo.

SHAKSPERE.

Habia terminado mis estudios en la escuela de los filósofos de Atenas, y aficionado á las bellezas de la Grecia, visitaba por primera vez la poética Tesalia. Mis esclavos me esperaban

en Larisa, en un palacio preparado de antemano para recibirme. Habia querido recorrer solo y durante las imponentes horas de la noche aquel bosque célebre por los prodigios de sus hechiceras, que extiende sus anchas cortinas de verdes árboles en las orillas del Peneo. Las espesas sombras que se reunian en los inmensos bosques, apenas dejaban un débil resquicio para que pudiese asomarse el pálido y tembloroso rayo de alguna estrella rodeada de pardas nubes. Mis párpados, cansados de buscar la línea blanquecina del sendero, que se borraba entre la maleza, se cerraban á pesar mio, y solo podia resistir á la fuerza del sueño siguiendo con penosa atencion el ruido de los pasos de mi caballo, que tan pronto hacian rechinar á la arena, como gemir á la yerba seca cayendo simétricamente sobre el camino. Cuando se detenia, me despertaba su inmovilidad, pronunciaba su nombre en alta voz, y apresuraba su marcha, que era demasiado lenta para mi impaciencia, y para mi cansancio. Asustado por no sé qué obstáculo desconocido, empezó á encabritarse, á recular, relinchando furioso y espantándose mas y mas por las chispas de fuego que las piedras, heridas por sus herraduras, arrojaban bajo mis pies.

—Flegon, Flegon! le grité pegándole con mi trastornada cabeza en su cuello, que se enderezaba de terror. ¡Oh querido Flegon! ¿No es tiempo ya de que lleguemos á Larisa, donde nos aguardan mil placeres, y sobre todo, un sueño delicioso? Vamos, ten valor, y pronto dormirás en una cama de perfumadas flores, ya que la dorada paja que se elige para los bueyes de Ceres no es bastante fresca para tí.

—No lo ves?... No lo ves?... me contestó estremeciéndose; las hachas de viento encendidas, que sacuden á nuestro frente, devoran el espacio y esparcen vapores mortales en el aire que respiro. ¿Cómo quieres que atraviese sus círculos mágicos y sus amenazadores bailes, que harian retroceder á los mismos caballos del sol?

Y sin embargo, seguia resonando en mis oidos el paso cadencioso de mi corcel, y el sueño mas profundo suspendia mis inquietudes. Acontecia, sí, que de vez en cuando un grupo luminoso de llamas cruzaba riéndose sobre mi cabeza... que un espíritu disforme, bajo la apariencia de un mendigo ó de un estropeado, se agarraba á mi pierna y me seguia largo espacio con horrible júbilo... que un asqueroso viejo, reuniendo la fealdad del crimen á la de la caducidad, se lanzaba á la grupa de mi caballo y me sugetaba el cuerpo con unos brazos tan descarnados como los de la muerte.

—Vamos, Flegon, exclamaba; vamos, oh tú, el mas ligero corcel de cuantos ha alimentado el monte Ida, desecha los perniciosos terrores que encadenan tu bravura. Estos demonios no son mas que apariencias vanas, y mi espada, formando círculo alrededor de tu cabeza, divide sus engañosas formas, que se disipan como una nube. Cuando flotan los vapores de la mañana sobre las cimas de nuestras montañas, y heridos por el sol vivificante las rodean con una faja semitransparente, las partes mas altas, separadas de sus bases, aparecen como suspendidas en el cielo por una mano invisible. Del mismo modo, Flegon, se dividen en dos partes las brujas de Tesalia al filo de mi cortante acero. ¿No oyes á lo lejos los gritos de placer que salen de las murallas de Larisa? Mira, mira las soberbias torres de la ciudad de Tesalia, tan



Smarra.

propicia á los amores: esa música que se esparce en el aire es el canto de sus jóvenes doncellas.

Sueños seductores, que alimentais el alma embargada con los inefables recuerdos de la dicha, ¿cuál de vosotros me repetirá el canto de las jóvenes doncellas de Tesalia y me hará ver las deliciosas noches de Larisa? Entre columnas de un mármol semi-transparente, bajo doce brillantes cúpulas, que reflejan en el oro y el cristal los vivos resplandores de cien mil bujías, las vírgenes de Tesalia, envueltas en los vapores que exhalan todos los perfumes, solo ofrecen á la vista una forma indecisa y encantadora, que parece pronta á evaporarse. La nube maravillosa se balancea entre ellas, ó pasea sobre sus hechiceros grupos todos los juegos inconstantes de su luz, como las frescas tintas de la rosa, los animados reflejos de la aurora y la inquietud brillante de los rayos del ópalo caprichoso. Ya es una lluvia de perlas que se desliza sobre sus ligeras túnicas; ya magníficas agujetas de fuego, que se desprenden de todos los nudos del lazo de oro que sujeta sus cabellos. No os asustéis al contemplarlas mas pálidas que las demás hijas de la Grecia, porque apenas pertenecen á la tierra y parece que se despiertan de una existencia pasada. También estan tristes, ya porque llegan de un mundo en el cual han dejado su verdadera felicidad, ya porque en el corazón de la mujer que empieza á amar hay una inmensa necesidad de sufrir.

Escuchad los cantos de las doncellas de Tesalia: es una música que llena el espacio, que conmueve al atravesar, como una armoniosa nube, por los rotos y solitarios vidrios de colores de aquellas ruinas tan gratas á los poetas. Ya cogen sus liras de marfil y preguntan á las sonoras cuerdas, que responden una vez, vibran por un momento, se detienen, y ya inmóviles, prolongan aun no sé qué especie de armonía sin fin que el alma oye por todos sus sentidos; melodía tan pura como el mas dulce pensamiento de la felicidad, como el primer beso de amor, como la mirada de una madre cuando acaricia al niño cuya muerte ha soñado, y á quien contempla lleno de vida. Así se desvanece, fugitivo por el aire, perdido en los ecos de los montes, suspenso en medio del silencio del lago, ó moribundo entre las olas al pie de una roca insensible, el último suspiro del sistro de una joven que llora porque su amante no ha vuelto. Todas se miran, se inclinan, se consultan, cruzan sus mórbidos brazos, confunden sus cabelleras flotantes, bailan por escitar los celos de las ninfas, y hacen brotar de sus pasos un polvo inflamado, que vuela, se apaga y torna á caer convertido en cenizas de plata. Y la armonía de sus cantos se desliza sin cesar como un rio de miel, como un riachuelo gracioso, que embellece con sus murmullos suaves las encantadas

orillas protegidas por el sol y cubiertas de sabrosas frutas, de mariposas y de flores.

Una sola tal vez... es alta... está en pie, inmóvil, pensativa... ¡Cielos! ¡Cuán sombría y melancólica aparece detrás de sus compañeras!... ¿Qué quiere de mí? ¡Ah! No persigas mi pensamiento, apariencia imperfecta de la que ya no existe; no turbes el dulce encanto de mis veladas con la terrible perspectiva de la presencia. Déjame, porque te he llorado siete años; déjame olvidar las lágrimas que abrasan todavía mis mejillas, en las inocentes delicias del baile de las sílfides y de la música de las hadas. Ya ves que vuelven, que sus grupos se enlazan, se evitan, forman móviles festones, por el viento, y bajan precipitadamente ostentando todos los colores del arco iris después de la horrible borrasca que conmueve los mares.

¿Y qué me importan los accidentes del Océano inmenso, ni las curiosas inquietudes del viajero, cuando un favor divino, que tal vez fué en la vida antigua uno de los privilegios del hombre, me libra cuando quiero (¡oh delicioso beneficio del sueño!) de todos los peligros que os amenazan? No bien se cierran mis ojos, no bien cesa la melodía que hechizaba mi espíritu, si el creador de los prodigios de la noche abre á mis pies un abismo profundo, caverna desconocida donde espiran todas las formas, todos los sonidos y todas las luces de la tierra, si arroja sobre un torrente, ávido de cadáveres, un puente estrecho y resbaladizo, que no ofrece salvacion, si me lanza al estremo de una plancha elástica y temblorosa, sobre un precipicio que la vista se resiste á medir... entonces es cuando yo, tranquilo, hiero el obediente suelo con mis pies acostumbrados á mandar. El suelo cede, me responde, parto, y satisfecho porque dejo á los hombres, veo huir las azules riberas de los continentes, los sombríos desiertos del mar, los verdes bosques, el otoño adornado de púrpura y de oro y las hojas crispadas del invierno con sus marchitadas tintas de bronce mate y de violeta. Si algun pájaro perdido sacude cerca de mí sus fatigadas alas, me lanzo, me remonto mucho mas, y aspiro á nuevos mundos. El rio solo es ya un hilo que se oscurece entre la sombría yerba de los prados; la montaña mas alta, un punto vago, cuya cima se confunde con la base; el Océano, una mancha oscura en una masa estraviada en medio de los aires, donde da vueltas con mas rapidez que los huesecillos ó tabas de seis caras, que hacen girar sobre sus puntiagudos ejes los niños de Atenas en las galerías de gigantescas baldosas que rodean al Cerámico.

¿Habeis visto alguna vez los muros del Cerámico, cuando los hieren los rayos del sol que regenera al mundo? ¿Habeis visto una prolongada fila de hombres macilentos, inmóviles, de miradas estúpidas y apagadas, y cuyas mejillas aparecen como hundidas por el hambre? Unos estan acurrucados como los brutos; otros en pie, apoyándose en los pilares, y doblegándose bajo el peso de sus estenuados cuerpos. ¿Los habeis contemplado con la boca entreabierta para aspirar las primeras influencias del aire vivificador, y para recoger con triste voluptuosidad las dulces impresiones del tibio calor de la primavera?

(Se continuará.)



Smarra.



Smarra.

DIRECTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.